



**Horizontes y reexistencias: los sentidos comunitarios en clave decolonial e intercultural
para el trabajo social comunitario**

Sara Duque Ruiz

Trabajo de grado presentado para optar al título de Trabajador Social

Asesora

Erika Paulina Uribe Cardona, Magíster (MSc) en estudios de la cultura

Universidad de Antioquia
Facultad de Ciencias Sociales y Humanas
Trabajo Social
Medellín, Antioquia, Colombia
2024

Cita	(Duque Ruiz, 2024)
Referencia	Duque Ruiz, S. (2024). <i>Horizontes y reexistencias: los sentidos comunitarios en clave decolonial e intercultural para el trabajo social comunitario</i> [Trabajo de grado profesional]. Universidad de Antioquia, Medellín, Colombia.
Estilo APA 7 (2020)	



CRAI María Teresa Uribe (Facultad de Ciencias Sociales y Humanas)

Repositorio Institucional: <http://bibliotecadigital.udea.edu.co>

Universidad de Antioquia - www.udea.edu.co

El contenido de esta obra corresponde al derecho de expresión de los autores y no compromete el pensamiento institucional de la Universidad de Antioquia ni desata su responsabilidad frente a terceros. Los autores asumen la responsabilidad por los derechos de autor y conexos.

Dedicatoria

Para mi amado padre, mentor y guía de vida el mejor amigo que alguien pueda tener. Para mi madre quien con su amor y esfuerzo sembró en mi el deseo de ir más allá. Finalmente, a mi hermana, el amor de mi vida, mi complemento, mi otra mitad, gracias por ser mi escuela para la vida. Les agradezco por ser personas que demostraron que en un mundo como el nuestro el amor es un acto revolucionario.

Agradecimientos

Quiero agradecer a la profesora Erika Paulina Uribe por acompañarme y guiarme durante todo mi proceso; así mismo, agradezco a la profesora Esperanza Gómez, Ani Lady Zapata y Viviana Ospina las cuales encaminaron y apoyaron mi proceso. Sin duda agradezco profundamente a las comunidades las cuales a través de la palabra y su sentido de lucha hicieron este proceso posible. También a mi amada universidad, el espacio perfecto para aprender y conocer a otros. Sin lugar a duda a Juan Esteban Londoño y Alexandra Hincapié, por hacer estos años más hermosos y llevaderos; también a mi familia y amigos. Gracias por hacer de mi lo que soy hoy y lo que seré en el futuro.

Tabla de contenido

Resumen	7
Abstract.....	8
Introducción	9
1 Planteamiento del problema	12
2 Justificación.....	18
3 Objetivos.....	21
3.1 Objetivo general.....	21
3.2 Objetivos específicos.....	21
4 Marco teórico	22
5 Metodología	28
6 Hallazgos.....	36
7 Capítulo I.....	37
7.1 La comunidad como concepto sociológico moderno de occidente.	38
7.2 La comunidad como acción y utopía desde América Latina	41
7.3 La esencia colectiva y compartida que vincula a la comunidad: hablemos sobre sentidos comunitarios.....	46
8 Capítulo II.....	57
8.1 Configuraciones sobre el trabajo social: miradas desde Occidente y América Latina para la decolonización del trabajo social comunitario.	58
8.2 Trabajo social comunitario y comunidad académica: hacia la comprensión de la pluralidad de sentidos comunitarios para la formación y la intervención comunitaria.	67
9 Capítulo III.....	85
9.1 La interculturalidad como estrategia para la lucha y la reexistencia de los sentidos comunitarios.....	87
9.2 El trabajo social comunitario en clave decolonial e intercultural: reflexiones sobre otro quehacer profesional posible.....	97

10 Conclusiones104

Referencias.....107

Lista de figuras

Figura 1 Parche comunitario con maestros.....	31
Figura 2 Resultado del diálogo en espiral con el equipo UdeA.....	41
Figura 3 Encuentro intercultural con comunidades participantes del proyecto	74
Figura 4 Encuentro intercultural con comunidades participantes del proyecto	82
Figura 5 Encuentro intercultural.....	99

Resumen

Los estudios sobre el concepto de comunidad han estado influenciados por diferentes escuelas de pensamiento que le han dado significado de acuerdo con los contextos globales. En este sentido, la pregunta por los sentidos comunitarios como construcciones diversas, simbólicas e históricas que constituyen las cosmogonías de las comunidades en su diversidad permite enriquecer la teoría y la práctica comunitaria, aportando de manera ampliada a la deconstrucción de procesos de intervención hegemónicos y coloniales. En sentido profesional desde el Trabajo Social, lo comunitario precisa de la reflexión constante por la formación, la intervención y la investigación como una oportunidad para reconocer en la interculturalidad, nuevos y enriquecedores campos de conocimiento que cuestionan las herencias coloniales de la academia y fortalecen formas otras de conformación, organización, lucha y resistencias de las comunidades.

Palabras clave: sentidos comunitarios, trabajo social comunitario, decolonialidad, interculturalidad, intervención social, comunidad.

Abstract

Studies on the concept of community have been influenced by different schools of thought that have given it meaning according to global contexts. In this sense, the question about community meanings as diverse, symbolic and historical constructions that constitute the cosmogonies of communities in their diversity allows us to enrich community theory and practice, contributing in an expanded way to the deconstruction of hegemonic and colonial intervention processes. In a professional sense from Social Work, the community requires constant reflection through training, intervention and research as an opportunity to recognize in interculturality, new and enriching fields of knowledge that question the colonial legacies of the academy and strengthen forms others of formation, organization, struggle and resistance of the communities.

Keywords: community meanings, community social work, decoloniality, interculturality, social intervention, community.

Introducción

Los estudios sobre el concepto de comunidad han estado influenciados por diversas escuelas, pensadores y pensadoras que se han preguntado por la forma en como los miembros de las mismas construyen redes simbólicas para la vida en colectividad. El concepto mismo es polifacético y se vale variadas connotaciones de acuerdo a los contextos históricos en los que se ha desarrollado, sin embargo, es evidente que, en cada momento de la historia del mismo, se sostiene la necesidad de analizar y reconocer las formas en cómo se tejen las redes relacionales.

En este sentido, los sentidos comunitarios entendidos como construcciones diversas, simbólicas e históricas que configuran las cosmogonías de las comunidades en toda su diversidad, se configuran en medio de la pregunta por la comunidad, como un campo de estudio enriquecedor, que no sólo se enmarca en prácticas y formas organizativas, sino que se vale de procesos simbólicos y de significación para desarrollar la vida comunitaria.

Estos sentidos en sí mismos, albergan grandes posibilidades de estudio y de construcción de conocimiento por fuera de los marcos científicos normativos que han estipulado formas únicas e inequívocas de conocer y comunicar la ciencia. De esta forma, el reconocimiento de la diversidad como un medio para la construcción y apropiación de saberes otros, se configura como un medio para decolonizar la academia y en este sentido, explorar nuevas formas de enseñanza y aprendizaje no hegemónicos ni coloniales, sino basados en la interculturalidad como un enfoque teórico, metodológico y ético - político.

Las ciencias sociales como un campo de conocimiento basado en la herencia colonial de la modernidad han traído consigo la eliminación o invisibilización de la otredad, de lo diverso, de lo ancestral como un método de control y dominación que ha llevado a que las comunidades establezcan relaciones asimétricas de poder, en las que sus saberes y conocimientos no adquieren el valor necesario científicamente para ser replicables. Esto ha conllevado, a que tanto la investigación como la intervención desde las diferentes disciplinas o profesiones se limite simplemente al mantenimiento de relaciones verticales donde se asume que quien investiga es quien tiene la razón y las comunidades son portadores de información controversial y que debe ser verificable.

Específicamente, el trabajo social y el trabajo social comunitario se han anclado en la colonialidad de saber y desde allí, han legitimado una serie de prácticas violentas, epistémicamente

hablando, que han reducido a las comunidades a simples objetos de conocimiento del otro, Sin embargo, aunque la producción eurocéntrica y positivista que ha llevado a los procesos de colonización académica han persistido, en medio de las luchas por su identidad, su organización y el reconocimiento de lo diverso, las comunidades, pensadores y pensadoras históricamente colonizados han apostado de manera individual y colectiva por posturas de conocimiento más horizontales, humanistas e interculturales, como una forma de revertir el daño causado históricamente por la racionalidad positivista, y para, mantener su lugar en un mundo que les ha invisibilizado.

Es así como desde una perspectiva profesional del Trabajo Social, la comprensión y el abordaje de lo comunitario demanda una reflexión constante en términos de formación, intervención e investigación. Este enfoque representa una oportunidad significativa para reconocer y explorar en la interculturalidad nuevos y enriquecedores campos de conocimiento. Estos campos no solo cuestionan las herencias coloniales arraigadas en la academia, sino que también, fortalecen formas alternativas de conformación, organización, lucha y resistencia dentro de las comunidades.

Este proyecto de investigación se enmarcó en la investigación *Sentidos comunitarios en diálogo intercultural: hacia la decolonización del trabajo social comunitario*, el cual se articula con el que adelanta la Red Nacional de Trabajo Social Intercultural y Decolonial en Colombia y es nuestro interés participar como Universidad de Antioquia. Desde allí, se trazó el objetivo de contribuir a la reflexión en torno a los sentidos comunitarios partiendo metodológicamente de la revisión documental y el diálogo intercultural con diversas comunidades participantes del proyecto, con el fin de comprender la manera en cómo lo sentidos comunitarios y el reconocimiento de los mismos aporta al proceso de decolonización del trabajo social comunitario y de los y las profesionales de trabajo social.

A través de estrategias como los círculos de palabra, el espiral de conocimientos y sabidurías, los parches comunitarios o los encuentros con docentes del pregrado de trabajo social, el trabajo de campo permitió identificar una serie de elementos constitutivos en la construcción de sentidos comunitarios y en esta medida la deconstrucción de prácticas de conocimiento que arrastran consigo la herencia colonial del saber.

Cada uno de los capítulos desarrollados en este trabajo de investigación responden a los hallazgos y objetivos propuestos por la misma para analizar los sentidos comunitarios y su aporte a la decolonización del trabajo social comunitario. En esta medida. El capítulo 1 desarrolla una

serie de elementos teóricos y epistemológicos que han configurado el concepto de comunidad y en esta medida, la forma en cómo los sentidos comunitarios se han articulado para la construcción de significados, formas organizativas y simbólicas de la vida en comunidad.

En un segundo capítulo se analiza, a la luz de los hallazgos teóricos como experienciales con las comunidades y grupos comunitarios participantes, el aporte de los sentidos comunitarios a la decolonización del trabajo social comunitario y la forma en cómo lo mismo repercute en las ciencias sociales como la matriz teórica y conceptual de trabajo social.

Finalmente, en el capítulo 3, se propone una reflexión alrededor de la categoría de sentidos comunitarios para el trabajo social comunitario en clave intercultural y decolonial, destacando la necesidad de adaptar y transformar las prácticas existentes para promover una mayor justicia social y empoderamiento comunitario.

Este trabajo se propone contribuir en última instancia al debate académico y profesional sobre la comunidad y los sentidos comunitarios, proporcionando nuevas perspectivas que puedan informar y fortalecer tanto la teoría como la práctica en el campo del Trabajo Social.

1 Planteamiento del problema

El trabajo social comunitario lleva un largo camino en su teorización, por lo que su praxis y metodologías han sido temas de debate y de constante revisión bibliográfica buscando vincular de forma ética y eficaz, lo que presenta la teoría y las construcciones comunitarias. A pesar de ser uno de los pilares de esta disciplina, el trabajo social comunitario lleva una historia de producción académica centrada, mayoritariamente, en autores y autoras con perspectivas eurocéntricas lo que, en últimas, ha retrasado o incluso, invisibilizado, la teorización desde otras perspectivas y contextos sociales.

Aunque, como lo plantean Vélez & Mellizo (2020) el trabajo social tiene como fin aplacar situaciones sociales complejas, apoyado desde una perspectiva política y ética que le permita a sus profesionales, ser conscientes de una sociedad en constante cambio, al ser una disciplina moderna, ha terminado por perpetuar las dinámicas políticas y económicas en las que priman la reproducción de lo dominante, basándose en metodologías y teorías coloniales y de adoctrinamiento, que contradicen esta esencia. Al respecto señalan las autoras que

En síntesis, el discurso hegemónico acerca de la formación del Trabajo Social como profesión moderna se funda en –y contribuye a– la burocratización como dominación política, toda vez que esta última se “basa en el saber formal, racional, propio de sociedades modernas (Aguayo, 2006 como se citó en Vélez & Mellizo, 2020, p. 23).

Así, si el trabajo social se basa en saberes hegemónicos, todas sus producciones y cambios sociales en consecuencia, terminaran por ser colonizantes en cuanto al saber, los cuerpos y los territorios, puesto que se pone al trabajador social en un lugar de poder en el que interfiere desde una postura sesgada, que niega otras formas de comprender la cotidianidad.

Planteamientos similares hacen Gómez Hernández, (2015) y Martínez & Agüero, (2018) al enmarcar la profesión en una matriz de pensamiento moderno/colonial, que está basada en el positivismo y eurocentrismo, puntualizando que su herencia colonial no sólo se limita a las formas en cómo se genera conocimiento, sino que se enmarca en una estructura social, económica, ética, cultural y política, que ha determinado el mantenimiento de los valores modernos de la misma, así,

La producción de conocimientos inscrita en el binomio modernidad/colonialidad ha condicionado nuestra forma de ver, pensar, sentir e interpretar el mundo. Con esta matriz de pensamiento, el mundo llamado «objetivo» es un mundo muy alejado de la experiencia humana, un mundo inventado por un sujeto que piensa en sí mismo como un «observador neutro» (Martínez & Agüero, 2018, p. 298).

En este sentido, al corresponderse en su naturaleza disciplinar, vocacional y profesional con las profesiones modernas, el trabajo social termina por semejarse a estas en cuanto a su

abnegación irracional a la tarea y la eficacia, el sentido ético religioso calvinista, luterano y católico que refiere a ser una vocación de servicio basada en la misión y el deber consigno de salvación, la importancia sustancial de la experticia que se conjuga con la ideología, los procesos de legitimación y dominación en los que la ideología juega un papel importante como parte del quehacer profesional, el quehacer profesional que se constituye desde diferentes lógicas de conocimiento y poder y, un alto nivel de normalización de la acción social a través del disciplinamiento (Gómez Hernández, 2015, p. 5).

Todo esto termina por ser, siguiendo a las autoras, formas de regulación social que se adhieren a los paradigmas de la modernidad, y que les han permitido a sus instituciones la defensa oculta de sus valores dominantes, a través de profesiones y disciplinas creadas para su servicio, las cuales se han constituido a partir de la racionalidad científica y positivista, la superioridad cultural y epistémica y, una idea asimétrica de progreso y bienestar.

Sin embargo, esta problematización de la profesión no ignora las corrientes que resisten a la instrumentalización del trabajo social como método de control y de poder las cuales, desde diferentes autores y autoras, se han planteado la necesidad cuestionar la formación hegemónica del trabajo social, comprendiendo el carácter dinámico y complejo de la realidad social.

La opción decolonial, como lo plantea Gómez Hernández (2015), ha permitido desde diferentes comprensiones e interpretaciones, destacar las relaciones asimétricas y de poder que ha establecido la modernidad, el capitalismo, el patriarcado, y demás sistemas económicos, culturales, políticos y sociales dominantes

Comprender esta opción decolonial o el giro decolonial, como lo nombran otros autores, parte de dos aspectos importantes. El primero tiene que ver con lo que propone Walter Mignolo al establecer que el proyecto decolonial no es inherente a la modernidad, sino que hace parte esencial de la misma, en la medida en que se gesta bajo la lógica opresiva de la colonialidad, como una alternativa ante la dominación hegemónica de todas las esferas de la vida (Mignolo como se citó en Castro – Gómez, 2007).

Lo segundo, relacionado con lo primero, tiene que ver con lo que propone (Castro - Gómez, 2007) como el entendimiento de la “estructura triangular de la colonialidad: colonialidad del ser, colonialidad del poder y colonialidad del saber” (p. 79), la cual ha terminado por arrastrar esa herencia colonial de la modernidad hacia las universidades y por ende, a las profesiones y disciplinas, reforzando la hegemonía cultural, económica, y política de occidente como modelo universal, a través de la formación, la cual se equipara a las necesidades del mercado.

Así, la opción decolonial se ha constituido gracias al entendimiento y teorización de las luchas sociales de grupos, procesos y comunidades históricamente marginados, como es caso las comunidades indígenas, los movimientos de mujeres y diversidades sexuales y de género, los pueblos afrodescendientes quienes han estado al margen, ya sea por sus costumbres o formas de vida, al margen de los instituido por la modernidad, De acuerdo con Gómez,

Esto implica que la opción decolonial sea construida como racionalidad, pensamiento y acción desde dentro y en las fronteras de la sociedad moderna, posmoderna y poscolonial, para indagar por las esferas existenciales y las estructuras sociales que continúan colonizadas a través de poderes políticos, económicos, epistémicos y ontológicos como, también, por las luchas decoloniales que se han gestado a lo largo de estos siglos en perspectiva de liberación humana y social (Gómez Hernández, 2015, p. 3).

Hablar de un trabajo social decolonial, en consecuencia, implica reconocer su cercanía con escenarios de interacción social en constante pugna, en los que adquieren significado los procesos de existencia y resistencia de cada grupo social, ya no desde una mirada colonial, al servicio de jerarquías de poder, sino en pro de la promoción de su transformación, reconociendo la heterogeneidad histórica y cultural de los contextos de intervención.

Pensar la profesión en clave decolonial pasa por la comprensión de los procesos sociales desde una mirada local, que cuestiona los cánones de lectura del mundo establecidos como universales, situando discusiones alrededor de cómo se construyen las sociedades, ya no desde posturas occidentales como único modelo, sino, a partir de la importancia del diálogo intercultural, donde prima el reconocimiento de la experiencia colectiva y situada, permitiendo profundizar en los significados que adquieren tanto la construcción como la permanencia en comunidad, contrariando aquellos sistemas establecidos que irrumpen y alteran los lazos comunitarios.

A su vez, el diálogo intercultural contribuye a la preservación de los sentidos comunitarios, entendidos como la esencia colectiva y compartida que cohesiona a la comunidad. Comprender estos sentidos y su valor simbólico y organizativo, termina por ser un elemento indispensable a la hora de pensar un trabajo social decolonial, el cual debe permitir una reflexión profesional y epistemológica constante, en torno a la superación de un modelo único de comunidad, aquel que niega prácticas comunitarias vinculantes y diversas que, aunque no se establecen como un todo, hacen parte de un entramado social más amplio e incluyente.

Ese devenir histórico y teórico de la comunidad como espacio de interacción y acción social ha estado atravesado por diversas posturas y contextos, los cuales han influenciado de manera determinante en la comprensión de la misma. Autores como Torres Carrillo (2013) por ejemplo, han tratado de desvelar los diversos sentidos que ha adquirido el concepto, haciendo un recorrido que va desde posturas modernas hasta, perspectivas latinoamericanas y decoloniales, las cuales han permitido enriquecer su significado.

Al respecto, obtiene gran relevancia el desarrollo que hace Alfonso Torres cuando retoma a pensadores como Scott Lash o Michel Maffesoli quienes, marcando un antecedente desde la sociología contemporánea, se alejan del racionalismo moderno que determina a la comunidad, para hablar de las “comunidades reflexivas” o de las “comunidades emocionales”, buscando reconocer la capacidad reflexiva y emancipadora de la misma. Desde aspectos como las pulsiones, los sentimientos de pertenencia o los significados compartidos, desarrollan este concepto “basados en lo habitual, en lo emocional y lo empático, así como en el “estar ahí con otros” y en la preeminencia de un nosotros previo y constitutivo de lo personal” (Torres Carrillo, 2013, p. 124).

Estas narrativas permiten comprender una relación con la comunidad que no aleja al sujeto de la misma, ya sea en función de su deber moral, económico o político, sino que, hace posible que este sea agente reflexivo y dinámico del cambio social desde el interior, dando sentido a la

experiencia colectiva. En este sentido, lo que los sociólogos proponen como “reflexividad estética” (Lash) o el “aura estética” (Maffesoli), terminan por configurarse como el universo de sentidos que adquieren la interacción del cuerpo social, donde la pulsión comunitaria, los bienes comunes, sus significados o las rutinas, determinan a la comunidad. Desde este punto de vista, el sujeto adquiere un papel de conciencia, de decisión y de acogida, más no de subyugación.

Entonces, comprender lo comunitario parte de reconocer que el sujeto social se forma a partir de las dinámicas grupales, del lenguaje compartido y de las experiencias comunes. Que recibe una gran influencia de otros, al tiempo que influye en los demás, construyendo relaciones complejas que dinamizan y nutren el entendimiento de la comunidad.

Con relación a lo anterior, la perspectiva latinoamericana sobre comunidad, ha permitido integrar diversos factores de esa estética que configura lo comunitario, donde precisamente, los sentidos comunitarios son entendidos desde una mirada local, mezclando elementos como el territorio o la identidad para comprender las dinámicas sociales. Al respecto, conceptos como comunalidad, por ejemplo, de acuerdo con Maldonado (2011), permiten desde esta perspectiva, significar la comunidad, convirtiéndose en esa “aura estética” que agrupa elementos constitutivos del ser comunitario y que, parten de las formas organizativas propias de América Latina.

Es este precisamente el escenario de actuación del trabajo social comunitario desde una perspectiva decolonial, el cual, apuesta entre cosas, por el entendimiento y conceptualización de la comunidad a partir de los significados que sobre su interacción le dan los propios sujetos que la integran, poniendo en juego cuestiones como el poder o el discurso, los cuales le han invisibilizado en su pluralidad. Esto le permite a la profesión y a sus profesionales, reconocer realidades otras a través del diálogo intercultural y la participación activa de las comunidades.

Este amplio panorama sobre la profesión y su enfoque comunitario permite deducir la ambivalencia de posturas y desarrollos teóricos que existen al respecto, reconocimiento que aunque algunos autores y autoras proponen una reflexión que parte de comprender el trabajo social comunitario como un método hegemónico de intervención, por otra parte, otros y otras centran sus discusiones a partir de la producción del conocimiento desde una mirada decolonial y su importancia para el reconocimiento de un entramado social complejo.

Teniendo en cuenta lo anterior, el interés de esta investigación partió de la necesidad de problematizar las construcciones teóricas que han guiado el trabajo social comunitario, las cuales, aunque le han permitido tener herramientas para su intervención, lo han hecho desde una

perspectiva eurocéntrica la cual ha estado alejada, por consiguiente, de las apuestas teóricas emergentes y decoloniales, como por ejemplo las latinoamericanas. Esto ha conllevado a que tanto la formación de los y las trabajadores sociales como la intervención profesional, este sesgada por posturas que no reconocen los contextos comunitarios locales, permeados por construcciones y necesidades económicas, políticas y hasta culturales distintas a las de occidente.

Bajo esta premisa, se desarrolló un trabajo de investigación basado en el diálogo intercultural, en el que confluyeron distintas comunidades y organizaciones comunitarias con el propósito de comprender en la práctica, cómo se construyen y a qué responde los sentidos comunitarios, toda vez que se convierten en la hoja de ruta para una intervención éticamente orientada por parte de los y las profesionales. Además, la misma responde a la comprensión del trabajo social comunitario desde una mirada decolonial, interpretando los procesos de lucha, resistencia y reexistencia de las comunidades, partiendo del reconocimiento su capacidad de agenciamiento y transformación.

Aquí se establece una relación importante entre la comunidad y la academia, que se traduce teóricamente en la relación entre aquello instituido e instituyente, convirtiéndose en un escenario importante para la intervención del trabajo social desde una postura decolonial, puesto que implica, como se ha venido desarrollando, reconocer la complejidad que atraviesa a la interculturalidad.

Partiendo de esto, la investigación se guio bajo la siguiente pregunta ¿En qué consisten los Sentidos Comunitarios presentes en la revisión bibliográfica y el trabajo de campo con las comunidades participantes del proyecto Sentidos comunitarios en diálogo intercultural: hacia la decolonización del trabajo social comunitario, y ¿cuál es su aporte para la decolonización del trabajo social comunitario? Desde aquí se apostó por reconocer formas otras para la intervención profesional, desde la voz de diferentes actores sociales y sus comprensiones sobre el mundo en el que interactúan, donde la comunidad se convierte en eje central para esta lectura profesional.

2 Justificación

El trabajo social al igual que otras disciplinas de las ciencias sociales, se alimenta epistemológica, teórica y metodológicamente del constante cambio social, el cual trae consigo nuevos entendimientos de las dinámicas y procesos humanos. Por ende, promover formas otras de intervención desde el trabajo social comunitario, permite brindar renovadas perspectivas de análisis de la realidad, conllevando a relaciones de horizontalidad entre la academia y las comunidades.

Pensar esta necesidad desde un contexto latinoamericano, marcado por la pluralidad de formas de hacer y entender la comunidad, pone de relieve la urgencia de pensar una profesión y un enfoque comunitario que comprenda las tensiones y luchas comunitarias como un entramado complejo, asumiendo una posición ético-política que permita la promoción de la transformación de las condiciones sociales.

Hacer alusión a la tensión constante entre lo instituido y lo instituyente, presenta un escenario de complejidad mediado por relaciones de poder asimétricas, que son constantemente problematizadas a través de alternativas y formas otras de vida.

Así, por ejemplo, al igual que la idea de progreso y bienestar instaurada por occidente necesita de alternativas que contradigan sus significados, como los postulados del buen vivir, también el trabajo social, con su legado eurocéntrico y positivista, debe pensarse en clave decolonial, con el fin de asumir posturas otras de intervención profesional que no nieguen las tensiones inherentes de los procesos sociales, y permitan a su vez, la reconstrucción del tejido social.

Bajo la premisa de autores y autoras que hacen evidente la existencia de una colonización del saber, que ha arrastrado consigo saberes ajenos a las realidades locales, es más que necesario, propiciar espacios para la generación de conocimiento decolonizador, que permita el reconocimiento de la interculturalidad y, cuestione el sistema hegemónico colonizador que se ha instaurado en la academia, obstaculizando el desarrollo y teorización de realidades otras.

Elaborar nuevas configuraciones sobre el trabajo social comunitario es fundamental en el contexto actual, donde las sociedades son cada vez más diversas y globalizadas. Así, la comprensión de los sentidos comunitarios y la promoción de la interculturalidad se convierten en clave fundamental para fomentar la convivencia pacífica y, la libre expresión de comunidades diversas, que luchan de manera constante por una recuperación de su cultura y su historicidad.

Por lo tanto, el trabajo social acorde con objetivo, que no es más que el de intervenir la cuestión social, promoviendo la justicia y la generación de condiciones para una vida digna, desde una postura ética y política transformadora, debe buscar profundizar en las apuestas por otros saberes. Además de aportar al desarrollo de teorías sociales con el objetivo de generar conocimientos que contribuya a fortalecer el tejido social en entornos diversos.

Por ende, la profesión debe responder a desafíos sociales y globales complejos, priorizando el dialogo intercultural como herramienta emancipadora. En escenarios como la migración, la violencia de género, la desigualdad socioeconómica o la degradación del medio ambiente, se encuentran las bases para un cambio de perspectiva que genere nuevas alternativas para la resolución de conflictos, centrados en las particularidades de cada contexto.

Es por esto que desde esta investigación se apuesta por la comprensión de los sentidos comunitarios y su aporte a la configuración de un trabajo social comunitario y decolonial, en la medida en que permite la teorización de nuevas formas de intervenir en comunidad, ya no desde una posición de poder vertical, donde el profesional actúa para la mera extracción de saberes y conocimientos, sino, desde una postura horizontal, donde prima el dialogo intercultural y la búsqueda por transformar las condiciones sociales que generan desigualdad, sin asumir por demás, una postura de salvador o salvadora, sino, desde la organización comunitaria como punto de partida.

Con esto se pone además en consideración la contradicción que se ha venido desarrollando entre lo instituido y lo instituyente, en este caso, entre la academia y las comunidades. Generar conocimiento sobre los sentidos comunitarios y la interculturalidad, permite el diseño de estrategias y políticas que fomenten la participación ciudadana inclusiva y la toma de decisiones colectiva, refelejando así la diversidad de voces y perspectivas.

La interculturalidad vista en esta investigación, a través de la interacción entre los diferentes grupos y procesos comunitarios participantes, implica el reconocimiento y valoración de la diversidad cultural, así como la construcción de relaciones de cooperación y ayuda mutua, donde la decolonización es entendida como esa lupa, o esas gafas, haciendo símil con las gafas violetas que proponen las teorías feministas, que permiten analizar los factores que promueven o dificultan el desarrollo de enfoques y prácticas interculturales efectivas.

Finalmente, para promover un trabajo social comunitario y decolonial que le aporte significativamente al cambio social, debemos analizar lo que traen consigo los fenómenos sociales,

las luchas, la globalización, ampliando en consecuencia, el entendimiento de las realidades a intervenir, puesto que reconocer la interculturalidad como un rasgo característico de nuestros contextos permite la humanización y no instrumentalización de la profesión

3 Objetivos

3.1 Objetivo general

Contribuir a la reflexión en torno a los sentidos comunitarios que emergen de la revisión documental y el diálogo intercultural con las comunidades participantes del proyecto Sentidos comunitarios en diálogo intercultural: hacia la decolonización del trabajo social comunitario, para la decolonización de la formación e intervención del trabajo social comunitario.

3.2 Objetivos específicos

- Identificar los sentidos comunitarios presentes en la bibliografía abordada y los diálogos con las comunidades participantes del proyecto.
- Analizar el aporte de los sentidos comunitarios a la intervención social y la formación profesional en trabajo social comunitario.
- Reflexionar alrededor de la categoría de sentidos comunitarios para el trabajo social comunitario en clave intercultural y decolonial.

4 Marco teórico

A continuación, se desarrolla una serie de elementos conceptuales a partir de la revisión documental de algunos artículos, textos académicos e investigaciones, que buscan darle comprensión a la idea sobre sentidos comunitarios y su aporte al trabajo social comunitario decolonial. El enfoque de estos documentos está enmarcado en el contexto latinoamericano, principalmente, recogiendo producciones de países como Colombia, México, Argentina, y Perú.

Es importante señalar que las teorizaciones sobre el tema son amplias, dado el significado que le otorga cada comunidad a la construcción de esos sentidos, lo que señala una falta de consenso respecto al tema. Sin embargo, esta investigación buscó darle precisión al concepto, de acuerdo con esas particularidades.

La consulta del material bibliográfico se realizó en repositorios digitales de acceso libre como Scielo, Redalyc, Dialnet, así como el repositorio digital de la Universidad de Antioquia, Universidad Nacional. Los principales campos disciplinarios en los que se enfocan los documentos consultados son la sociología, la psicología, especial la comunitaria y el trabajo social, en especial, el trabajo social decolonial, bajo modalidades como la investigación documental, estudios de caso, grupos focales o sistematización de experiencias.

Hablar sobre sentidos comunitarios plantea un reto en sí mismo, dado que, desde el enfoque de esta investigación, se hace necesario apartarse de miradas científicas positivistas dadas por parámetros unificadores. Sin embargo, se hace necesario partir de visiones de este corte, para plantear autores y autoras con propuestas pensadas desde la decolonialidad.

Una de las ideas más compartidas desde la psicología comunitaria es la del concepto de *sentido de comunidad*, desde donde Maya Jariego (2004) y Balbuena Blengeri (2013) coinciden en retomar algunas ideas al respecto. A partir de los debates sociológicos que se han dado en los últimos años, estos autores desarrollan el concepto de comunidad, pero, sobre todo, las construcciones de significados que se dan en medio de la misma.

Pasando por un reencuadre sobre el concepto de comunidad, el cual no está excepto de complejidad, dado sus múltiples connotaciones, ambos autores explican que la misma se da, entre otras cosas por la consolidación de voluntades humanas que actúan bajo interdependencia, sin estar limitadas a un contexto geográfico específico, donde se tejen relaciones de proximidad y ayuda mutua, funcionando como escenario para conectar al individuo con estructuras sociales más

amplias, deduciendo que “las comunidades constituyen estructuras “meso” que se ubican entre los niveles micro y macro-social” (Maya Jariego, 2004, p. 5).

La comunidad entonces, como esa construcción colectiva que le otorga identidad y pertenencia a sus miembros, a su vez, tiene una función de satisfacción de necesidades, siendo el rasgo más determinante según los autores. Así, la comunidad puede entenderse como

una percepción de similitud y una interdependencia consciente con otros, la voluntad de mantener esa interdependencia dando o haciendo a otros lo que se espera de ellos, el sentimiento de que se es parte de una estructura mayor, estable y de la que se depende. (Balbuena Blengeri, 2013, p.7)

Recogiéndose principalmente en los postulados de la psicología comunitaria, tanto Balbuena como Maya están de acuerdo en proponer que el sentido de comunidad es una construcción multidimensional mediada por varios elementos. Tal propuesta se centra en los desarrollos teóricos de McMillan y Chavis (1986) quienes propusieron una estrategia de medición que permitieran operativizar el concepto, los cuales se explican de manera escueta a continuación

- Pertenencia: sentimiento de inversión de sí mismo en la comunidad, que se traduce en la consciencia de pertenencia, donde existe un sistema de símbolos que se comparten, una frontera que define la identidad, y una seguridad emocional.
- Influencia: la forma en que los miembros ejercen poder sobre el grupo a la vez que las dinámicas del grupo lo ejercen sobre sus miembros.
- Integración u satisfacción de necesidades: valores compartidos y recursos de la comunidad para satisfacer las necesidades de sus integrantes.
- Conexión emocional compartida: existe un lazo emocional compartido que se da por un contacto positivo prolongado.

Determinan ambos autores entonces, que la confluencia de estos componentes conlleva a la consolidación de sentidos de comunidad, los cuales se construyen en la interacción simbólica de sus miembros, donde se tejen sentimientos de pertenencia y arraigo, posibilitando, además, donde la participación y la potenciación comunitaria, tendiente a la satisfacción de necesidades.

Añadiendo a este abordaje sobre los sentidos de comunidad, autores como Cueto et.al (2016), explican el sentido subjetivo que adquiere el concepto, en la medida en que se construye bajo la experiencia de los miembros de la comunidad en relación con la misma. Al respecto proponen

El SC es, entonces, el resultado de un balance subjetivo respecto de la pertenencia grupal y sus correlatos emocionales y prácticos derivados del intercambio y la vivencia individual y compartida en la búsqueda cotidiana de satisfacer necesidades en diversos planos. De ahí la vinculación teórica y empírica entre el SC y las diferentes perspectivas psicológicas respecto del bienestar. (Cueto et al., 2016, p. 3)

Pensando en clave decolonial, la propuesta que hacen los autores, retomando principalmente a clásicos de la psicología comunitaria puede ser clave para comprender la construcción de los sentidos comunitarios, dado que permiten reflexionar sobre elementos como la pertenencia, la influencia o la conexión emocional, para desvelar los significados que el dan las comunidades a sus formas de organización, como es el caso de Balbuena que desarrolla dese un estudio de caso, la forma en que se conectan el sentido de comunidad con la construcción de memoria colectiva.

Sin embargo, como lo expone Meza Rivera (2009) muchos autores distan de este desarrollo conceptual, primero porque conlleva a reducir el entendimiento del sentido comunitario al chequeo de cumplimiento de dimensiones, limitándolo a la definición misma de la comunidad, lo que puede inducir a un análisis sesgado y por ende positivista sobre las formas de vida comunitarias. Aun así, como dice este autor “el Sentido de Comunidad sería una referencia para acercarnos a la realidad de cualquier Comunidad que queramos abordar” (Meza Rivera, 2009, p. 31).

Respecto a quienes distan de esta posición resignificando los sentidos comunitarios, se encuentran algunos planteamientos propios de la experiencia y el contexto latinoamericano, donde toman relevancia las construcciones de culturas campesinas, populares o indígenas, por ejemplo. Como lo mencionan (Núñez Madrazo & Castillo Cervantes, 2020) tales propuestas parten de la importancia de “resaltar la dimensión política, epistémica y espiritual de la memoria biocultural de estos pueblos, como eje fundamental en los procesos actuales de resistencia cultural y de transformación” (Núñez Madrazo & Castillo Cervantes, 2020, p. 102).

Dentro de esa mirada otra sobre los sentidos comunitarios adquieren relevancia el concepto de *comunalidad* el cual nace de la necesidad de nombrar los procesos organizativos, de lucha y resistencia de los pueblos de América Latina, distando de los postulados de occidente, problematizando por otra parte, la herencia colonial que eliminó la diferencia cultural. Como lo propone (Martínez Luna, 2010)

Esto, como ustedes se podrán imaginar, no es una labor fácil; sin embargo, los estudios realizados al respecto nos pueden ayudar para que en términos sencillos encontremos una explicación de nuestra forma de pensar y con ello participar de manera simétrica o equitativa en el ejercicio del pensamiento y conocimiento actual. (Martínez Luna, 2010, p. 22)

Siguiendo al autor, la *comunalidad* se puede definir como “el fruto de la resistencia de la historia colonial” (p. 80), donde se ponen en juego, no sólo la pertenencia o la influencia de la comunidad, como las propuestas anteriores, sino las formas de organización de la misma ante el despojo de su memoria histórica y cultural, analizando aspectos como el poder, la relación con el territorio ya no sólo en su dimensión física sino también política, o la educación, por nombrar algunos.

De acuerdo con (Maldonado, 2011) la idea de comunalidad surge en medio de la agitación y la discusión, no como mecanismo de lucha sino como ideología de identidad, orientado la vida de los pueblos, desde una visión de concientización étnica, donde prima la autodeterminación. Respecto a este concepto, explica el autor que n ha referencia a “un ámbito sino a una característica dentro de ese ámbito, es decir, no se refiere a la vida en el ámbito local, en la comunidad, sino a la forma como se vive y organiza la vida en las comunidades” (Maldonado, 2011, p. 66).

En sí misma la comunalidad encierra complejidad, en la medida en que no hay n definición única que hable de la misma, dado su devenir histórico, sin embargo, como lo presenta Martínez Luna (2010), puede definirse como ideología, pensamiento y acción, que les ha permitido a las comunidades tener herramientas para resolver los desafíos que proponen los sistemas coloniales. No se nombra como un todo sino como “sabiduría viva que facilita a todos convivir y colaborar en una colectividad al servicio de todos” (p. 187).

Así, conceptualmente, la comunalidad “no es definible”, como lo propone (Esteva, 2015) o al menos no en términos lógicos, dado que reduce la palabra a un simple plano operativo, algo que se evidenció en cuanto a las propuestas sobre sentido de comunidad. Puesto que la comunalidad encierra significados, formas de organización, consenso y disenso, la misma ofrece una mirada amplia sobre la comprensión de los sentidos comunitarios, los cuales adquieren el carácter de valor cultural, o al menos, desde este contexto latinoamericano.

Otro de los abordajes teórico importante para hacer al respecto es el que tiene que ver con la comprensión del trabajo social comunitario, pensando desde un enfoque decolonial. Al respecto, Vélez & Mellizo (2020) proponen que, como se ha venido problematizando en esta investigación, la formación en trabajo social comunitario al estar enmarcada como una profesión moderna y colonial ha adquirido un discurso de centralidad basado en una lógica científica europeizada, que atraviesa la formación, los conceptos y la práctica en sí misma, afectando drásticamente la intervención comunitaria. Ante este hecho eminente que atraviesa la formación en trabajo social, se plantean algunos retos, de acuerdo con los autores

Primero, afirmarla en una perspectiva Otra; segundo, suspender los apriorismos teórico-conceptuales y metodológicos, asentados en los conceptos hegemónicos de comunidad y, tercero, poner en diálogo situado la formación profesional con diversas formas alternativas de conocer y de actuar, que desde lo comunitario alimentan las luchas sociales por la liberación de todas las manifestaciones de la vida y de lo vivo. (Vélez & Mellizo, 2022, p. 35)

Pensar entonces en la decolonización de la profesión supone la necesidad de pensar una formación en clave intercultural, donde confluyan bajo diálogo la diversidad, la diferencia, los contrastes y una práctica contextualizada, que permita la contradicción y la apertura. Como lo exponen Martínez & Agüero (2017) pensar un trabajo social decolonial requiere un giro sustancial, puesto que necesita reconsiderar el lugar del sujeto, las formas en que se genera conocimiento y las relaciones de poder que se asumen desde la academia.

Por ejemplo “en la perspectiva epistémica decolonial, el sujeto no está ausente ni es un reflejo de la realidad. Tampoco queda anulado en el proceso de producción de conocimientos, como ocurre en la epistemología positivista eurocéntrica” (Martínez & Agüero, 2018, p. 302). De esta

manera se comienza a concebir un sujeto histórico y atravesado por múltiples configuraciones individuales y colectivas, cercano a la vivencia de su propia experiencia, desde donde se construye un conocimiento situado y pensado con relación a la horizontalidad.

Siguiendo a estas autoras, la base del trabajo social decolonial entonces está bajo la posibilidad que tiene de interpelar al positivismo, al triángulo de la colonialidad y a la superioridad epistémica. Esto conlleva a pensar en un trabajo social emancipador, desde donde no se entiende la emancipación como promesa o relato, sino como la lucha de los pueblos de América Latina y el Caribe por la liberación y en contra de la dominación, de ahí finalmente, su carácter latinoamericano, puesto que se enmarca necesaria en la comprensión de las formas de vida, las luchas y la organización de sus pueblos y comunidades, siendo diversa y particular en sí misma.

5 Metodología

Como se ha venido planteando a lo largo de esta investigación, la importancia de conocer los sentidos comunitarios que emergen de la experiencia y las percepciones de las comunidades participantes del proyecto, trajo consigo la necesidad de problematizar enfoques y discursos universalmente aceptados sobre el trabajo social como profesión.

Pensando entonces en la importancia del diálogo intercultural para la comprensión de esos sentidos comunitarios, esta fue una investigación de corte *cualitativo*. Desde este enfoque se “aborda las realidades subjetivas e intersubjetivas como objetos legítimos de conocimientos científico. Busca comprender – desde la interioridad de los actores sociales – las lógicas de pensamiento que guían las acciones sociales” (Galeano Marín, 2009)

En este sentido la realidad es comprendida como el resultado de procesos históricos intersubjetivos, por ende, diversos y particulares. Desde aquí prima lo subjetivo, lo vivencial y la interacción entre los actores sociales. Así, esta investigación buscó en todo momento, una relación de horizontalidad y una construcción del conocimiento con los sujetos como actores principales, tratando de profundizar en las dinámicas profundas de la vida comunitaria y del trabajo social comunitario.

En atención a lo anterior, aunque se espera que todo lo aquí condensado pueda aportar al fortalecimiento de un trabajo social decolonial, su alcance llegó hasta el *nivel descriptivo*, puesto que el objetivo principal de la investigación se propone comprender los sentidos comunitarios y su aporte a la decolonización del trabajo social comunitario.

En este sentido, este nivel opta, como lo plantea Morales (2012) por conocer las situaciones, costumbres y actitudes predominantes de los sujetos participantes de la investigación, por medio de la descripción de sus dinámicas e interacciones, relacionando la teoría con la experiencia construida socialmente en el trabajo de campo categorías teóricas con el fin de llegar a análisis contribuyan a la construcción de conocimiento.

La postura teórica de esta investigación fue la *teoría crítica decolonial* puesto que permite de acuerdo al abordaje que se ha dado con anterioridad, reflejar a través del conocimiento compartido, las vivencias de diversas comunidades que a través del tiempo han generado sus propias dinámicas de lucha y reexistencia, desde la educación, la custodia y revitalización de la

ancestralidad, la investigación, la promulgación de vivencias, entre otras muchas otras prácticas de comunalidad.

Con base al enfoque teórico, la estrategia de investigación que se convino desarrollar fue el *diálogo intercultural*, acompañando de revisión documental, como una posibilidad para comprender los sentidos comunitarios desde su carga histórica, temporal y espacial. En esta medida se valora la cotidianidad como una expresión invaluable de la comunidad, donde, como lo plantea Ossa Parra (2014) se pone en juego la memoria viva y en construcción constante de la misma, y que termina por ser, conocimiento científico.

El diálogo intercultural posibilita técnicas que, a través de la construcción de saberes, hacen posible el reconocimiento de las vivencias del otro. Claramente este diálogo es posible por la participación de los diversos grupos participantes en la investigación, los cuales a través del constante trabajo en equipo hicieron posible la generación de nuevas dinámicas comunitarias. Es así como se propuso desde esta investigación y en consonancia con la propuesta metodológica del grupo de investigación en Sentidos Comunitarios, la utilización de al menos cuatro técnicas de investigación, que permitieran la visibilización de las experiencias y el reconocimiento de las técnicas de lucha, resistencia y reexistencia de los grupos participantes.

La entrevista semiestructurada fue una de las técnicas, la cual, en palabras de (Schettini & Cortazzo, 2015) es útil para adquirir información y observar o analizar actitudes, significados, percepciones, creencias, experiencias, opiniones, o conductas, de los sujetos, sin establecer una secuencia establecida, facilitando la flexibilidad, con el fin de que las preguntas se ajusten a dichos sujetos.

De ahí la pertinencia de esta técnica, puesto que hizo posible que los sujetos que participaron en la investigación expresaran y relataran sus discursos de forma abierta y flexible, puesto que “en el enfoque cualitativo, las entrevistas semiestructuradas son particularmente convenientes para la creación de situaciones de conversación que faciliten la expresión natural de percepciones y perspectivas por parte de las personas sujetos de investigación.” (Mata Solís, 2020)

Apostando por una investigación basada en la interculturalidad, que permitiera desarrollar espacios en sentido decolonial, y que en los mismos se reconociera el valor de lo diverso, se desarrollaron una serie de técnicas tendientes a la construcción de conocimiento, así como, a la reflexión continua sobre los sentidos comunitarios. Así, se dieron *el parche comunitario, el círculo de palabra y el diálogo en espiral*. Cabe decir que los mismos no se acoplan con las estrategias

comunes de la investigación como los grupos focales, por ejemplo, aunque se lea como similares, sino que las mismas responden a la necesidad de un hacer académico decolonial, que se enmarque en nuevas referencias metodológicas que permitan la creación de conocimientos y saberes más horizontal.

El parche comunitario fue una técnica desarrollada con estudiantes del pregrado de trabajo social de la Universidad de Antioquia, donde se dieron una serie de conversaciones y reflexiones en torno a la visión que tienen estos sobre la existencia de una comunidad universitaria a lrededor de la carrera. Así, los y las estudiantes a partir de lo aprendido en cursos como Trabajo Social Comunitario, pero también desde sus vivencias como miembros de la comunidad académica y, a partir de una serie de herramientas pedagógicas, se cuestionaron sobre sus ideas acerca de la comunidad académica, los haceres que dan cuenta de la misma y las formas institucionales concretas que regulan lo comunitario en la Universidad. La técnica simula entonces lo que en los en diferentes medios sociales se conoce como “el parche”, un punto de encuentro con el otro y con la otra en la que se teje la cotidianidad y se les da sentido a las experiencias compartidas.

Por su parte, *el círculo de palabra*, fue una técnica de interacción no hegemónica en el que participaron diferentes profesores y profesaras del pregrado de trabajo social de la Universidad de Antioquia quienes además hacen parte de procesos comunitarios o de organización popular, como también empleado en el espacio del encuentro intercultural con las comunidades participantes del proyecto. Retomando los ejemplos de las comunidades indígenas donde la palabra es protagonista y es por medio de esta que se medían las discusiones sobre la cotidianidad, en el espacio con docentes se buscó propiciar reflexiones individuales y colectivas acerca de la reproducción de procesos de formación coloniales, buscando conocer las narrativas que estos y estas han construido en su quehacer profesional acerca de los sentidos comunitarios.

El diálogo en espiral fue pensado como otra técnica, retomada también de los pueblos originarios con la que se buscaba, al igual que con el círculo de palabra, propiciar espacios más horizontales en cuanto a la construcción de conocimiento, separando la racionalidad teórica y práctica a partir de diversas reflexiones sobre los procesos de formación, investigación e intervención. Pensar el diálogo en espiral es pensar en la carga simbólica e histórica de los procesos comunitarios, entendiendo que su vida es cíclica y que, por lo mismo, no terminan, sino que se renuevan constantemente de adentro hacia afuera, permitiendo a la investigación nuevos aprendizajes e interpretaciones sobre lo comunitario.

El análisis documental fue otra técnica de investigación utilizada dentro del proyecto, la cual hizo posible la revisión bibliográfica de pensadores y pensadoras que han creado conocimiento alrededor de los sentidos comunitarios. Esta técnica entendida como “una recopilación de datos hecha a partir de fuentes bibliográficas, iconográficas, fonográficas, películas, videos y medios magnéticos (dispositivos de almacenamiento), que permiten explicar cómo sucedió un acontecimiento y orientar hacia otras fuentes de investigación” (Ramírez, 2018), se llevó a cabo en diferentes etapas, cada una de las cuales aportó a la construcción de conocimiento.

Figura 1

Parche comunitario con maestros



Para esto se partió de la búsqueda documental, recopilando cerca de veinticinco (25) elementos bibliográficos entre artículos de revistas académicas, libros, conferencias, foros e investigaciones, de países como México, Colombia, Venezuela, Chile o Argentina, principalmente. Posterior a esto, se desarrolló un análisis de la información a partir de la construcción de fichas bibliográficas, en las que se condensó datos importantes de cada obra, análisis, apartados teóricos

y demás elementos de interés para la investigación. Esto conllevó a la organización de la bibliografía consultada a través de categorías de análisis, las cuales se clasificaron de acuerdo con los objetivos específicos del proyecto. Así, se contó con tres categorías de análisis: sentidos comunitarios, trabajo social y trabajo social comunitario y decolonialidad. Este proceso permitió finalmente, tener un acceso a la información claro y una correlación entre lo investigado, lo hallado en campo y la triangulación de la información de manera compleja.

A continuación, se hace una breve descripción sobre las comunidades y grupos comunitarios participantes del proyecto *Sentidos comunitarios en diálogo intercultural: hacia la decolonización del trabajo social comunitario*, para contextualizar metodológicamente, con quienes se hizo posible los hallazgos de esta investigación. Quienes participaron en esta investigación fueron colectivos con base comunitaria y diversidad social, así como, estudiantes y docentes del programa de Trabajo Social de la Universidad de Antioquia.

- Corporación Picacho con Futuro: como organización comunitaria de segundo grado que articula comunidades de barrios populares. Esta surgió en 1987 con el ánimo de impulsar e implementar procesos colectivos para el mejoramiento de la calidad de vida de los y las habitantes de la comuna seis - Doce de Octubre, de Medellín. Apuestan desde un campo de acción en torno a las dinámicas del tejido social en el territorio, la generación de pensamiento ciudadano alrededor de la participación y, la comunicación para generar narrativas cotidianas en el intercambio de saberes.

- Comunidad Indígena Embera Chami Santa Isabel la Piedra: conformado por 47 familias, que viven desde 1998 en el municipio de Andes, zona rural, sector Quebrada Arriba. Están luchando por su reconocimiento institucional como Resguardo. Está organizada en un Cabildo y defiende la idea de territorio ancestral, que esperan sea respetado y una vez se solucione la cuestión de legalización de tierras, continuarán con su proceso de afianzamiento indígena comunitario.

- Comunidades campesinas y de pescadores de la Ciénaga Grande del Bajo Sinú Córdoba: organizados a través de la Asociación de productores para el Desarrollo Comunitario de la Ciénaga Grande del bajo Sinú, ASPROCIG. Promueven desde 1995 el aprovechamiento sustentable de los diversos recursos hidrobiológicos asociados a los humedales continentales, estuarinos y marinos existentes en la eco-región, como parte integral de una propuesta alternativa de desarrollo comunitario en la que se encuentran comprometidas alrededor de 6.000 familias de campesinos, pescadores e indígenas de la etnia Zenú.

- Comunidad LGTBI - Mesa Diversa Comuna 4: surge en el año 2016, a raíz del aumento de la discriminación a las poblaciones en la comuna, con el fin de visibilizar las estructuras de las violencias que les afectan, promover los derechos humanos de las poblaciones diversas en la sexualidad y las identidades de género, e incidir por medio del arte, la comunicación y la pedagogía en otras formas de habitar el territorio individual y colectivamente.

El repertorio de acciones que ha llevado a cabo la colectiva comunitaria desde el surgimiento hasta la fecha se despliegan año tras año en Festivales como el de la Diversidad que se desarrolla en el mes de junio, Feminismos Alternos en el mes de mayo, Otras Masculinidades entre agosto y septiembre, la Escuela de Género entre junio y agosto, y la visibilidad de poblaciones Trans a finales del año.

A su vez realizan tomas culturales, cineforos, ferias de servicios, recorridos territoriales, conversatorios, performances, producciones audiovisuales, investigaciones, entre otras. Se articulan con otros colectivos, organizaciones comunitarias y sociales, juntas de acción comunal, colegios, la institucionalidad municipal y departamental.

Respecto al análisis de la información, se retomaron el diario de campo, las grabaciones de las entrevistas y la transcripción de las mismas, por medio de una bitácora sobre la investigación. Cada hallazgo de cada técnica fue ordenado por sus acciones, temas, tiempo o sistema categorial, a partir de categorías y subcategorías, además de utilizar matrices que permitieran establecer relaciones y diferencias en los relatos y conversaciones.

Con relación al momento interpretativo, el análisis de toda la información construida y recolectada en la investigación ha permitido, por una parte, darle respuesta a la pregunta de investigación, y por otra, interpretar los resultados a partir del conocimiento teórico acumulado. Todos los hallazgos que se desarrollaran a continuación son el resultado de la etapa final de la investigación, pensado en clave de reflexión, alrededor de la recreación del conocimiento adquirido de la investigación.

Finalmente, para el desarrollo de la investigación fue de gran importancia el planteamiento de algunas consideraciones éticas que permitieran garantizar una postura ético-política de corresponsabilidad con las comunidades participantes. Pensar la intervención comunitaria desde una postura decolonial e intercultural, conlleva como lo propone (Zapata & Jiménez, 2020) a asumir desde un primer momento una postura crítica con relación al sistema formal de aprobación científica, el cual se ha encargado de limitar y estigmatizar el reconocimiento de lo otro diverso.

Esto conlleva al análisis crítico del trabajo social como profesión y permite la inflexión sobre las posiciones de poder en medio de la construcción de conocimiento.

La ética intercultural, como lo propone GómezHernández et al. (2020) debe pensarse como una plataforma de denuncia acerca de las múltiples violencias que se ejercen y mantiene la colonialidad del ser, del saber y del hacer. Tal propósito atravesó la investigación problematizando desde la cotidianidad prácticas y espacios comunes y vitales que han sido manipulados por las políticas económicas y sociales de segregación y eliminación de la diversidad.

Algunas consideración éticas tenidas en cuenta en esta investigación, con base a la normatividad nacional¹ y lo estipulado por el grupo de investigación Sentidos Comunitarios, fueron las siguientes:

1. Esta investigación está basada en el respeto por la dignidad y la diferencia de las personas participantes. La misma se plantea como una investigación sin riesgo, es decir, que no se realiza ninguna intervención o modificación intencionada en ninguna dimensión de la vida de las de los sujetos participantes.
2. Este es un proceso que implica procedimientos reflexivos, dialógicos, críticos e incluyentes. A lo largo del proceso se priorizará el encuentro dialógico y deliberativo en cada una de las etapas del mismo.
3. El hecho investigativo es en sí mismo un proceso de intervención en tanto su propósito se orienta a generar y construir conocimientos aplicados que sean de uso y aprovechamiento para los contextos organizativos comunitarios y académicos en diálogo intercultural y decolonial.
4. Las y los participantes del proceso investigativo tanto desde comunidades académicas como sociales conforman el equipo de investigación, son sujetos de conocimiento y en esa medida no son sujetos pasivos u objetos de investigación, los diversos aportes, visiones y perspectivas serán reconocidas y debatidas desde la horizontalidad y el respeto.
5. La metodología como espiral de construcción colectiva, será un proceso que parte de acuerdos metodológicos co-definidos con las diversas comunidades participantes y

¹ Resolución 8430 de 1993 del Ministerio de Salud en Colombia por la cual se establecen las normas científicas, técnicas y administrativas para la investigación en salud.

estará en continua revisión para ajustarse en razón de los alcances, intereses, sentidos, evaluaciones y hallazgos que surjan en el proceso.

6. La generación de información se realizará previo establecimiento de consentimientos informados donde las organizaciones comunitarias y participantes involucrados autoricen el uso de la información otorgada.
7. La retroalimentación de resultados y hallazgos se realizarán prioritariamente desde encuentros colaborativos donde los inter-saberes permitan debatir, complementar, aclarar y construir conocimiento.
8. La información y resultados generados serán de libre acceso e intencionados para el uso y aprovechamiento en los diferentes procesos sociales, comunitarios y académicos.

6 Hallazgos

A continuación, se presenta el resultado de un proceso de investigación que buscó poner en primer lugar las voces de las comunidades participantes, entendiendo la importancia de resignificar sus formas organizativas y sus sentidos comunitarios, para configurar una mirada decolonial en el trabajo social comunitario. De esta forma, todos los relatos y opiniones compartidas a lo largo de la investigación, se encontrará en las páginas con las ideas y teorías de autores y autoras que han desarrollado la postura decolonial.

Los hallazgos estarán organizados en forma de capítulos, respondiendo en esta medida a los objetivos específicos de la investigación. En un primer momento se contextualiza sobre el concepto de comunidad, dando una mirada sobre los apuntes desde occidente y desde América Latina, con el fin de dar paso a una aproximación sobre los sentidos comunitarios, de acuerdo con la revisión documental y los grupos focales.

El segundo capítulo aborda los aportes que hace la comprensión de los sentidos comunitarios a la intervención y formación en trabajo social comunitario. El tercer capítulo, trata de abordar una reflexión sobre los sentidos comunitarios y su importancia para la decolonización del trabajo social.

7 Capítulo I

“Lo que se lucha para uno, se lucha para todos”: hablemos sobre la comunidad y los sentidos comunitarios

La palabra comunidad ha tenido una incontable cantidad de significados construidos a través del tiempo, los cuales han sido tema de debates, de revisión y de reestructuración, pues la forma en la que cambia la permea a quienes pertenecen a ella. A partir del devenir histórico de la comunidad, diferentes teóricos se han cuestionado acerca de lo comunitario, buscando dar con precisión un concepto al respecto. Sin embargo, es preciso afirmar que muchas de estas connotaciones son el reflejo de realidades sociales específicas, algunas de las cuales se han nombrado en superioridad con relación a otras que no se adecuan a sus estándares de medición. Al respecto dice Torres Carrillo (2013)

Lo primero que salta a la vista es la vastedad de usos que asumen los términos “comunidad” y “comunitario”, tanto en el lenguaje común y cotidiano de diferentes sectores de la población, como en el lenguaje de las políticas institucionales (gubernamentales o no) orientadas a poblaciones pobres o en alguna condición de exclusión. En unas y otras narrativas, la comunidad es una de esas palabras que parecen naturales y transparentes y que, por tanto, no requieren mayor aclaración, así se refiera a esferas y escalas de realidad disímiles (Torres Carrillo, 2013, p. 11).

Aquí puede encontrarse un primer elemento de discusión, que tiene que ver con las formas en las que se produce el conocimiento y en esta medida, para quién, puesto que cómo se utiliza el discurso refiere formas muy distintas sobre la comunidad.

Desde hace un tiempo se ha venido problematizando ese hacer conceptual, que niega formas otras de hacer comunidad o que les estandariza, alejando su falta de carácter científico o su poca idoneidad con las especificidades societales de la época y el sistema. Esto puede suponer una referencia clara a la discusión entre lo colonial y lo decolonial, que se ve enmarcada en la necesidad de reconocer la diversidad en las maneras en cómo se construye lo comunitario, puesto que la misma responde a necesidades y formas de agrupación complejas.

Desde estas perspectivas, la comunidad se asume desde valores e ideales políticos y organizativos que giran alrededor de causas comunes por la reivindicación histórica de determinados pueblos y grupos sociales, donde se cuestionan desde lo conceptual, político, económico, organizativo y cultural, las dominaciones sociales. Es importante entonces plantear un paralelo con relación a la idea de comunidad, teniendo en cuenta la mirada desde occidente y una postura desde América Latina.

Partiendo de estas premisas, el siguiente capítulo se propone identificar las construcciones hechas por las comunidades participantes del proyecto alrededor de los sentidos comunitarios. Para esto, en un primer momento se abordará el concepto de comunidad y sus connotaciones tanto desde Occidente, como desde las epistemologías y propuestas latinoamericanas. Con esta identificación, en un segundo momento, se desarrolla a partir del diálogo con las comunidades participantes una correlación entre lo que se reconoce en el mundo académico como sentidos comunitarios y, lo que cada una ellas comprenden y experimentan los mismos.

7.1 La comunidad como concepto sociológico moderno de occidente.

Como se ha desarrollado con anterioridad en este texto, una de las ideas sobre la comunidad deviene de los debates sociológicos de la modernidad, donde a partir del crecimiento del capitalismo y la industrialización, llevaron a una preocupación por el entendimiento del comportamiento social y las formas de relacionamiento. Al respecto, autores como Ferdinand Tönnies, Max Weber, Emile Durkheim, abarcaron bajo un contexto occidental, las transformaciones sustanciales de la comunidad.

Bajo estos postulados, la comunidad es asociada con valores como la intimidad, la proximidad territorial o la puesta en común de sentimientos. De acuerdo con (Torres Carrillo, 2013) al respecto, estos autores clásicos coinciden en referir lo comunitario a la construcción de subjetividades asociadas a “los sentimientos, la proximidad territorial, las creencias y las tradiciones comunes” (p. 38) haciendo énfasis en el carácter privado en la que se construye la misma. Una discusión importante que se da entre estos teóricos, y en los planteamientos modernos sobre comunidad, es la relación o diferencia que se puede encontrar entre los términos de comunidad y sociedad, por cuanto las situaciones emergentes de la época, especialmente, el capitalismo y la creación de los Estados Nación conllevaron a grandes transformaciones sociales.

En este sentido, como lo exponen (Liceaga, 2013) y Torres Carrillo (2013) aunque la idea sobre comunidad viene siendo tratada antes del surgimiento de la modernidad, un antecedente importante a manera conceptual y teórica tiene que ver con los desarrollos teóricos de Tönnies (1887) en su obra *Comunidad y sociedad*, momento en el que se comienza a problematizar la dupla sociedad/comunidad, convirtiendo a esta última en una categoría sociológica – histórica.

Al respecto, concuerdan los autores en que, aunque el sociólogo alemán no hace una definición exacta sobre la comunidad, si puntualiza alrededor de sus características, entre la que se encuentran el sentido de unidad, el beneficio común, el sentido de espacialidad y la materialización de vínculos, diferencias claras con respecto a cómo se entiende la sociedad, la cual refiere como un “agregado y artefacto mecánico”, donde prima la individualidad y las relaciones contractuales basadas en la racionalidad tácita, donde “las instituciones del Estado moderno son sus mejores expresiones” (Torres Carrillo, 2013. p. 39).

De acuerdo con (Liceaga, 2013) y (Grondona, 2008)) otro análisis interesante tiene que ver con los planteamientos que hace Durkheim (1893) respecto a la comunidad, en el que pone de relieve otro aspecto de estudio que tiene que ver con *las formas de solidaridad*, que devienen de la división social del trabajo, es decir, con la era de la modernidad y en consecuencia, con la relación entre capitalismo y sujetos.

El sociólogo francés distingue dos tipos de solidaridad. Así, la *solidaridad mecánica*, relacionada con la comunidad, se caracteriza por “la presencia de estados fuertes y definidos de la conciencia colectiva, entendiéndose esta última como el conjunto de creencias y sentimientos comunes al término medio de los miembros de una misma sociedad” (Liceaga, 2013, p. 62), mientras que la *solidaridad orgánica*, intrínseca a la sociedad, tiene que ver con niveles de conciencia más elevados, determinados por la división social del trabajo, lo cuales permiten el desarrollo de la individualidad y en consecuencia, de la especialización de las funciones sociales.

Entonces, de acuerdo con Grondona (2008), una de las teorías más importantes de esta postura sociológica sobre la comunidad tiene que ver con que “la división del trabajo en la sociedad moderna cumple la función de integrar, mediante diferencias complementarias (funcionales), a los individuos, y que logra hacerlo de modos aún más densos y fuertes que la solidaridad mecánica” (Grondona, 2008, p. 3). Es decir, Durkheim ve con buenos ojos el paso de relaciones de tipo comunitario a relaciones societales, toda vez que permiten una mayor interdependencia de sus

miembros, y, por ende, una mayor especialización en un sentido social y mercantil, que es capaz de dar soluciones a los problemas de la “integración social”.

Siguiendo con Liceaga, otro de los planteamientos sociológicos clásicos sobre la comunidad, tiene que ver con los que desarrolló Max Weber, quien asume esta como un “concepto sociológico fundamental” sobre el cual se cimienta la acción social. De acuerdo con la autora, el sociólogo propone el concepto de *comunización*, como una forma ideal del relacionamiento social, explicándolo así

Comunización y socialización no son, para Weber, realidades empíricas, ni abstracciones basadas en agrupamientos históricos concretos (la aldea, la región etc.) sino más bien formas de relacionamiento social, es decir, bajo las cuales es probable afirmar que se actuará socialmente: inspirado afectivamente y dirigido a la constitución de un todo, o motivado racionalmente para la satisfacción (con otros) de intereses. (Liceaga, 2013, p. 64)

Así, la comunidad desde este teórico es entendida como una relación social inspirada en el sentimiento subjetivo de sus integrantes por constituir espacios comunes, donde adquieren relevancia los afectos compartidos, situación que por el contrario no es valorada en la sociedad, donde se interpreta que toda interacción está motivada por relaciones racionales. Así, para Weber, la comunidad adquiere un carácter moral y político.

Dado que no se persigue aquí el propósito de exponer la genealogía de la palabra comunidad, se puntualiza que muchos otros teóricos u escuelas se encargaron de redefinir los conceptos dados por los clásicos, a las luces de los nuevos fenómenos sociales. Sin embargo, con respecto a estos planteamientos de la sociología moderna es importante hacer una anotación. Una explicación que da Torres Carrillo con relación a la lectura de comunidad desde Weber menciona que la misma se debe entender bajo un nuevo fenómeno a saber, “la ética del individuo en la sociedad industrial” (p. 45).

Aunque las teorías clásicas sociológicas arrojan bastantes luces al entendimiento de las dinámicas sociales, y en este caso, de la comunidad, hay un carácter inherente a las mismas y es su lugar de enunciación, puesto que no se puede olvidar que el marco de referencia epistemológica en que se desarrollaron trae consigo una carga colonial y, por ende, de superioridad epistémica, con relación a cómo se construye conocimiento.

La mirada latinoamericana sobre comunidad está marcada por una singularidad contextual determinada por una realidad heterogénea, donde históricamente se han concentrado procesos indígenas, campesinos, afrodescendientes o populares, y de manera más contemporánea, feminismos, movimientos de diversidad sexual y de género o, movimientos y organizaciones ambientales. Precisamente aquí se ponen en juego tensiones entre el neoliberalismo, el patriarcado o el extractivismo, que conllevan a formas de organización comunitarias diversas y complejas, ya no solo caracterizadas por los vínculos o el sentido de pertenencia, sino por aspectos territoriales o espirituales mayores.

Liceaga (2013) hace una importante claridad al respecto de la particularidad del término en América Latina donde, además, explica la connotación también útil para nombrar las formas de organización barriales y periféricas de las ciudades, mediadas por relaciones de agentes externos o empresariales. Apunta la autora

En América Latina la palabra comunidad suele utilizarse para denotar formas de agrupamiento humano que, aun con enormes diferencias entre sí —no menores que las que separan a las múltiples, diversas y, en términos de René Zabaleta, “abigarradas” culturas campesinas e indígenas—, se encuentran alrededor de ciertos puntos coincidentes, entre los que sobresalen la utilización común de la tierra y/o el agua, instancias de trabajo compartido en algunos momentos del año o en ciertas situaciones vitales y la pertenencia a un mismo grupo lingüístico. (Liceaga, 2013, p. 67)

Una de las connotaciones que adquiere la palabra comunidad en el contexto latinoamericano tiene que ver con las formas de vida y organización de las comunidades indígenas, las cuales datan de periodos prehispánicos y tiene su origen en lo que Torres Carrillo (2013) y (Fraga, 2015) nombran *ayllus*, caracterizados por al menos tres rasgos importantes

- a) la propiedad colectiva de un espacio rural que es usufructuado por sus miembros de manera individual y colectiva; b) por una forma de organización social basada especialmente en la reciprocidad y en un particular sistema de participación de las bases; y c) por el mantenimiento de un patrón cultural singular que recoge elementos del mundo andino. (Torres Carrillo, 2013, p. 149)

Aunque bajo las lógicas del colonialismo y la modernidad, históricamente la pervivencia de las comunidades indígenas se ha visto amenazada por imposiciones ajenas a sus construcciones colectivas, las sólidas bases en las que se sustentan sus valores y construcciones simbólicas han hecho posibles maneras diversas de resistencia y reexistencia. Al respecto, Fraga (2015) expone, siguiendo a Walter Mignolo, que la sobrevivencia del sistema comunal indígena se ha dado por un aspecto importante e inherente a la misma, el *comunalismo*, compuesto por la dupla comunalismo invisible y comunalismo visible.

Así, lo invisible está ligado a la materialización de prácticas comunales como el trabajo colectivo, las celebraciones y rituales o la gobernanza, aspectos que no son del todo exteriorizados, pero que componen la vida misma comunitaria. Por otra parte, lo visible se constituye por el “conjunto de las resistencias, protestas, levantamientos y rebeliones que los sujetos colonizados llevaron a cabo a lo largo de más de cinco siglos, y que demuestran que la asimilación al sistema capitalista nunca fue total” (Fraga, 2015, p. 5).

De esta forma, y como se verá más adelante con las construcciones de las comunidades que participaron del proyecto, la comunidad en clave indígena denota más que sólo la organización de modos de vida basados en la proximidad y la ancestralidad, puesto que existen otros aspectos necesarios para su comprensión, como el territorio, entendido no sólo como espacio geográfico delimitado, sino como *territorio étnico* (Maldonado, 2011), donde se exteriorizan formas espirituales de habitarlo o, los procesos de movilización y lucha, donde se hace interesante estudiar las tensiones entre las nuevas formas de colonialismo y los repertorios de lucha y organización indígena.

Los estudios sobre la comunidad desde América Latina también han supuesto el reconocimiento de las luchas campesinas, dado un contexto mayoritariamente rural, que se ha visto abocado a drásticas transformaciones por cuenta de la agroindustria y el despojo de tierras. Sobre el tema es interesante el desarrollo que hace Liceaga (2013) al retomar aspectos de la teoría marxista y conceptos como la *acumulación originaria* de David Harvey, para explicar la idea de comunidad desde una perspectiva campesina.

Partiendo entonces de la idea marxista de que las relaciones capitalistas de producción suponen la expropiación de la tierra del trabajador y esto conlleva entre otras cosas, al fenómeno que Marx denomina como *acumulación originaria*, basado en “el cercamiento de tierras comunales, la expoliación de bienes eclesiásticos, la enajenación de tierras fiscales y la

transformación de la propiedad feudal y clánica en propiedad privada” (Liceaga, 2013, p. 75), la autora explica que tal proceso no sólo se dio en Europa, sino que trascendió a América Latina a través de la conquista española, consolidándose por medio de los Estados – nación y el genocidio indígena, principalmente.

Sin embargo, aquí es donde entra en juego el concepto de *acumulación por desposesión*, que Liceaga retoma del geógrafo inglés David Harvey, quien trata de explicar que la acumulación originaria de Marx ha sido en realidad una acumulación que se ha mantenido en el tiempo y que se ha extendido a través de variados procesos de privatización de bienes culturales, sociales y ambientales que se suponen para el bien común, donde es recurrente modalidades de agronegocios o minería transnacional.

Todo esto es consecuente con el concepto de comunidad construido desde América Latina, en la medida en que las luchas y movilizaciones por la defensa del territorio, el cuidado de los recursos naturales y la autonomía agropecuaria de las comunidades campesinas e indígenas, relacionadas todas con procesos de acumulación por desposesión, están enmarcadas o hacen referencia a cuestiones comunitarias y del bien común, donde es recurrente el énfasis en la noción de territorio, como se veía con relación a las comunidades indígenas. Así explica la autora esta configuración de la comunidad desde lo campesino

En su enfrentamiento con corporaciones y gobiernos, los pueblos campesinos e indígenas suelen enfatizar su derecho a determinar por sí mismos qué tipo de desarrollo económico quieren que se promueva en sus territorios, entendidos estos últimos como espacios para la reproducción de la vida. (Liceaga, 2013, p. 77)

Alrededor de lo comunitario desde esta perspectiva se teje entonces un trió importante de estudio, que tiene que ver con la comunidad, los bienes comunes y el territorio, los que se convierten en un eje transversal desde la perspectiva latinoamericana, y que explican tanto las tensiones como, las alternativas ante los proyectos civilizatorios.

En este sentido, esta mirada latinoamericana sobre la comunidad también se asocia a diferentes dinámicas comunitarias relacionadas con la vida urbana, donde se generan diferentes vínculos y valores comunitarios. La comunidad desde lo popular y lo urbano tiene sus raíces en asentamientos formados por procesos de migración campesina e indígena provocados

principalmente por los efectos de las políticas de producción capitalista y neoliberal, donde se ponen en juego además factores como el conflicto armado o proyectos de agroindustria o minería transnacional. De acuerdo con Torres Carrillo

Los asentamientos formados por dichas oleadas migratorias desde la segunda mitad de siglo XX (llámense barrios populares, pueblos nuevos, villas miseria o favelas) se ha convertido en los espacios sociales de mayor significación y construcción de referentes identitarios para sus pobladores en un contexto de creciente precariedad e inestabilidad laboral. Por un lado, esos territorios populares, pasan a ser escenario de una amplia variedad de actividades económicas (productivas, comerciales y financieras) informales; también el lugar donde se establecen relaciones interpersonales estables y significativas, como las de vecinos, compadres, amigos de infancia, parches, galladas y combos juveniles, etc. (Torres, 1999 como se cita en Torres, 2013, p. 164)

Bajo este contexto, la comunidad está estrechamente ligada a aspectos como la defensa de un territorio conquistado, procesos asociativos y acción conjunta, donde no se encuentra exenta de una gran complejidad, puesto que la comunidad desde lo urbano y popular se adhiere a las dinámicas de la ciudad, que inevitablemente ponen en controversia los intereses en común. Así, la vida comunitaria urbana y popular “se constituye en una fortaleza colectiva y una defensa frente a las fuerzas centrífugas de la vida urbana, a los efectos disociadores de su situación de pobreza y que se activa en coyunturas donde las conquistas se ponen en peligro, como en los intentos de desalojo” (Torres Carrillo, 2013, p. 165).

Aquí la comunidad adquiere un sentido de horizonte compartido, donde tanto el entorno como el sujeto se convierten en ejes centrales de la acción comunitaria frente a procesos que como se han visto con anterioridad, pretenden legitimar, invisibilizar y homogeneizar las construcciones comunitarias históricamente configuradas por actores sociales políticamente conscientes de sus vínculos y pertenencia a sus comunidades.

Terminado este repaso sobre la mirada occidental y latinoamericana sobre la comunidad, es importante hacer hincapié en algunos elementos. El primero tiene que ver con los aportes que hacen los clásicos sociológicos para la comprensión del concepto de comunidad, donde la misma se ve reducida a dinámicas coloniales que intentan responder a las tensiones inherentes que trae

consigo la industrialización, el capitalismo y la modernidad en sí misma como proyecto global que sin embargo, se centran en la necesidad de pensar el paso de la comunidad hacia formas más complejas como la sociedad, equiparándolas incluso y dejando de lado aspectos micro comunitarios que no se ajustan a esa lógica societal.

Por otra parte, se hace interesante destacar que desde el sentido latinoamericano van toman forma otras visiones políticas de comunidad, donde se cuestionan elementos del poder y del sistema, como es el caso del feminismo, las diversidades sexuales o de género, la discapacidad y la academia, por nombrar algunos ejemplos, que permiten introducir otros análisis sobre este concepto, que ha tendido a tergiversarse dada su amplia utilización en contextos incluso que le suelen ser ajenos.

Partiendo de todo esto, ahora se hace necesario comprender cómo las comunidades nombran y configuran eso que pasa en su interior, las formas en que ritualizan la cotidianidad y el significado que adquiere el hecho mismo de habitarla. Así, se le da paso al desarrollo de los sentidos comunitarios, y en especial, a aquellos que fueron construidos por las comunidades participantes del proyecto *Sentidos comunitarios en diálogo intercultural: hacia la decolonización del trabajo social comunitario*.

7.3 La esencia colectiva y compartida que vincula a la comunidad: hablemos sobre sentidos comunitarios.

Esta investigación persiguió un propósito claro: comprender los sentidos comunitarios de las comunidades del proyecto *Sentidos comunitarios en diálogo intercultural: hacia la decolonización del trabajo social comunitario*, y su aporte a la configuración o para la decolonización del trabajo social comunitario. Bajo esta premisa, y dado los detalles teóricos tratados con anterioridad sobre el concepto de comunidad, la comprensión de esos sentidos no puede estar mediada sino por los postulados y experiencias que América Latina ha desarrollado, puesto que la problematización de las relaciones comunitarias estará determinada sin duda, por las tensiones contextuales del proceso moderno/colonial.

Este apartado entonces pretende darles comprensión a esos sentidos comunitarios, priorizando las connotaciones construidas por las comunidades y grupos comunitarios participantes del proyecto. A su vez, se retoman aspectos importantes de los postulados de varios teóricos y

teóricas de América Latina, quienes han comprendido el concepto desde la vivencia colectiva comunitaria.

Se nombraba con anterioridad cómo la psicología comunitaria se ha encargado de avanzar en el entendimiento sobre los sentidos de comunidad, suponiéndolo una vivencia subjetiva mediada por la afectividad, la proximidad y la emocionalidad al pertenecer a una comunidad, que es capaz de proveer o suplir las necesidades de sus miembros, convirtiéndose así en una red de apoyo (Maya Jagariego, 2004).

Sin embargo, tal entendimiento del sentido de comunidad se reduce a una relación de intercambio, donde la comunidad provee a los miembros por el hecho de sentirse y pertenecer a la misma, ignorando otros aspectos sustanciales relacionados con el poder o el territorio, propuestas con un sentido más latinoamericano.

Precisamente desde esta perspectiva, los sentidos comunitarios se asocian a construcciones epistemológicas y experienciales complejas, las cuales responden a dinámicas históricas atravesadas por procesos de resistencia, de organización y de espiritualidad, donde la relación que se teje con el entorno se convierte en pieza clave para el entendimiento de estos.

Dentro de la investigación se expresa esa complejidad a partir de las distintas construcciones que hacen las comunidades participantes del proyecto, donde se pudo encontrar similitudes y diferencias acerca de los sentidos comunitarios y las formas en que se estos se han construido. Un ejemplo de esto es lo que mencionan participantes de La Mesa Diversa de la Comuna 4

Un poco frente a compartir cuáles son esas ideas de los sentidos comunitarios dentro de nosotros, ha sido difícil concretar para hablar directamente de sentidos comunitarios, pero los hemos construido a partir de unas técnicas como un cadáver exquisito, hicimos un cuento de cómo surgió la mesa el año pasado y creo y considero que también hemos construido otros elementos y otros dispositivos, por ejemplo por Whatsapp preguntándoles a cada quien cuál era esa idea de la comunidad y tenemos algunas frases, algu nas palabras por ejemplo esta que nos comparte Kevin. Para Kevin es construir vínculos constantemente y entrelaza la experiencia no sólo desde el territorio sino también desde las orientaciones e

identidades de género por fuera de lo que era normal (Fer, encuentro intercultural N° 10, 20 marzo, 2024) ²

Así, los sentidos comunitarios adquieren diferentes matices donde se expresan nutridas formas del nosotros, del ser con otros, de la vivencia comunitaria, de la relación sujeto – territorio, de la festividad o del trabajo comunitario.

Es importante destacar que, bajo las experiencias compartidas con el proyecto, los sentidos comunitarios ya no sólo se entienden bajo la ancestralidad o las luchas socioambientales o populares, sino también, que se conjugan en nuevas formas de movilización y de acción comunitaria, donde se construyen diferentes sentidos comunitarios, es decir, en un mismo territorio se pueden constituir miradas diversas de sentidos comunitarios sin que estos se yuxtapongan, sino que actúan bajo una especie de sinergia en pro de la comunidad.

Esto se ha traducido en construcciones comunitarias y de identidad como el Vivir Bien, El Buen Vivir, o el Ubuntu, donde los sentidos comunitarios se han convertido en una filosofía para transversalizar la vida y los valores comunitarios, convirtiéndose en alternativas ante el desarrollo, el capitalismo o el extractivismo. Por ejemplo, para la Comunidad Indígena Embera Chami Santa Isabel La Piedra, la construcción de los sentidos comunitarios pasa por el entendimiento mismo de lo que es la comunidad, expresando lo siguiente

Cuando nos adentramos a abordar el amplio concepto de comunidad es inevitable resaltar que lo comunitario gira alrededor del campo espiritual entonces miren que está el territorio y la territorialidad y la espiritualidad también como asuntos transversales en ese concepto de comunidad por ende se afirma que cuando una comunidad tiene problemas de organización de planeación de coordinación es porque el equilibrio espiritual se encuentra en desarmonía, eso es como una de las ideas que ellos nos envían aquí hay un testimonio dice “Somos hermanos hijos de la tierra porque amamos el territorio donde habitamos la cultura y las creencias que tenemos como pueblos milenarios nuestro código cultural que son las prácticas tradicionales la unión espiritual como hermanos de lengua y de mitología” (E, Uribe, encuentro intercultural N° 10, 20 marzo, 2024)³

² Intervención de integrante de la Mesa Diversa de la comuna 4 en encuentro intercultural

³ Representante en el encuentro intercultural de la Comunidad Indígena Embera Chami Santa Isabel La Piedra

Al respecto Vignale (2008) señala que los sentidos comunitarios se dan gracias a un sin número de sentimientos compartidos e intangibles que unen a la comunidad, lo que se expresa claramente en las palabras de la Comunidad Indígena Embera Chami Santa Isabel La Piedra, al recalcar la importancia de la espiritualidad, por ejemplo, para comprender el funcionamiento y organización de las comunidades indígenas, lo que se convierte además, en un eje transversal para la constitución de sentidos comunitarios.

Los sentidos comunitarios entonces están más allá de una definición unívoca, puesto que no se recogen en un marco de referencia epistemológico, sino como una forma histórica de vida. Expresa Maldonado (2011) que los mismos hacen parte de “algo casi omnipresente, respetado, esgrimido como propio y por tanto vigente incluso fuera de la comunidad, aprendiendo a ser transterritorial para adaptar la vida en el mundo globalizado” (p.60). Como lo expresa la Comunidad Indígena Emberá Chami Santa Isabel La Piedra, los sentidos comunitarios entonces recogen expresiones del hacer y sentir comunitario que se constituyen en formas de identidad

Frente a los haceres comunitarios entonces hablan de que hay diversas acciones que están muy enfocadas en salvaguardar la tierra, nuevamente esta importancia del territorio, los territorios indígenas y ancestrales y por ejemplo con ellos la importancia de las ceremonias, como una forma también de un hacer comunitario. Hablan de una ceremonia que se llama la Rúa limpieza del territorio, que es como un recorrido territorial en la comunidad. También hablan de estrategias como la siembra de árboles y plantas y en esos lugares pues ahí inclusive con Esperanza no sé si recuerdan que para ellos los lugares espirituales en el territorio son muy importantes (E, Uribe, encuentro intercultural N° 10, 20 marzo, 2024)

Los sentidos comunitarios vistos desde las comunidades indígenas responden a una construcción alrededor del trabajo comunitario, el poder como un espacio común, y en el dialogo constante con la espiritualidad como forma ancestral de conexión ser humano – naturaleza. A esto añaden otro elemento bien importante, y que se convierte desde esa visión latinoamericana en algo indispensable: la memoria como construcción comunitaria constante

La resignificación de las memorias ancestrales, el pensamiento colectivo, el respeto hacia las creencias ancestrales, esas creencias ancestrales como mitos, leyendas, las plantas medicinales, el respeto hacia los médicos tradicionales, hacia la sabiduría de estos mayores, la lengua materna, la música ancestral, la danza, los tejidos, y que esta idea de comunidad también se entiende como un espacio para compartir (E, Uribe, encuentro intercultural N° 10, 20 marzo, 2024).

Esto permite poner en evidencia que los sentidos comunitarios pasan además por un trabajo constante de reflexión, que permite no solo evaluar de manera crítica la historia misma de la comunidad, sino también su devenir como organización y al mismo tiempo, su identidad. La investigación misma conllevó a lo que (Núñez Madrazo & Castillo Cervantes, 2020) explican cómo poner en conversación la acción y la reflexión para que sean los mismos sujetos quien encuentren herramientas transformadoras.

Bajo esta premisa, cabe resaltar el aporte que hace la organización comunitaria Picacho con Futuro sobre los sentidos comunitarios, quienes no entienden estos por fuera de los procesos de reflexión

El sentido de lo comunitario está atravesando una profunda apuesta hacia la reflexión lo cual posibilita la co-construcción de entornos comunitarios de confianza, dicho ambiente propicia a una paulatina construcción también de autoconfianza que aporta la superación de miedos e inseguridades”. Estas ideas lo que queremos reflexionar es que sentimos que hay una idea en lo comunitario asociada a que lo comunitario es un escenario de confianza y de construcción colectiva de confianza. Y sentimos que lo primero que pasa es que, en comunidades como la nuestra, esa confianza se ha ganado mucho en los espacios y la gente incluso dice las cosas como las siente, o sea, no hay mediación de nada, se dice (Juan Carlos, encuentro intercultural N°10, 20 marzo, 2024).

Aunque para este grupo comunitario, la reflexión se concibe como algo propio del sentido comunitario, es decir, de su identidad, la misma ha llevado a la problematización de las formas de acción de la comunidad ante diferentes problemáticas o necesidades de sus miembros, comprendiendo como lo expone Martínez Luna (2010) que “La reflexión es resultado de una acción

que como tal primero se da y en un segundo momento se analiza” (p. 137). A partir de esto es interesante lo que exponen desde esta corporación sobre el proceso de reflexión y acción al anotar que

Nosotros sentimos que lo comunitario tenía una historia basada mucho en entender lo que pasaba en el territorio para afrontarlo, para actuar en él y en esta ocasión sentimos que los encuentros nos permitieron ver que nuestra comunidad demanda una respuesta mucho más inmediata, ahora que hablábamos de inclusive con las emociones, que no dejamos tramitar nada, sino que la comunidad demanda una respuesta mucho más inmediata para los asuntos que la cotidianidad les está entregando. Lo comunitario hoy no tiene la capacidad de respuesta para enfrentar esas velocidades. El sentido comunitario ha perdido esa capacidad más crítica de resolver lo cotidiano (Juan Carlos, encuentro intercultural N° 10, 20 marzo, 2024).

Desde esta perspectiva entonces, la reflexión como elemento esencial de los sentidos comunitarios, conlleva a la problematización no solo de los procesos de dominación sino también, de las actuaciones de la comunidad, que no es ajena a la conflictividad y, por ende, analizar sus formas de acción hace posible la transformación de sus formas organizativas.

Como se ha logrado evidenciar, varias de las concepciones expuestas por las comunidades participantes dejan entrever la resistencia de los sentidos comunitarios por la pervivencia de elementos intangibles que le dan vida a lo comunitario. Algo interesante tiene que ver con el sentido de lo ritual, y de como estos, en medio de su diversidad permiten la expresión más pura del vínculo comunitario, donde se ponen en juego la relación con el territorio, el poder y la colectividad, dice Jenny, integrante de la Corporación Picacho con Futuro

Para mí es inherente el ritual o los rituales en lo comunitario, desde esas circularidades de significados, de entusiasmos y de causalidades que comienzan como a generar nuestros encuentros, que nos hacen coincidir, que nos hacen estar como en esa posibilidad de estar intercambiando o como un pretexto siempre como desde la compartancia, y desde ahí, cómo se constituye el reconocimiento por unas tradiciones que ojalá, ojalá, vayan intencionadas siempre al bienestar y al amor por la vida, la esperanza en la réplica y la multiplicación de

acciones enfocadas al bienestar del planeta, y eso parte mucho, yo creo, del ejemplo que damos de sí, ¿cierto? (Jenny, encuentro intercultural N° 10. 20 marzo, 2024).

El ritual se conjuga aquí con una experiencia colectiva de movilización, que atraviesa los significados, las luchas y la relación sujeto – territorio, como dice (Martínez Luna, 2010) “A todos nos une el consenso, el diálogo, el ánimo” (p. 93). Aquí se dan lugar sentidos de comunidad que tienen que ver con el trabajo comunitario, donde la comunidad se convierte en el espacio donde se desarrolla y se comparte la vida misma.

Al respecto, desde las Comunidades campesinas y de pescadores de la Ciénaga Grande del Bajo Sinú Córdoba, explican que los sentidos comunitarios se constituyen bajo la experiencia comunitaria del compartir con el otro los productos de la tierra, por lo que se podría inducir que los procesos de soberanía alimentaria conllevan a la solidificación de sentidos comunitarios. Expresa Natalia de ASPROCIG⁴

En Zicara Limón, dicen “en mi caso tengo la mata de plátano, cebollín, entonces yo le voy aportando a la vecina, al otro vecino, y le digo que la siembren para que vayan sembrando lo de ellos también el viají, para que tengan el semillero como lo hago yo. Nosotros conservamos los valores como amistad, solidaridad. Por ejemplo, si hay un compañero que se enfermó, nosotros aquí estamos con las plantas medicinales”. Todo eso es fruto de lo que recogen en los ABIF. En Zicara Limón también nos dicen, “acá como organización estamos replicando esa información, eso está demostrado con el ABIF. En donde montan un ABIF, el vecino o se copia o va a venir acá solito para irse metiendo, porque si tienes una mata de plátano, él viene y te pide para él tener su mata de plátano. Hay mucha gente, una cantidad de gente que quiere pertenecer a ASPROCIG, ya no solo en el Bajo Sinú, sino por ejemplo en la Mujana. Hay un compañero en el sur de Córdoba, en Montería, Montelíbano, Ayapel, en toda la zona. Tú pasas por La Paloma, por la Vía de los Santos y ya a inicios de ASPROCIG”.

⁴ Integrante de Comunidades campesinas y de pescadores de la Ciénaga Grande del Bajo Sinú Córdoba, ASPROCIG

En Caño Grande nos dicen, “tejiendo conocimiento, intercambio de semillas, trabajo de mujeres en el ABIF”, participación de toda la familia, solidaridad y respeto. En la Isla del Sabaf, frente a los haceres, nos dicen que vivir así en unidad, que, si hay por allá un daño, todos ayudamos a las personas, por ejemplo, cuando se viene la ola invernal. También convencer a las personas que apliquen los conocimientos que tenemos para que todos tengamos. Ayudarnos unos a otros. Otro hacer es tener una buena convivencia con los vecinos, compartir cuando alguien no tiene comida. Entonces todos colaboramos porque necesitan ayuda de nosotros. La comunidad es solidaridad (Natalia, encuentro intercultural N° 10, 20 marzo, 2024).

Autores como Harvey Narváez & Hernández (2019) explican que los sentidos comunitarios han adquirido gran relevancia en los estudios sociales y comunitarios dado que “en el contexto actual se refleja una pérdida progresiva de la cohesión, integración, filiación y pertenencia de los individuos a sus comunidades” (p. 156) a lo que puede añadirse, la amenaza constante de la que son objeto los sentidos comunitarios por cuanto tiende a homogeneizarse de acuerdo con los valores societales. Sin embargo, puede verse bajo las premisas de ASPROCIG, como lo comunitario en sí mismo se mantiene vivo gracias principalmente, a la relación de la comunidad con el territorio, donde se percibe que no solo se dan las relaciones comunitarias, sino también, el surgimiento de constantes valores y formas de autodeterminación.

Bajo toda la construcción conceptual que se ha dado con relación a los sentidos comunitarios, queda una pregunta importante por desarrollar, y tiene que ver con el lugar que, ocupada la academia en la construcción de sentidos comunitarios y en el desarrollo de los suyos propiamente. En este caso, la Universidad de Antioquia desde sus ejes misionales de docencia, investigación y extensión, ocupan un espacio en el desarrollo de esta comprensión, dado que desde allí también se ha abogado por la construcción de una comunidad académica o universitaria, que represente los valores y significados academicistas.

Así, con la necesidad de pensar una academia decolonial, y, por ende, profesiones y disciplinas que rompan con los espacios de jerarquía colonial académica, este proyecto se pensó lo académico desde el situar a la universidad espacialmente en territorios homogéneos y complejos, donde cobra relevancia la tensión, lo simbólico y lo discursivo como elementos que deben descolonizarse.

Al respecto, el entendimiento de los sentidos comunitarios desde el punto de vista de la Universidad de Antioquia tiene varias entradas. Una tiene que ver con cómo se entiende ese sentido de pertenencia que permite la adherencia a la comunidad, explica la docente Viviana Ospina ⁵

Un asunto del sentido de pertenencia, cuando hablamos de comunidad en el marco de la Universidad de Antioquia, digamos que se fluctúa lo que implica en el marco de la Universidad de Antioquia, lo que en algún momento podríamos llamar una comunidad académica, pero también de pensarnos como TS comunidad, y como nos movemos desde allí en ese sentido de pertenencia. Por acá otro estudiante nos decía, es con lo que me identifico trabajar en pro de esa identificación, por ejemplo su caso particular se identifica con trabajo de género, se une a eso y junto con otros estudiantes que tienen ese mismo objetivo, entonces también la visión de que es una comunidad conformada por muchas comunidades, entonces la pluralidad ahí de que va emergiendo en clave también de los estudiantes, pero en clave también de los docentes, en clave de ciertos grupos que se hacen al interior de los estudiantes, uno podría decir también como por cohortes, por niveles y demás. (V Ospina , 2024)

Desde esta mirada de la academia no deja de perderse ese elemento constitutivo de los sentidos comunitarios que tiene que ver con el sentido de pertenencia y de identidad que se construye alrededor de los mismos. En este sentido, no puede dejar de pensarse que la idea de comunidad y de lo comunitario está asociada de manera estrecha con la conciencia de pertenecer a ese espacio concreto que no se logra por el simple hecho de transcurrir la comunidad, sino por el aporte que de lo individual se hace a los procesos colectivos de configuración de lo común.

A partir de esta relación entre lo teórico y lo experiencial marcado por el proyecto, se entretejen varios elementos para comprender los sentidos comunitarios a la luz de procesos de decolonización, donde cobran gran relevancia aspectos como, la solidaridad, lo ritual, lo que se construye en común, las luchas por lo comunitario, la pertenencia, el arraigo, la territorialidad y la relación sujetos – espacios comunes. Muchos de los elementos aquí recogidos por las diferentes comunidades con relación a los sentidos comunitarios se pueden entrever en el siguiente fragmento

⁵ Docente del pregrado de Trabajo Social de la Universidad de Antioquia y representante en el proyecto de la comunidad académica.

de la docente Viviana, quien encuentra puntos comunes que explican esos sentidos y que permiten así, ir construyendo una noción más clara sobre los mismos

Otro aspecto es que todas las comunidades de una u otra forma están territorializadas con distintas concepciones de territorio ¿Cierto? Territorio físico espacial y territorio corporal ¿Cierto? Territorio simbólico, Pero hay territorios siempre. Otra cuestión que encuentro en común es que en todas las comunidades hay un sentimiento de protección, o sea, la comunidad se justifica por la protección y esa protección se vive de manera diferente ¿Cierto? Entonces cada comunidad protege de manera diferente como lo hemos podido ver. Otro punto en común que encuentro es que además de estar territorializadas hay espacialidades que confluyen entre lo tangencial y lo simbólico, O sea, entre lo materializado y lo simbólico en todas, no sé si se entiende esto bien, ¿sí? O sea, las espacialidades se toman, como decir esta serie, ¿cierto? Esto es tangencial, pero también hay espacialidades simbólicas, es decir, de los códigos que manejamos de nuestra forma de identificarnos, ¿cierto? de usar nosotros mismos una manera de lenguaje, es decir, es una forma de habitar los espacios de manera diferente según como sea nuestra comunidad. El otro punto es que se conjuga la identificación primero con la identidad, o sea, la identificación se vuelve identidad en el tiempo Y esa identidad caracteriza nuestra forma de ser y hacer comunidad a la vez, o sea, se va volviendo (V. Ospina, encuentro intercultural N° 10, 20 marzo, 2024).

Finalmente, como se ven en los distintos relatos y construcciones de las comunidades y grupos comunitarios participantes proponen en un primer momento que los sentidos comunitarios son más complejos que las escalas de medición que proponen varios autores aspectos más positivistas. Así, hablar de sentidos comunitarios no es sólo poner en juego aspectos como la pertenencia, la identidad o la conexión emocional, sino que su entendimiento también pasa por la teorización de elementos territoriales, organizativos y de lucha, que van configurando el vivir en comunidad.

Bajo las premisas que abordó esta investigación es importante retomar las palabras de uno de los participantes del proyecto cuando proponía que los sentidos comunitarios no pueden entenderse sin la relación con el otro y con lo otro diverso

tengo sí solo como ese que resaltar, y es que en todo se ve la importancia del reconocimiento de “el otro” y de “lo otro”. Que por ejemplo en todos hay una forma de llamar ya está juntanza, ya sea convite, ya sea minga, un parche comunitario o un algo, don de está lo importante pues de escuchar, saber la opinión del otro, saber el otro qué puede aportar, qué puede hacer, y que desde todo esto pues se da esa idea de que no solo unos pocos deben tomar decisiones por todo el conjunto, por toda la comunidad, por así decirlo, sino que se debe de tener lo que dice el vecino de adelante, atrás, del lado, el amigo, mi mamá, todo, que se debe de tener en cuenta todas estas opiniones, todo lo que se quiere para poder crear comunidad. (Brayan, encuentro intercultural N° 10, 20 marzo, 2024) ⁶

En consecuencia, los sentidos comunitarios no pueden pensarse sin la complejidad que implica la vida comunitaria, las relaciones comunales, y las construcciones colectivas para la vivencia en común, donde siempre estará en concurrencia un otro heterogéneo, marcado por una historicidad dinámica que no pierde de vista lo comunitario. Todo este entramado es complejo en la medida en que cada dimensión de la que se ha abordado aquí tiene que ver con formas particulares de comunidad y de vida comunal que, por consiguiente, implica intervenciones profesionales o de cualquier índole, situadas y contextualizadas. Desde aquí es importante pensar cómo la construcción de lo comunitario también ha tenido una apuesta disruptiva y de indisciplina, que se caracteriza por la diversidad de formas de hacer comunitario y que se reproduce, indudablemente en múltiples imaginarios sobre la comunidad.

⁶ Integrante de la corporación Picacho con futuro y participante del proyecto

8 Capítulo II

Sentidos comunitarios y trabajo social comunitario: aportes para la intervención y la formación en Trabajo Social.

Pensar la intervención social en contextos comunitarios implica evaluar la interacción de diversos elementos que han sido construidos por los actores comunitarios y, aquellos que desde la academia se han planteado como medidas para leer el contexto, las cuales con el tiempo han adquirido un sin número de significados y connotaciones que ponen en consideración la necesidad de pensar las maneras cómo las profesiones sociales se relacionan con las comunidades y en esta medida, cómo se construye conocimiento. Entonces, ¿será que puede pensarse una relación entre los sentidos comunitarios y las formas en cómo se interviene en las comunidades? y en esta medida ¿pueden los sentidos comunitarios configurar o reestructurar el hacer profesional y la formación en trabajo social comunitario?

Como se ha podido dilucidar a lo largo del capítulo 1, los sentidos comunitarios son construcciones complejas y que deben leerse bajo contextos específicos, dada la singularidad que alberga cada uno. Así, aunque hay elementos en común que les agrupa como el territorio, el ritual, las formas organizativas o los procesos de movilización, los mismos solo adquieren sentido en la medida en que son entendidos como parte de necesidades concretas de cada comunidad, donde el quehacer profesional debe asumir una postura vinculante que no niegue lo diverso.

Ante esta necesidad, el presente capítulo pretende analizar los aportes posibles que puede hacer la comprensión de los sentidos comunitarios de las comunidades y grupos comunitarios participantes del proyecto Sentidos comunitarios en diálogo intercultural: hacia la decolonización del trabajo social comunitario, a la intervención social y formación profesional en trabajo social y para el trabajo social comunitario en concreto. Con esto se busca entre otras cosas, conceptualizar desde una mirada local y a la luz de los conocimientos de América Latina, el proceso de decolonización de la profesión de trabajo social, proponiendo desde los resultados de esta investigación, posturas de intervención basadas en el reconocimiento de la diversidad en lo comunitario, y en este sentido, la superación de modelos academicistas occidentales y coloniales, que niegan o invisibilizan la heterogeneidad intrínseca del ser en comunidad.

Para tal propósito, este capítulo está pensado en una especie de paralelo que pone en común, en un primer momento, algunas de las discusiones y concepciones teóricas y epistemológicas sobre el trabajo social desde Occidente y América Latina, reconociendo similitudes o diferencias que han configurado a la profesión. Al respecto es importante partir de la premisa de que, aunque el trabajo social nació como una profesión netamente moderna, configurada en medio del proceso de industrialización e individualización de lo que también pasó a ser un naciente proyecto de sociedad, la misma ha ido girando en torno a otras necesidades y tensiones sociales, desde donde ha sido primordial pensar el actuar profesional y las formas en cómo se interviene en cada contexto.

Por otra parte, este capítulo ofrece una concepción del trabajo social comunitario vista ya no solo desde el paralelo Occidente/América Latina y desde los matices profesionales, sino desde construcciones propias de la comunidad académica participante del proyecto de investigación, que, a través de diferentes estrategias de construcción de conocimiento, hicieron posible la proyección de lugares comunes para comprender el aporte de los sentidos comunitarios al trabajo social comunitario. De esta manera, docentes, estudiantes y egresados del pregrado de Trabajo Social de la Universidad de Antioquia e integrantes del proyecto de investigación Sentidos Comunitarios, problematizaron algunas de las connotaciones históricamente establecidas a la luz de la interacción con las comunidades participantes del proyecto.

8.1 Configuraciones sobre el trabajo social: miradas desde Occidente y América Latina para la decolonización del trabajo social comunitario.

Como se ha podido evidenciar durante el abordaje del tema de interés de esta investigación, se ha hecho recurrente la necesidad de establecer un paralelo entre los postulados que ha establecido Occidente para la lectura y entendimiento del mundo y del otro lado, la construcción de conocimientos desde América Latina, planteados como una alternativa ante la urgencia de contar la historia de acuerdo con las experiencias locales. Pero ¿a qué responde la referencia constante a este contraste, y qué tiene que ver la misma con la propuesta de decolonizar el trabajo social y el trabajo social comunitario como enfoque de investigación e intervención?

De acuerdo con Castro – Gómez (2007), a partir de la modernidad, la universidad se encargó de reproducir todo tipo de herencias coloniales del conocimiento que han terminado por constituir una mirada del mundo moderno situada privilegiadamente desde cánones hegemónicos. Bajo la

premisa de que la universidad es la institución encargada de impulsar el “progreso” de las naciones, al tiempo de que es la responsable de la educación moral de la sociedad, la misma diseñó toda una estructura capaz de legitimar una forma única de construir conocimiento, convirtiéndose, en palabras del autor en “una institución que establece las fronteras entre el conocimiento útil y el inútil, entre la doxa y la episteme, entre el conocimiento legítimo (es decir, el que goza de “validez científica”) y el conocimiento ilegítimo” (p. 81).

A partir de esta configuración, la misma estableció una forma de jerarquía interna, una estructura arbórea, que organiza unas especializadas, unos límites, unos procedimientos y unas funciones específicas. A su vez, la universidad se estableció como lugar privilegio de la producción de conocimiento, desde donde, como lo exponen Martínez & Agüero (2018) se consolidó la colonialidad del saber, en la medida en que esta institución se convirtió en la autoridad que legitima o deslegitima el conocimiento, de acuerdo con las demandas del naciente orden mundial global.

De esta forma, la producción de conocimiento quedó mediada por la separación ontológica entre naturaleza y ser humano, como una forma de controlar racionalmente el mundo. En esta medida, la realidad se atomizó con el fin de crear diferentes ramas de conocimiento que pudieran dominarla. Esta idea la denomina Castro – Gómez (2007) como la hybris del punto cero, la hybris entendida como el “pecado de la desmesura” es decir “pretender hacerse un punto de vista sobre todos los demás puntos de vista, pero sin que de ese punto de vista pueda tenerse un punto de vista” (p. 83).

La producción de conocimiento entonces quedó inscrita en una matriz de pensamiento, parafraseando a Martínez & Agüero (2018) donde era necesario controlar la forma de pensar, sentir e interpretar la realidad, respondiendo a una objetividad que se alejaba de la experiencia humana, en donde el sujeto, considerado cognoscente pasa a asumir una postura de observador neutro. Así, finalmente, la arborización de la universidad y la organización jerárquica del conocimiento responden a ese intento moderno – y colonial – de organizar y controlar el mundo tal como se conocía, descomponiéndolo.

Pero ¿y qué tiene que ver todo esto con las ciencias sociales y específicamente, con el trabajo social? La lógica del pensamiento colonial basada en la eliminación de la proximidad sujeto – objeto de conocimiento, terminó por apartar a las nacientes disciplinas sociales de sus campos de estudio, bajo la premisa de construir conocimiento científico objetivo, y podría pensarse entonces, sesgado, dado que ya no se lee la realidad social como un todo, sino como la suma de sus partes.

Además, dado su contexto histórico, las ciencias sociales se abren paso gracias a características que las convierten en parte fundamental para los procesos de control social. Como lo expresa Gómez Hernández (2015) respecto a las características de las profesiones modernas

se pueden destacar algunas particularidades principales de las profesiones como la abnegación irracional a la tarea y la eficacia, el sentido ético religioso calvinista, luterano y católico que refiere a ser una vocación de servicio basada en la misión y el deber consigno de salvación, la importancia sustancial de la experticia que se conjuga con la ideología, los procesos de legitimación y dominación en los que la ideología juega un papel importante como parte del quehacer profesional, el quehacer profesional que se constituye desde diferentes lógicas de conocimiento y poder y, un alto nivel de normalización de la acción social a través del disciplinamiento. (Gómez Hernández, 2015, p. 5).

Sin embargo, aunque existe ese anclaje colonial, que permanece oculto y se reproduce en medio de la praxis profesional, de acuerdo con Castro – Gómez (2007) las formas de construir conocimiento ya no sólo responden a la herencia colonial, sino también a una narrativa poscolonial donde la universidad y, por ende, sus profesiones, se anclan a las necesidades del mercado global. Así, la universidad ya no crea conocimiento de acuerdo con los lineamientos del Estado sino de las empresas, lo que modifica de manera compleja la mirada que tenemos de la práctica profesional.

No exento de esto, el trabajo social, inscrito como una profesión moderna, se configuró con base a los parámetros políticos, sociales, culturales, filosóficos y económicos de instituciones o sistemas como el capitalismo industrial, el Estado, la iglesia, y como ya se ha esquematizado, la ciencia, estableciendo en esta medida, modelos ideales de intervención a fin de atender los problemas que devenían por la tensión social. Situado desde una mirada poscolonial y posmoderna, la lógica de la disciplina sigue estando pensada como una manera de aportar ética y políticamente a la construcción de justicia social mediante la cualificación profesional. De acuerdo con Vélez & Mellizo (2020) el hecho de que la profesión deba responder a las condiciones externas e internas de la complejidad social, ha conllevado a dos grandes desafíos

En primer lugar, cualificar las capacidades de acción profesional en contextos locales, contribuyendo al desarrollo de habilidades, actitudes y conocimientos necesarios para el cambio social, superando la escisión entre la teoría y la praxis. En segundo lugar, fortalecer académicamente la identidad profesional, a partir de la conjugación del binomio profesión-

disciplina, mediante una sólida fundamentación epistémico y teórico-metodológica acerca de los procesos de investigación e intervención social (Vélez & Mellizo, 2020, p. 21).

Siguiendo con los planteamientos de estos autores, tal posición ha conllevado a asumir un discurso hegemónico sobre la formación y la intervención en trabajo social, el cual se ha sostenido sobre la idea de la superioridad epistémica para responder de manera idónea al carácter dinámico de la sociedad, donde los profesionales de esta disciplina deben estar en la capacidad de promover el cambio social, la resolución de conflictos y la liberación de los grupos oprimidos, para propender por su bienestar. Tal idea se asienta en lo que Gómez Hernández (2007) nombra como el ideal emancipador de la profesión, desde donde se ha terminado por reforzar los ideales de progreso a través del control y distanciamiento de la naturaleza, en pro del crecimiento económico y en defensa de la individualidad.

Entonces, pensar el trabajo social desde su mirada colonial y bajo un contexto marcado por los imperativos de las escuelas de pensamiento occidentales y norteamericanas conlleva al entendimiento de al menos dos premisas.

Lo primero tiene que ver con la configuración histórica de una profesión pensada para agenciar cambios sociales a partir de saberes especializados que terminan por legitimar prácticas, discursos y valores hegemónicos, que no responden al interés común y colectivo de los grupos sociales marginalizados históricamente, sino a los del mercado, los sistemas económicos y políticos asimétricos y, en definitiva, a actores sociales que asumen el poder de manera desproporcional. Como lo enuncian Vélez & Mellizo (2020), citando a Aguayo (2006) “el discurso hegemónico acerca de la formación del Trabajo Social como profesión moderna se funda en –y contribuye a– la burocratización como dominación política, toda vez que esta última se “basa en el saber formal, racional, propio de sociedades modernas” (p. 23).

Esto tiene que ver si duda con la constitución de una colonialidad del saber presente en las ciencias sociales (Martínez & Agüero (2018); Gómez Hernández (2015); Castro – Gómez (2007) la matriz jerárquica del conocimiento que estableció, legitimó y puso en circulación una forma única y privilegiada de hacer conocimiento, basándose en un método científico eurocéntrico y positivista que se situó por encima de formas otras de saber y hacer la vida misma.

Lo segundo está relacionado precisamente con la separación entre hombre, naturaleza y conocimiento y la posición del profesional en trabajo social frente a las realidades que interviene. Ya que se parte de que la formación en trabajo social debe ser especializada con el fin de agenciar

cambios en la estructura social, así mismo, la disciplina moldea un sujeto de intervención específico, que históricamente se ha caracterizado en carencia y pasividad frente a su condición de desigualdad, y que necesita de un otro especializado para superar su condición. Esta imagen se puede entender de acuerdo con la siguiente idea

Vale decir que, ciertamente, se trata de una subjetividad deficitaria y receptora, pasiva de recursos materiales y simbólicos, cuya transferencia se implementa condicionadamente. Este se realiza a través de un proceso técnico desarrollado por un sujeto experto, portador de un saber especializado, que habilita y legitima su capacidad de intromisión y de ayuda profesional, mediante la asunción de roles específicos y la activación de diversos métodos de trabajo (Vélez & Mellizo, 2020, p. 23)

Este actuar profesional, naturalizado y enseñado por muchos años, está anclado sin duda a una idea eurocéntrica sobre cómo el “experto” debe acercarse a la realidad social y en esta medida, se espera del mismo que logre cambios significativos que disminuyan el malestar social, mientras se sigue sosteniendo las herencias coloniales que generan desigualdad y pérdida de la diversidad. No se reconoce al sujeto (individual y colectivo) en la otredad, sino mediante un canon que lo sitúa en necesidad de ser rescatado del proceso de segregación social propio del capitalismo, el neoliberalismo y el mercado, como grandes potencias que organizan el mundo.

Finalmente todo esto puede resumirse en una especie de “imperialismo profesional” en palabras de Vélez & Mellizo (2020), donde las ciencias sociales y especialmente el trabajo social, dado también su génesis, se proyecta ante el mundo como una agencia salvadora y civilizatoria, que desde la superioridad moral y científica de una comunidad académica, que se autodenomina en una cúspide, debe transferir conocimientos a otras comunidades inferiores y por ende, no intelectuales, para mantener la estructura social de conocimiento.

Podría pensarse entonces que no existe otra alternativa que permita la incorporación de formas diversas de hacer y conocer el mundo. Se ha interiorizado tanto la mirada colonial en el hacer profesional del trabajo social y en general, en las ciencias sociales, que podría pensarse o al menos, no se han reconocido hasta ahora, otros paradigmas de conocimiento humanizados, horizontales y basados en las realidades complejas de los grupos sociales, que, además, reconozcan la diversidad de estos. En esta medida se puede afirmar que no se desconocen manifestaciones y configuraciones otras que han buscado problematizar y en ese sentido, detener la instrumentalización del trabajo social.

Desde este punto de vista se sitúan las posturas decoloniales, transculturales y complejas que se ha promovido desde América Latina y que han buscado promover el reconocimiento de otras maneras de construir conocimiento, que no se basan en el método científico moderno como única forma de conocer, sino en una conexión experiencial del sujeto con su realidad, con su entorno mismo. Estos paradigmas que rompen con la colonialidad del saber promueven la necesidad de retornar al pensamiento complejo para entender la realidad como un todo histórico y conectado con una emocionalidad individual y colectiva.

Aunque el trabajo social en América Latina tuvo gran influencia del proceso de reconceptualización, del que es importante nombrar que sentó las bases para cuestionar los modelos europeos y norteamericanos aprendidos y replicados en las escuelas y/o universidades locales, y en esta medida, situar reflexiones teóricas, epistemológicas y de intervención situadas en el contexto social latinoamericano, fundando una perspectiva crítica del quehacer profesional, esta visión se ha visto reforzada por otras construcciones teóricas que irrumpen en la estructura social como lo son los feminismos, los movimientos sociales y ambientales, las epistemologías del sur y la decolonialidad misma como parte de la configuración de un Trabajo Social Latinoamericano.

Desde esta perspectiva se piensa entonces un trabajo social decolonial o intercultural que reconoce la importancia del diálogo de saberes y de las relaciones de conocimiento horizontal. Como se ha mencionado anteriormente, la opción decolonial responde a las necesidades de cuestionar y contar la historia local desde ese sujeto alejado, suprimido y en carencia, situándolo en un contexto histórico que le habita, le interpela y le emociona. Al respecto se encuentra concordancia con lo expuesto por Gómez Hernández (2015), quien propone al respecto que

La opción decolonial, se construye desde las luchas históricas de los pueblos y comunidades indígenas, afrodescendientes y campesinas de la región, al igual que desde las resistencias de los migrantes, las mujeres y los hombres que luchan contra los privilegios de heterosexualidad, las luchas urbanas que intentan controvertir el imperio de la ciudad moderna y optan por otros estilos de vida, de buen vivir y vivir bien más que de buena vida (Gómez Hernández, 2015, p. 3).

Se sitúa esta mirada decolonial del trabajo social desde América Latina, porque es desde aquí que se hace propicio, dado el contexto y la historia misma de sus pueblos, el reconocimiento de la interculturalidad como un concepto clave para comprender la convergencia no sólo cultural, sino de significados y construcciones de vida de cada grupo social o comunidad.

En este sentido, el trabajo social decolonial o intercultural permite ahondar en reflexiones acerca de los procesos sociales y también comunitarios, ya no desde un conocimiento construido con base a planteamiento modernos y coloniales que niegan al otro diverso, sino, desde valores propios de la disciplina que son reconsiderados con el fin de propiciar intervenciones contextualizadas y basadas en la comunicación, el conocimiento situado del otro y la valoración de sus construcciones sobre el mundo. De acuerdo con la investigadora Ruby León Díaz, el trabajo social visto desde una apuesta decolonial e intercultural “se ocupará entonces de crear condiciones para que una sociedad que se considera éticamente correcta y adscrita a valores democráticos como la libertad, la igualdad, la fraternidad, la justicia, los derechos humanos, la multiculturalidad y la pluriétnicidad actúe en consonancia” (León Díaz, 2007, p. 202).

Tal posición deviene en un cambio sustancial con respecto al profesional y su manera de intervenir y asociarse a las realidades concretas que investiga e interviene. En esta medida, el trabajo social decolonial desde su crítica al orden jerárquico planteado por la ciencia moderna, supone la necesidad de crear lazos de confianza y de horizontalidad que devengan en una construcción de conocimientos situados y de la mano de quienes conviven con sus realidades concretas.

Al respecto, son muchos los aportes que ha hecho la educación popular, la investigación acción participativa, la investigación colaborativa, la sistematización de experiencias y por supuesto, la opción decolonial e intercultural al trabajo social, para avanzar en el desarrollo de procesos de investigación e intervención situados y que se basan en métodos y metodologías participativas que potencializan el agenciamiento y el sentido político y transformador de los grupos o comunidades con quien se establece la relación universidad – profesión - sujeto. Esto conlleva entre otras cosas a lo que Martínez & Agüero (2018) y (Vásquez Arenas, 2014) nombran como el indisciplinamiento de las ciencias sociales, que no es más que una postura ética y política que aporta a la construcción desde espacios académicos, de subjetividades que cuestionan y rompen con la relación histórica de construcción de conocimiento en sentido colonial.

Es interesante la propuesta que hace (León Díaz, 2007) al formular que para leer la particularidad presente en el otro y el contexto en que este habita, es necesario partir de una reflexión acerca de la competencia intercultural, que puede entenderse parafraseando a la autora, como una relación que se establece entre diferentes sujetos y que es capaz de reconocer al otro diferente, donde los profesionales asumen un rol de escucha activa con el fin de captar los

significados que cada quien le otorga a su cotidianidad sin caer en juzgamientos, aceptaciones o modificaciones de la realidad que está siendo puesta en medio. Esto sin duda conlleva a una sensibilidad intercultural caracterizada de acuerdo con la investigadora, por las menos tres competencias básicas

La primera, es la competencia cultural relacionada con la capacidad de negociación con los significados culturales de los Otros, que sirve para motivar la interacción. La segunda es la competencia cognitiva entendida como la capacidad de conocimiento cultural que se tiene sobre el Otro y sobre sí mismo que permite definir los sentidos a intercambiar, la cual se traduce por ejemplo en “reformular los problemas desde la óptica del sujeto con su cultura, aunque las explicaciones sean inadecuadas desde la perspectiva occidental. Por último, está la competencia emotiva, como aquella capacidad de emocionarse antes, durante y después de la relación intercultural con el Otro, lo que se traduce por ejemplo en el logro de la empatía. (León Díaz, 2007, p. 203)

La perspectiva latinoamericana del trabajo social intercultural y las perspectivas críticas entonces proponen una mirada y acercamiento no hegemónico a las realidades sociales y comunitarias donde se mueven sus profesionales. Por el contrario, invita al reconocimiento del Otro y de lo otro en medio de su pluralidad e historicidad, reconociéndoles en su condición de su sujeto y no de meros receptores de acciones para mejorar su calidad de vida y disminuir el malestar social producto de los sistemas imperantes. Desde esta postura se promueve la intervención participativa y la representación plural del otro como una posibilidad profesional de invertir los valores científicos de superioridad, reconociendo que el conocimiento no se construye de manera unidireccional, sino que se da en medio de relaciones interculturales, dinámicas, horizontales e interactivas.

Con todo este entramado de construcciones teóricas sobre las que se cimienta el trabajo social como profesión es importante plantear una aclaración que permita dar paso a un segundo momento de este capítulo que tiene que ver precisamente con cómo se entiende el trabajo social comunitario y a su vez, cómo se relaciona este con las construcciones de la comunidad académica participante del proyecto de investigación sobre sentidos comunitarios.

Aunque se reconoce la permanencia oculta del colonialismo en las formas de construir conocimiento y que, esta misma cara oculta no es ajena al trabajo social como profesión moderna, tampoco puede considerarse como superior o como una mejor línea de pensamiento los postulados latinoamericanos sobre la profesión, puesto que ni unos ni otros contienen la verdad absoluta sobre cómo intervenir el campo de las relaciones sociales o comunitarias. Sin embargo, es importante lo que al respecto plantean Vélez y Mellizo al decir que

Pese a esto, la existencia de diversas tendencias críticas en Trabajo Social no niega la existencia de un Trabajo Social para la dominación, la resiste. Cuestionan la racionalidad y legitimidad de la tendencia dominante, mas no logran anular su prevalencia. Unas y otra coexisten como parte de un campo, donde se disputan la hegemonía de los sentidos ético-políticos y las formas concretas de la acción profesional. (Vélez & Mellizo, 2020, p. 24)

En medio de esta coexistencia, se opta desde esta investigación, como se ha venido enunciado, por acercar las comprensiones de los relatos y testimonios de los y las participantes desde una mirada decolonial del trabajo social, donde la intervención, aunque medida por un saber especializado enseñado en la universidad, reconoce las construcciones colectivas de las comunidades y grupos participantes en medio de su diversidad. No por esto se asume que tal o cual es más apropiada o no, sino que se lee bajo un marco de complejidad que permite entre otras cosas, aportar teórica y conceptualmente no solo al entendimiento de los sentidos comunitarios, sino a la construcción misma de un trabajo social cercano y contextualizado con la vida y construcciones de las comunidades donde construye de manera conjunta, saberes diversos.

¿Qué piensa la comunidad académica participante del proyecto sobre sus formas de intervenir como trabajadores sociales? ¿Cuál debe ser la posición de la universidad ante un mundo complejo y en constante movimiento a la hora de construir conocimiento social? ¿Es posible pensar una comunidad académica decolonial que reconozca la importancia del dialogo de saberes y la interculturalidad como claves de lectura social?

8.2 Trabajo social comunitario y comunidad académica: hacia la comprensión de la pluralidad de sentidos comunitarios para la formación y la intervención comunitaria.

Como proyecto de investigación en clave decolonial e intercultural, esta investigación buscó en todos sus momentos y con todos sus participantes, aportar al fortalecimiento de la praxis comunitaria del trabajo social, a partir de una reflexión crítica sobre la comprensión de los sentidos comunitarios y su aporte al trabajo social comunitario. En este sentido, el dialogo de saberes como metodología para la construcción de conocimiento fue clave en la medida en que permitió poner en común las construcciones propias sobre la vida comunitaria de cada grupo o comunidad participante, sin mediar a partir de juicios de valor, si no, propendiendo por el reconocimiento de puntos comunes y aspectos discordantes.

Pensar un trabajo social en clave decolonial, como se ha visto en cuanto a los planteamientos teóricos de varios investigadores e investigadoras en el apartado anterior, pasa por analizar el sentido mismo que se ha construido a nivel universitario sobre la comunidad académica y sobre las formas en cómo esta ha estipulado los parámetros para investigar y construir conocimiento.

De esta forma, se hace necesario pasar por el entendimiento de lo que para estudiantes y docentes es la comunidad, y la forma en cómo los desarrollos académicos configuran una especie o modelo particular de la misma. Pero no sólo esto, comprender los sentidos comunitarios también pasa por analizar el espacio que ocupa la comunidad académica con relación a otras comunidades, y evaluar las jerarquías que se han tejido en el interior, sus tensiones y límites. Esto sin duda, permite apreciar formas otras de construir conocimiento y de deconstruir las herencias coloniales del saber, instauradas en la profesión y en general, en las ciencias sociales, que tal vez se han reproducido por la fuerza de la costumbre aun cuando encontramos otras posibilidades de intervención comunitaria.

Tanto como se ha querido apreciar los significados que adquiere la comunidad como espacio de comunes y desacuerdos de las diferentes comunidades participantes del proyecto, así mismo es primordial en este capítulo, acercarse a lo que se ha construido y también mutado, con relación a la comunidad académica, que no puede igualarse a la comunidad universitaria, aunque comparte diversas apuestas. Además, esto se hace necesario no sólo porque aporta sustancialmente a la decolonización del trabajo social y del trabajo social comunitario, sino también porque permite

reflexionar sobre el poder y la organización interna de la universidad como espacio que denota privilegio y que tiene unos intereses muy marcados con el desarrollo de conocimiento para la industria y el crecimiento económico.

En este sentido, la configuración del trabajo social comunitario tiene tanto de Occidente como de América Latina y ha permitido, en medio de sus procesos de configuración y reconceptualización, acercarse cada vez más a la complejidad que enmarca lo comunitario, desde una postura profesional más horizontal, humanizada y crítica. Partiendo de esto, algunas anotaciones que hacen (Lillo & Roselló, 2001) dejan entrever las asimilaciones que se han hecho sobre este campo de intervención, y que pueden problematizarse a la luz de los desarrollos teóricos y epistemológicos de escuelas o experiencias más latinoamericanas.

Al respecto, estas autoras, por ejemplo, plantean que varios autores clásicos tienden a reconocer el trabajo social comunitario como una modalidad de intervención del trabajo social que busca como objetivo principal, la generación de condiciones para el bienestar social y la resolución de problemáticas que afectan a la comunidad, partiendo para lo mismo, de reconocer y potenciar sus recursos. De esta forma, se ponen en juego valores comunitarios como la participación, la solidaridad, o la convivencia en pro de la consecución de objetivos comunes.

Algunos autores como Alan Twelvetrees (1988) o Cristina de Robertis (1994), referenciados por Lillo y Roselló, asocian el trabajo social comunitario con una intervención especializada donde el trabajador social es el portador de herramientas necesarias para propiciar cambios sustanciales en la realidad social de las comunidades que interviene. De esta forma, el profesional se ve a sí mismo como agente de cambio con relación a la comunidad, donde se conjugan dimensiones individuales, grupales y comunitarias, para potenciar el rol ciudadano y de participación de sus miembros, en medio de una realidad compleja y dinámica. Así el deber ser del trabajador social se materializa

ayudando como profesional a la toma de conciencia de uno mismo y de su entorno, potenciando las propias capacidades y las de la comunidad, adquiriendo habilidades sociales que tan sólo pueden asumirse porque previamente se ha dado un conocimiento, aceptación y «cariño» hacia uno mismo y los demás. (Lillo & Roselló, 2001, p. 20)

Partiendo de esta premisa, los objetivos del trabajo social comunitario se configuran en aspectos como la ayuda, el trabajo colectivo y la consecución de objetivos comunes, donde la comunidad es vista como un “cliente primario” mediado por unos intereses que tienden hacia procesos de perfección. Así, aunque se apuestan por objetivos comunes y la transformación de realidades desiguales, desde esta perspectiva se puede entrever una superioridad epistémica, donde el profesional es entendido como un agente de cambio y donde la comunidad solo se lee como receptora de un saber especializado que podrá mejorar sus condiciones de vida.

Esto puede entenderse a través de palabras constantemente utilizadas como “ayuda” o por la priorización de un método “científico” que se supone, hace posible el cambio esperado, siempre y cuando se mantenga esa relación jerárquica de trabajador social – comunidad. Como método de intervención se entiende que el trabajo social comunitario

pretende dar respuesta a las necesidades comunitarias y en él, el rol de ayuda del trabajador social no está dirigido solamente hacia los miembros de un grupo, sino que conduce sus esfuerzos al lado de los individuos con quien trabaja. Por ello, algunos autores consideran que el Trabajo Social Comunitario es una metodología de trabajo desde la base: trabajar con la comunidad, no sólo para la comunidad. Es decir, no es tanto una acción sobre la comunidad, cuanto una acción de la comunidad, que nace de la integración de cuatro componentes: el estudio de la realidad, la programación de actividades, la ejecución y la evaluación de lo realizado o lo que se está realizando. (Lillo & Roselló, 2001, p. 25)

Aunque tal método hace parte de la configuración de la intervención del trabajo social como profesión, considerar que sólo a través de este se logra efectuar cambios en la realidad de las comunidades donde se interviene, es justificar la superioridad académica de las ciencias sociales y, por ende, la colonialidad del saber de la que hemos hablado con anterioridad y que ha permeado la profesión.

Además, puede verse cómo el método está pensando de manera lineal, entendiendo que un paso lleva al otro y desconociendo que, en cuanto a lo comunitario, las dinámicas de la intervención se pueden ver invertidas, dado que hay diversas relaciones espacio temporales que conllevan a cambios sustanciales en el quehacer profesional. No se piensa entonces la intervención de forma

circular, entendiendo que se está yendo y viniendo constantemente en medio del proceso, sino como el cumplimiento de momentos que conllevan a un resultado esperado.

Pero no solo por el método, o por la manera en cómo se concibe al profesional tal idea sobre el trabajo social comunitario puede entenderse cómo adscrita a reproducciones hegemónicas y coloniales del ser y hacer, sino también porque el mismo se ha visto como medio, en la configuración de sistema mundial, para afianzar formas desiguales de vida y de relacionamiento, como es el caso, por ejemplo, de la implementación de sistema neoliberal como etapa última del capitalismo, donde la profesión se adscribe como garante del cumplimiento de políticas sociales como estrategias de intervención en contextos de desigualdad y exclusión social.

En este sentido, la profesión y en concreto, el trabajo social comunitario ha adquirido un matiz instrumental y de contingencia donde como profesión/disciplina, la idea de práctica emancipadora se ha visto solamente de manera retórica, sin trascender en la superación de condiciones de desigualdad que devienen con la instalación del sistema económico, lo que sin duda, conlleva a tensiones entre teoría y práctica en medio de contextos sociales y comunitarios donde se pone en cuestión la intervención. Como lo plantean Luis Alberto Vivero y Walter Molina haciendo una reflexión sobre las apuestas ético políticas del trabajo social en el contexto neoliberal

desde nuestro punto de vista, este reduccionismo no permite materializar o configurar la praxis en su sentido necesariamente polémico y transformador, en tanto no se alcanzaría esa síntesis que solo es posible por medio de la articulación o tensión constante entre teoría práctica, en pos de configurar opciones estratégicas plausibles de transformación social. (Vivero Arriagada & Molina Chávez, 2022, p. 35)

Desde esta otra mirada del trabajo social y desde su enfoque comunitario, ya no solo la profesión sirve a los intereses del capitalismo como engranaje de la modernidad, sino que como lo explica Castro – Gómez (2007) y (Vivero Arriagada & Molina Chávez, 2022) el hecho de que la universidad ya responda a proyectos corporativos y al entenderse como una empresa del sistema capitalista, las profesiones sociales deben responder ya no sólo al asistencialismo como forma de disciplinamiento sino también, a la lógica institucional de organización social, lo que también implica un desafío en cuanto a teorías críticas del trabajo social en la medida en que la contradicción

supone un escenario de confrontación y aprendizaje entre sujetos sociales y comunitarios y las lógicas del sistema.

Esto tiene todo que ver con el trabajo social comunitario, en la medida en que la tensión comunitaria entre las lógicas económicas, transnacionales, sexuales y de género, por nombrar algunas y, las comunidades mismas, van configurando no sólo nuevos planteamientos a la luz de la intervención del trabajo social, sino también, motivan a la comprensión de los sentidos comunitarios y cómo estos moldean constantemente, maneras de habitar el territorio, de relacionamiento y de cooperación. Es el caso por ejemplo de ASPROCIG o de la Mesa Diversa de la Comuna Cuatro – Aranjuez, participantes de este proyecto, quienes han buscado por medio de sus sentidos comunitarios, albergar espacios otros donde se hacen común la proximidad, la ayuda mutua y la controversia ante la agroindustria o la heteronormatividad.

Desde estas comunidades participantes, el trabajo social comunitario decolonial o intercultural adquiere sentido y significado, en la medida en que permite a sus profesionales, reflexionar críticamente sobre la confluencia de factores políticos, económicos, culturales y sociales que se ponen en juego como forma de reexistencia, permitiendo en esta medida, el desarrollo de análisis de tipo científico en el ámbito social, ya no desde una jerarquía de conocimientos sino, desde la horizontalidad como estrategia de investigación e intervención, en consecuencia

La praxis en el trabajo social puede entenderse desde un doble punto de vista. Por un lado, en la dinámica y tensiones que se expresan en el campo de la circulación y construcción de conocimientos para explicar el mundo y transformarlo. Y, por otro lado, en el despliegue de ciertas formas de intervención profesional sociopolítica que se plantean como horizonte utópico la transformación social. (Vivero Arriagada & Molina Chávez, 2022, p. 46)

En este sentido, el trabajo social comunitario visto desde una mirada decolonial e intercultural, apela por una reflexión disciplinar donde los nuevos problemas sociales que no encajan con las visiones clásicas de intervención, conllevan a la comprensión de múltiples elementos contextuales e históricos que configuran nuevos y complejos escenarios de conocimiento, desde los que se hace necesario ampliar el espectro disciplinar. En medio de una

realidad étnica, diversa y multicultural, la relación que se construye con la otredad se vuelve un aspecto indispensable a la hora de pensar la interacción comunidad – profesional.

Visto así, el trabajo social y el trabajo social comunitario desde esta perspectiva, aboga por una formación profesional que reconozca y problematice tanto el código disciplinar colonial de enseñanza como también, las relaciones históricas y contextualizadas donde se han configurado formas específicas del poder, que responden a patrones hegemónicos de relacionamiento social, y específicamente, de cómo se espera que actúe la comunidad, entendiendo que a través de la multiculturalidad, se hace posible la emergencia de voces y maneras del mundo otras que no dejan de estar en resistencia por los modelos instituidos de dominación.

Además, como lo desarrollan Vélez & Mellizo (2020), esta postura de formación, investigación e intervención propende por la superación de apriorismos teórico – conceptuales y metodológicos sobre cómo se ha construido la idea de comunidad, vista desde el trabajo social y en general, desde las ciencias sociales, reevaluando en doble vía el sentido construido alrededor de la comunidad académica y, el entendimiento de la comunidad como sujeto de intervención histórico, políticamente constituido, singular y conflictivo en clave intercultural, así, el conocimiento es entendido como “diversidad, diferencia, diálogo, contraste y praxis territorializada, en un marco de apertura sensible tanto a las certezas locales, como a la indefinición e incluso la contradicción, más allá de la cultura de las evidencias” (Vélez & Mellizo, 2020, p. 20).

Es en este punto donde se hace necesario relacionar y comprender los significados construidos alrededor de la comunidad académica participante de este proyecto de investigación, los cuales responden a la configuración de sentidos comunitarios que se entretajan con el trabajo social y el trabajo social comunitario como formas de analizar la relación universidad - comunidad, y cómo se construye conocimiento en medio de la misma. Para esto, se propiciaron espacios de construcción colectiva donde se puso en común lo comunitario desde la academia y como lo entiende y lo asimilan tanto estudiantes como docentes partiendo de temas como las ideas que se tienen acerca de la comunidad académica en general y como Trabajo Social en la Universidad de Antioquia; los haceres que dan cuenta como comunidad académica y las formas institucionales que concretan y regulan lo comunitario en la formación y en la Universidad.

A través de una metodología en espiral, espacios como el parche comunitario o el encuentro con docentes, hizo posible analizar a partir del discurso y de las experiencias concretas de los y las participantes, qué es la comunidad, cómo se hace, cuáles son sus prácticas comunes y cómo se

organiza, caracterización que conllevó a pensar las formas en que los sentidos comunitarios vistos desde esta perspectiva académica, aportan a descolonizar el trabajo social comunitario. Algunas de las preguntas movilizadoras de estos espacios fueron

- ¿Cómo se configura la profesión de trabajo social desde la comunidad?
- ¿Somos una comunidad académica?
- ¿Cómo hacemos y construimos comunidad académica?
- ¿Cómo estamos organizados como comunidad?
- ¿Comprendes la profesión de Trabajo Social como una comunidad y por qué?
- ¿Qué conoces respecto a las transiciones, movimientos, reivindicaciones del Trabajo Social como profesión/formación/saber/comunidad generadora de conocimiento?

De acuerdo con estos encuentros, se hizo propicio pensar el lugar que ocupa la comunidad académica a la hora de producir conocimientos en el ámbito social desde el trabajo social comunitario, puesto que, sin duda, la misma se articula con las formas en cómo se visiona la profesión y especialmente, cómo se entiende la misma desde los niveles formativos. La comprensión de la comunidad académica fue importante para esta investigación porque es precisamente desde donde se direccionan una serie de esfuerzos para conocer y construir conocimientos.

Figura 3

Encuentro intercultural con comunidades participantes del proyecto



Esto denota entonces no solo una forma de hacer sino también, una identidad que moldea el actuar profesional y que aporta en su configuración a un trabajo social decolonial e intercultural, que permita la conexión de otros saberes, puestos al margen por las premisas del mercado. Así, comunidad académica y trabajo social comunitario tienen una estrecha relación, en la medida en que se complementan en pro del reconocimiento de la diversidad como un campo de saber y conocimientos.

Partiendo de la caracterización de qué es la comunidad académica, se retoman algunas consideraciones hechas por los y las estudiantes participantes del parche comunitario, desde su saber y experiencia concretos. Comprender si existe o no una comunidad académica desde el trabajo social en la Universidad de Antioquia dejar ver, en un primer momento lo polisémico de la misma. Algunos de esos planteamientos se dejan ver a continuación

Un grupo de Estudiantes que se recogen y sienten pertenencia a un servicio formativo, además de sentir ese pertenecer. No sé si las compañeras han tenido la oportunidad de compartir con las sedes en regiones, ya que allá las dinámicas y costumbres son muy diferentes. Siento que en la universidad hay varias comunidades, no solo por facultades si no por la extensión que ha pretendido hacer la universidad a lo largo del territorio en las regiones. La comunidad recoge en un sentido de pertenencia bajo un mismo nombre, símbolo, escudo o frase, pero dentro del global hay muchas comunidades que hasta se desconocen entre sí (Estudiante 1 participante del parche comunitario los días 18 y 19 de julio del 2023).

Entiendo la comunidad académica desde el vínculo, pero no percibo que tengamos una comunidad al interior de la universidad. La discusión central fue sobre el concepto de comunidad académica de la universidad habla de lo territorial, pero que pasa con las estudiantes que están en lo académico, pero no en los espacios físicos. Se siente la comunidad desde saberes y sentirles, compartimiento de conocimiento (Paulina, participante del parche comunitario los días 18 y 19 de julio del 2023).

Cuando se piensa en comunidad académica, se me vienen a la mente interacciones, vínculos, desacuerdos, pero también puede tener una carga negativa dependiendo de su lugar de enunciación y una constante construcción porque todos los días se renueva (Estudiante 2 participante del parche comunitario el día 19 de julio del 2023).

Como se puede ver en estos primeros apartados, la comunidad académica no está lejos de estar asociada, al concepto de comunidad en general, donde predominan o se comparten valores como el sentido de pertenencia, el compartir un espacio y un tiempo específicos y, con la construcción de vínculos de proximidad. Sin embargo, la misma adquiere un giro sustancial cuando se enmarca en un campo de producción académica, porque se lee como parte de un entramado de poder, donde, la universidad como espacio macro, concede a sus prácticas y valores un nivel de superioridad. De esta forma, como lo adelanta Mainero (2004), calidad e igualdad educativa se convierten en clave de lectura para acercarse a este tipo de comunidad. Esto se puede sintetizar por

medio del aporte que hace la docente Ani Lady Zapata sobre cómo se entiende o qué es la comunidad académica desde la Universidad de Antioquia.

Las comunidades académicas como conjuntos de Estudiantes que construyen saberes y conocimientos, a través de los cuales generan procesos de identidad con un territorio particular, el cual se caracteriza por su mayor o menor extensión y/o delimitación geográfica. Por lo tanto, gestionan, análisis, reflexiones e intervenciones en pro del bienestar colectivo, implicando acciones de valoración y preservación del espacio que se habita como bien cultural (A. L. Zapata, parche comunitario, 18 de julio, 2023).

Este aporte sin duda conlleva a problematizar la espacialidad en la que se configura la comunidad académica puesto que la misma, dentro de las diferentes opiniones de los y las estudiantes no se concibe por fuera de la Universidad como espacio físico, segregando, en medio de esa superioridad y jerarquía de organización formas otras que se conectan con la misma. Es el caso de los espacios virtuales y de cómo la pandemia por el Covid – 19, por ejemplo, marcó otro sentido de la comunidad, basando las relaciones por medios electrónicos. Al respecto, la docente puntualiza que respecto a la definición hecha anteriormente

Según esa definición, ¿dónde queda la modalidad virtual? ya que somos un grupo de estudiantes que se comparte conocimiento, se tiene un sentido de pertenencia desde territorios específicos geo - espaciales. Se habla aquí de un asunto que está interiorizado en el discurso y son acciones de valoración, reconocimiento e identidad con el espacio, que cada uno decide cómo lo vive y cómo lo hace, pero creo que hay un sentido de pertenencia con la Universidad de Antioquia. Ella le ubica una fuerza con lo geográfico, espacial, territorial (Ani Lady Zapata, parche comunitario, 18 julio, 2023).

Otra visión al respecto de ese cambio de escenario de la comunidad académica lo plantea una de las estudiantes

Visto desde la modalidad virtual o mixta ¿Cómo entran a hacer a que parte de la comunidad académica esos estudiantes? Ya que hay un compañero que dice que no entra a la

Universidad como espacio físico, siendo estudiante de la universidad de Antioquia, ¿Cómo reconocerse como comunidad si no se está en los espacios físicos? (Estudiante 3, parche comunitario, 19 de julio, 2023).

¿Será entonces que la comunidad académica necesita de espacios físicos comunes para materializarse? Esto abre un sin número de debates que, aunque no son cuestión de esta investigación, permiten comprender nuevas formas de comunidad y la relación que tejen sus miembros con la misma en esa capacidad de interpelar e interpelarla desde sus acciones o prácticas cotidianas. Se trata en este sentido de comprender cómo se construye esa comunidad académica, y acá pueden verse aspectos concordantes y discordantes sobre la misma, porque mientras se es necesario “pertenecer a un espacio físico como es la Universidad” también hay que considerar las formas de vivir lo académico, y que estas son tan diversas precisamente por la confluencia de pensamientos que la componen.

¿Nos sentimos comunidad? Sí, porque hay sentido de pertenencia, pero luego nos preguntábamos si la vivimos igual, si todos tenemos apuestas académicas. La forma de vivir lo académico es muy diferente, y como nos enseñaron a vivir lo académico hoy está en una especie de desmonte, entonces mientras unos jalan por el método ortodoxo y otros no, sale un llamado de conversar sobre que entendemos como académicos, cómo lo estamos viviendo, cómo los otros saberes se configuran en conocimiento (A.L. Zapata, parche comunitario, 18 julio, 2023).

Sin embargo, cuando se pregunta sobre la organización interna de la comunidad académica, saltan a la vista comentarios u opiniones que refuerzan la idea de comunidad académica igual a jerarquía, aludiendo a conceptos ya abordados como la estructura arbórea (Castro – Gómez, 2007) y entendiendo esta organización “por facultades, departamentos, áreas de conocimiento, existiendo barrera entre las áreas de conocimiento y hay confrontaciones entre ello”. Pero no del todo aceptado, en cuanto a la comunidad académica de la Universidad de Antioquia, los y las participantes concuerdan en afirmar que existen otras formas de organización, que pueden nombrar como instituyentes, y que rompen con ese molde academicista de solo producir conocimientos, como es caso de los espacios asamblearios y las juntazas alrededor de problemáticas con las violencias basadas en género, situaciones que configuran otros modos de ver y entender la

comunidad académica. Algo al respecto comparte de una de las estudiantes participantes del parche comunitario del día 19 de julio del 2023, considerando la necesidad de la “indisciplina académica” para construir otros horizontes del actuar de esta comunidad

Dentro de lo académico reconozco los cursos en los que nos encontramos y participamos, grupos de estudio, semilleros. Algo que me gusta mucho es compartir conocimiento y el tejido de relaciones, pero también se debe salir de lo académico para generar confianza, ya que son los vínculos generados lo que conforma comunidad (Estudiante 4, parche comunitario, 18 de julio, 2023).

Ahora bien, la comunidad académica como un campo polifacético donde se ponen en juego aspectos organizativos del poder, también está asociada con la tarea de reconocer si existe o no una comunidad académica del trabajo social que, desde la experiencia más cercana, esta permeada por las construcciones sociales que se tiene de la Universidad de Antioquia como espacio legitimado de conocimiento y a su vez, con cómo desde aquí se construye conocimiento en lo comunitario. Aquí es importante analizar no solo lo que piensan los y las estudiantes, sino las apuestas de algunos docentes del pregrado y asociados fuertemente a procesos comunitarios, que han intentado desde sus aportes, configurar un trabajo social decolonial e intercultural.

Cuando se preguntaba sobre si puede entenderse trabajo social en el contexto de la Universidad de Antioquia como una comunidad, las respuestas pasaban a ser más ambivalentes, puesto que se ponían en consideración elementos de pertenencia a la misma y los escenarios sobre los cuales se construye, siendo positiva o negativa la respuesta con relación a esos sentidos comunitarios yuxtapuestos en medio de la conversación. Sin embargo, esto se matiza o se relaciona con las diversas formas que ha adquirido lo comunitario en el desarrollo de la formación en la carrera, lo que evidencia el carácter dinámico del mismo. Sobre la pregunta ¿Comprendes la profesión de Trabajo Social como una comunidad y por qué? Estas son algunos comentarios

Dije que, si porque la comunidad tiene un grupo que tiene un fin específico, porque, aunque hay individualidad tenemos un objetivo en común. Pero voy de acuerdo con que dentro del trabajo social hay comunidades de trabajo social. (Estudiante 5, parche comunitario, 19 de julio, 2023).

Considero que sí, ya que el propósito del trabajo social es luchar por el bienestar, por el respeto de los derechos humanos, justicia social, por ello para mí como comunidad es algo que tiene como un mismo sentido o intencionalidad, por ello trabajo social si tiene comunidad. Como prácticas para hacer comunidad, creo que la violencia de genero reúne varios trabajadores sociales que trabajan en solucionar este tipo de problemáticas. Desde la institucionalidad diría que ahí no sería como tanto una comunidad (Estudiante 6 parche comunitario, 18 de julio, 2023).

Creo que no, comunidad académica sí, pero como profesión no. Por ejemplo, en la profesión a nivel general es difícil estimar que hay comunidad. Expresa que en la UdeA si hay comunidad, ya que se atraviesan procesos como asambleas, semilleros. En el momento en que trabajo social iba a cambiar de sala a salud, si se logró hacer comunidad, pero hace tiempo no se siente ese ambiente. En cuanto a la comunidad, se debe tener en cuenta los estudiantes que trabajan, ya que no es posible compartir espacios, sin embargo, siguen siendo parte de la UdeA (Estudiante 7, parche comunitario, 18 de julio, 2023).

No creo que la profesión en si sea una comunidad, el sentido comunitario se forma desde lazos colectivos de un entorno, que no solo favorecen una individualidad sino a todos. En lo comunitario no solo se encuentra las positividades de lo colectivo, sino que hay confrontaciones. El trabajo social se forma comunidad cuando se permite la pertenencia, la construcción de saberes, respeto por la diferencia, la singularidad y diversidad (Estudiante 8, parche comunitario, 19 de julio, 2023).

Estos precisamente pueden entenderse como parte de los sentidos comunitarios vistos de las relaciones de la comunidad académica, donde se propician espacios de reconocimiento, de confrontación y acuerdo para tratar de configurar a largo plazo una idea sobre la misma. Poner en paralelo esto permite cuestionar los valores históricamente establecidos que designan qué es la comunidad académica y cómo se debe entender está a la luz de los valores hegemónicos de la producción de conocimiento, para trascenderlos y construir otros en concordancia con la diversidad y la crítica propositiva, como lo expone la investigadora Gloria Castrillón Castro

Se trata, justamente, de actuar como corresponde a una comunidad académica, que le interesa consolidarse como tal, a través del autorreconocimiento de sus debilidades, fortalezas y potencialidades, para contribuir con responsabilidad y rigor a la función de formación de educadores (y trabajadores sociales) que le ha encomendado la sociedad (Castrillón Castro, 2009, p. 65).

Finalmente, como se venía hilando en párrafos anteriores, la comprensión de los sentidos comunitarios vistos desde la comunidad académica, pasan por los significados de quienes forman a los y las profesionales y que han aportado a la construcción de escenarios comunitarios interculturales. La experiencia con relación a lo comunitario, como se venía evidenciando con (Vivero Arriagada & Molina Chávez, 2022) en la actualidad, puede leerse a la luz de las controversias que devienen con modelos de sociedad desiguales, donde el trabajo social y en especial, el trabajo social comunitario, adquiere gran relevancia al considerarse como medio instrumental para la superación de la cuestión social, problematizando por consiguiente sus estrategias, métodos y metodologías, al respecto, en el encuentro con docentes, el profesor Hugo Alexander Villa Becerra apunta que desde su práctica profesional como trabajador social, comprender los sentidos comunitarios ha sido una tarea indispensable para estudiar la relación de su praxis con las comunidades que interviene

Hay un asunto muy interesante y es la perspectiva que se tiene entorno a los sentidos comunitarios, como esta inquietud por la comunidad y lo comunitario emerge en un contexto neoliberal tan complejo, una profundización muy individualista, entonces como la comunidad comienza a tener sentido nuevamente como perspectiva de transformación. Esto lo convino con el trabajo que hacía en confiar, que acompañaba procesos de comunidades residenciales, entonces había una discusión permanente de las teorías que plantean, pero en la realidad concreta yo veía como el modelo antes fragmentaba totalmente el tejido. (H. A. Villa Becerra, encuentro con docentes, 20 febrero, 2024)

Lo mismo ha llevado a situar reflexiones acerca del modo y hacer profesional y de la formación en sí misma, como medio para la reproducción de prácticas coloniales, donde parte fundamental del análisis pasa por evaluar el sentido mismo de lo que se hace y en esa medida,

como la profesión y la relación con la comunidad, aporta o no a imaginarios hegemónicos que eliminan la diversidad. Como lo enuncian Vélez & Mellizo (2022) el rol docente debe superar la burocratización de la academia y en esta medida, aportar por horizontes que reconozcan las luchas históricas y políticas de las comunidades como un todo diverso. Esto también lo deja expuesto la docente Paula Vargas, trabajadora social y participante del encuentro con docentes al afirmar que la formación en trabajo social debe estar orientada a la innovación constante en cuanto a lo teórico, lo epistemológico, manteniendo posturas ético - políticas vinculantes y transculturales que no nieguen la otredad

Me parece importante ubicar eso, porque parte de la reflexión era no quedarnos en lo operativo – instrumental, si no situarnos en la dimensión teóricas, ética, política y ontológica que iluminara. Luego me junto con Ani (docente de trabajo social) y empezamos a orientar el curso desde ese lugar. Algo que me parece importante es que comenzamos a situar el debate latinoamericano para la comprensión del trabajo social comunitario. Empezamos a vincular el pensamiento crítico latinoamericano, entonces empezamos a ubicar la educación popular, la dimensión socio- cultural, la comunicación popular. Empezamos a vincular todos esos referentes para entender no solo la dimensión investigativa en el Trabajo social Comunitario si no la relación investigación- acción – transformación en el trabajo social comunitario (P. Vargas, encuentro con docentes, 20 febrero, 2024).

Esto sin duda, se relaciona con la necesidad que desarrollan (Vivero Arriagada & Molina Chávez, 2022) al señalar que entender el carácter transformador del trabajo social y del trabajo social comunitario pasa por la reflexión crítica sobre como esos conocimientos que se han considerado únicos, han tenido transformaciones a la luz de los cambios sociales devenidos de la dinámica social y en esta medida, cómo los mismos, han llevado al reto de pensar formas disciplinares que converjan con la diversidad

Además, nos parece necesario reflexionar, y preguntarnos hasta dónde es posible problematizar el proceso de intervención (Suárez, 2019), es decir, si los y las profesionales toman opciones teóricas y metodológicas, toman conciencia de las tensiones y contradicciones éticas y políticas en el proceso de intervención social o si, simplemente, operacionalizan de manera instrumental y acrítica los lineamientos de las políticas sociales y las exigencias institucionales, muchas veces liderados por profesionales de esta disciplina (Vivero Arriagada & Molina Chávez, 2022, p. 39).

Figura 4

Encuentro intercultural con comunidades participantes del proyecto



Esto conlleva a pensar la comunidad académica también en clave decolonial e intercultural, en la medida en que exige de sus miembros, la capacidad cada vez más urgente de, como lo mencionaba una de las estudiantes participantes de los parches comunitarios, que el trabajo social pueda tender puentes “entre la academia, las calles, las comunidades” desde una lógica intercultural

que interpele la negación de formas otra de conocimiento, relacionamiento y construcción de lo comunitario.

Al respecto puede relacionarse lo dicho por la docente Viviana Ospina, investigadora, trabajadora social, educadora popular y participante del encuentro con docentes al confirmar que en medio de su trayectoria como docente e investigadora sobre lo popular y lo comunitario, el dinamismo y la confluencia del cambio ha sido necesario para pensar y abordar a nivel formativo y profesional, miradas diversas sobre como intervenir en lo comunitario

Yo he transitado de moverme en comunidad en movimiento, pero que ubica precisamente esos asuntos asociados a las resistencias, persistencias, la posibilidad de entender que es algo que se mueve y que amerita discusiones, que ahora con las tecnologías, las comunidades en el espacio son otras formas de entender lo comunitario (Ospina, 2024).

Con todo lo enunciado, relatado y construido por medio de los espacios de encuentro, puede considerarse que en la actualidad el trabajo social y el trabajo social comunitario como enfoque profesional se va configurando desde una relación compleja donde ya no solo prima la visión del profesional como ese agente de cambio especializado que atiende a un cliente específico y del que se espera, pueda cambiar sus condiciones a partir de un esquema de acciones concretas y universalizadas. Se inscribe en cambio un bagaje más crítico y propositivo, en la medida en que ve como un nuevo horizonte de construcción de conocimiento la pluralidad epistémica, cultural y social, lo otro y lo diverso como espacio para el saber especializado.

Es importante entonces retomar algunas preguntas que surgieron de los espacios de parche comunitario que al respecto cuestionan qué tanto la academia nos permite generar comunidad, y que tanto la universidad nos permite construir comunidad y en esta medida, qué tanto nos reconocemos como comunidad académica de trabajo social, puesto parte de la construcción de identidad desde la profesión apela por profundizar en las reflexiones sobre los sentidos mismos de la comunidad académica para procurar un trabajo social comunitario, como diría León Díaz (2007) que sea consecuente con su imaginario emancipador sin que esto conlleve a la instrumentalización de la profesión, “En el caso del trabajo social, la praxis tiene ese sentido creador, y por lo tanto, debe provocar las necesarias discusiones disciplinarias, para ampliar el debate crítico respecto de las diferentes visiones de mundo que alimentan los fundamentos de la profesión” (Vivero Arriagada & Molina Chávez, 2022, p. 43).

Frente a este capítulo, también se hace preciso afirmar que puede verse una cierta confusión o, aún no es claro para el universo del pregrado de trabajo social de la Universidad de Antioquia, la idea de comunidad académica. Aunque si bien se hacen algunas referencias sobre la misma, puede verse como un reto, la necesidad de que el mismo impulse espacios de interlocución con estudiantes, docentes y directivos, en donde se hable y se construya el tema como un horizonte colectivo que haga posible, por otra parte, que el quehacer profesional no este supeditado a una estructura jerárquica del conocimiento y por ende, no termine por reproducir en medio en la investigación o de la intervención, formas coloniales de relacionamiento universidad – comunidad.

9 Capítulo III

Lo sentido (S) comunitario (S): hacia la decolonización del trabajo social comunitario

Como se ha podido evidenciar a lo largo del desarrollo de esta investigación, la pregunta por los sentidos comunitarios ha sido un eje central a la hora de pensar un trabajo social decolonial y en un sentido práctico, para reflexionar sobre la forma en como los y las trabajadoras sociales intervienen y deberían hacerlo en contextos comunitarios. La urgencia de construir una academia decolonial e intercultural traza un horizonte de posibilidad donde se hace preciso el reconocimiento del otro y de lo otro diverso en pro de conocer y acercarse a la diversidad como elemento indispensable en la construcción de entornos más que promuevan la justicia social.

En este sentido, este último capítulo pretende precisamente adentrarse en una reflexión más profunda sobre cómo los sentidos comunitarios de las comunidades y grupos comunitarios participantes del proyecto *Sentidos comunitarios en diálogo intercultural: hacia la decolonización del trabajo social comunitario*, aportan de manera estructural en la consolidación de un quehacer desde el trabajo social y el trabajo social comunitario en sentido decolonial e intercultural.

Como se ha venido esbozando en el desarrollo del proyecto de investigación, el proceso de decolonización de la profesión y de la intervención comunitaria en trabajo social, pasa por la comprensión de tres elementos indispensables. Por una parte, están los *sentidos comunitarios*, que, de acuerdo con lo evidenciado en esta investigación, pueden entenderse como las formas propias y contextualizadas que tienen las comunidades para construir los significados sobre la vida colectiva, donde se constituyen además procesos de identidad, cohesión, resistencia y experiencia.

A esto se suma otro elemento indispensable que tiene que ver con *el diálogo intercultural* como herramienta no sólo de análisis en ciencias sociales, sino como puente vivencial entre diversas comunidades que permite tanto el conocimiento de lo diverso, como también, la confluencia de apuestas comunes y puntos de convergencia para posibilitar la vida en comunidad. Desde esta perspectiva, la interculturalidad no se piensa solo en su sentido funcionalista, sino más bien, desde una apuesta crítica que como lo enuncia Gómez Hernández (2022), busca cuestionar la diferencia colonial histórica que promueve una jerarquización de la clasificación social. Así, el diálogo intercultural se convierte entonces en una estrategia de acción permanente donde se aboga por procesos sociales y de poder simétricos desde una mirada epistémica y ética plural.

Por último, se relaciona la decolonización del trabajo social y del trabajo social comunitario como elemento y proceso en sí mismo, que como se ha desarrollado a lo largo de los resultados de esta investigación, implica dismantelar el triángulo de la colonialidad que ha mantenido históricamente estructuras sociales desiguales, a su vez, que ha promovido formas de conocimiento y de relacionamiento arbitrarias y alejadas de la realidad. Lo comunitario visto desde esta perspectiva busca cuestionar y transformar las prácticas profesionales que perpetúan relaciones profesionales jerárquicas, en sentido epistémico, para abogar por estrategias de conocimiento más dignificantes y contextualizadas.

Las formas en cómo se transforman la investigación y la intervención desde este punto de vista es fundamental, dado que han estado permeadas por las dinámicas de la colonialidad, las cuales han restado valor al reconocimiento de la diversidad como una posibilidad de construcción de conocimiento desde la profesión. Como lo subraya (Ossa Parra, 2014) ha sido un imperativo social y académico que, desde la universidad como centro del conocimiento, el mismo se deba producir para ser reconocido por parte de una “élite académica” que se ha basado en prácticas extractivista para sostenerse, lógica que se ha extendido a las relaciones sociales mismas, configurando un sujeto neutral y racionalizado en medio de su experiencia individual y colectiva.

Esto sin duda se ha extendido a las formas en cómo se interviene profesionalmente, lo que ha supuesto una relación de verticalidad entre profesionales y comunidades, donde se supone que uno tiene la superioridad epistémica para leer el mundo del otro y dar solución a sus problemáticas. Sin embargo, optar por el camino decolonial, implica tanto poner en el centro del ejercicio profesional el lente intercultural para aportar a la transformación de las relaciones de poder como, generar espacios de reflexividad como camino hacia la toma de conciencia del lugar de quien investiga y quienes construyen la comunidad.

Partiendo de la configuración de estos tres elementos es posible hacer una lectura sobre el aporte de los sentidos comunitarios a la configuración de un trabajo social comunitario decolonial e intercultural y en esta medida, reconocer como estos se convierten en horizontes construidos por las comunidades para decolonizar sus formas de vida y darle paso a la alteridad como medida de lo común.

9.1 La interculturalidad como estrategia para la lucha y la reexistencia de los sentidos comunitarios

Se ha visto cómo a lo largo de la investigación se ha apelado a la construcción de los sentidos comunitarios como una posibilidad de trabajo colectivo que permite la cohesión y la apropiación de escenarios y luchas que adquieren un carácter colectivo. En este sentido, como parte de una reflexión sobre el aporte de los mismos al trabajo social y al trabajo social comunitario, resulta interesante ya no solo entender su configuración, sino también, su esencia como mecanismos comunitarios para la pervivencia de formas de vida y significados propios que le dan vida a la comunalidad.

En varios de los relatos de las personas de las comunidades y grupos comunitarios participantes, fue recurrente la mención acerca de formas de conservación y apropiación de sus sentidos comunitarios, como una estrategia para la organización y el desarrollo de prácticas y experiencias históricamente constitutivas o, de carácter reivindicativo, cual fuese el caso, lo que evidencia que los mismos no responden solo a la consecuencia de un proceso de identificación y agrupación, sino también, a la constitución de valores culturales que confrontan las dinámicas de segregación e individualización propias de los procesos modernos y posmodernos.

Estos relatos permiten reconocer que las comunidades han creado ciertos mecanismos para darle sentido a la vida comunitaria y en esta medida, propender por la protección de sus costumbres y significados de colectivos. Pero no sólo esto, los mismos abogan también por un tipo de resistencia comunitaria que se posiciona ante los atropellos de la vida moderna, en donde no hay cabida a la heterogeneidad. La misma comunalidad, de acuerdo con Jaime Martínez Luna, permite resignificar los sentidos comunitarios en la medida en que le posibilita a las comunidades, reconocerse como agencias de su transformación y en este sentido, asumirse como actores políticos, creando estrategias que contrarresten la idea colonial, así “a mayor sofisticación de los mecanismos de imposición, mayor sofisticación de nuestros mecanismos de resistencia” (Martínez, 2010, 124).

Uno de los casos abordados dentro de esta investigación y que se convierte en una muestra sobre estos mecanismo y formas de organización comunitaria lo plantea el mismo Martínez Luna al estudiar el caso del movimiento social en Oaxaca, el cual logra reestructurar la comunidad y lo comunitario dado los avances de políticas neoliberales que pretendían entre otras cosas, ocultar y/o

desaparecer las construcciones históricas de los pueblos originarios. Analizando precisamente las de enajenación del Estado mexicano hacia estos pueblos, las investigaciones pudieron evidenciar cómo lo colonial se inmiscuía hasta en los elementos más básicos y constitutivos de estas comunidades, como lo fue la educación o la utilización de los medios de comunicación.

Ante esta premisa, el autor refiere que parte del imaginario comunitario radicaba en la necesidad de luchar y resistir ante tales atropellos, puesto que, si no se organizaban, “los despedazaban” buscando desde entonces articularse como comunidad para no dejar perder de su base, los sentidos que les hacía comunidad. Explica el autor

Desde entonces, la intención principal de las luchas de los pueblos originarios era la recuperación de la vida comunitaria, la restauración de la comunidad. Significaba sobre todo luchar contra los caciques despojadores y el partido oficial a partir de volver a tener el poder en la asamblea comunitaria. Significaba por primera vez encontrar concientemente los cimientos de lo originario en la comunidad mesoamericana y en su modo de vida, disponiéndose a fortalecerla a través de diversos modos, uno de ellos la educación (Martínez, 2010, p. 10).

Precisamente estas resistencias son las que se reconocen en este punto de la investigación, puesto que desde la diversidad de las comunidades participantes se pudo observar y reconocer cómo la constitución de sus sentidos comunitarios motiva su conservación, su reflexión y por supuesto, su movilización. La implementación de estos mecanismos pasa por una singularidad de eventos y repertorios que se propician en el diálogo comunitario y que responden a sus saberes y conocimientos ancestrales, desde donde se articula lo instituido y lo instituyente como una forma de complejizar el sentir colectivo, el mismo que hace posible el ejercicio de *comunalizar*, es decir, “pensar por y para todos, es la búsqueda de un mundo más armónico, es comprender que somos el resultado de los otros y no de nuestra individualidad” (Martínez, 2010, p. 137).

La Mesa Diversa de la comuna 4 – Aranjuez, por ejemplo, ha creado diferentes estrategias con el fin de movilizar en un medio machista, homofóbico y patriarcal, el reconocimiento de la diversidad sexual y de género como un tema de relevancia a nivel social y comunitario. Por medio de espacios como conversatorios, cine foros, festivales, talleres y movilizaciones barriales, la Mesa y otros colectivos que hacen parte, como es el caso de Insurrectas, han motivado escenarios de

participación comunitaria con el fin de visibilizar las violencias, barreras y discriminaciones hacia la comunidad LGBTIQ+, además de, construir sentidos comunitarios alternativos en medio de la comunidad tejida en la comuna. El relato de Fer⁷, deja ver algunos de esos mecanismos que ha construido la mesa para nutrir y mantener sus sentidos comunitarios

En junio o julio tenemos otra acción que es el festival de diversidad, es el más fuerte de la mesa donde convergemos de todas las apuestas con lo institucional, nos articulamos con la casa cultural de Moravia. Luego entre julio hasta noviembre tenemos la escuela de género, hemos tratado de cualificarlo y más o menos hasta institucionalizar la propuesta este año con la Universidad de Antioquia. El año pasado lo intentamos, pero el proceso era larguísimo y no nos daban mucho tiempo para esperar entonces decidimos articulamos con un sindicato de profes lo logramos llevar a cabo. Este año nuestro eje son los contra discursos hegemónicos. Entre agosto y septiembre tenemos otro festival, el Festival de masculinidades no hegemónicas, y en octubre tenemos el octubre trans, ¿cierto? Aquí está un poco de algunas de esas acciones del octubre trans nos tomamos el parque Aranjuez, quiénes lo lideraron el año pasado fueron desde masculinidades trans, fue muy interesante. Estuvo la red popular trans apoyándonos fuertemente en ese ámbito y estuvimos en la marcha trans. Ahorita el 31 de marzo viene la marcha trans que parte desde la comuna 12 y termina en la comuna 13. Esto es cómo la institucionalidad se ve cuando hacemos ferias de servicios con la Alcaldía de Medellín, cuando hacemos las articulaciones para hacer las investigaciones y también en ese momento tenemos dos compañeros que hacen parte, son representantes del sector LGBTIQ+ de la comuna 4 ante el Consejo de Planeación del presupuesto participativo, el CCP y entonces allá priorizamos recursos. También tenemos a un compañero que es el representante de juventud (Fer, encuentro intercultural N° 10, 20 marzo, 2024)

Al respecto de este relato de la integrante de la Mesa Diversa, es importante, y se verá en algunos otros, las maneras en cómo se articula lo instituido y lo instituyente como una manera para fortalecer las apuestas comunitarias, la participación y la organización. Esto sin embargo no

⁷ Integrante de la Mesa Diversa de la comuna 4 y participante del proyecto

responde a la necesidad de que las acciones y iniciativas comunitarias deban depender de lo instituyente para su desarrollo, sino que permiten reconocer la complejidad de esta relación, y de cómo se constituyen momentos de acuerdo y desacuerdo con el fin de proyectar la vida en comunidad.

A esto se puede agregar, que en medio del ejercicio de resistencia de las comunidades ante lo instituyente que pone en peligro sus saberes y construcciones colectivas, las comunidades adquieren herramientas y capacidades de gestión, que les permiten su autonomía comunitaria, y en esta medida, un ejercicio de lo político y organizativo más reflexivo y crítico con relación a sus apuestas colectivas. Al respecto, el relato de Brayan⁸ desde Picacho con Futuro permite identificar el valor que adquieren los ejercicios de reflexión en el hacer comunitario y en esta medida, el desarrollo de capacidades en clave comunitaria

Para contrastar también un poquito con lo que ya nos comentaba Juan con estas ideas y reflexiones en torno a qué salieron, pues también como que aparte teníamos como esos haceres, otra que ahí nos preguntamos, como qué haceres en específico ya como que vamos encontrándole estos sentidos comunitarios y los dividimos, pues hasta el momento tenemos como tres divisiones, que la primera fue como la autogestión, en donde encontramos pues como que es esa capacidad de administrar y coordinar iniciativas a partir de las oportunidades, habilidades y conocimientos que se presentan de forma individual dentro del colectivo o la organización. Acá rescatamos pues que dentro de la comunidad, del territorio y pues en apoyo de la organización ha sido pues muy vivido lo que son los convites, pues como que nos gustó traer este porque fue algo que ayudó a la construcción en sí del barrio, cuando las personas se unían en torno a construir sus casas, sus colegios, las calles y que pues hoy en día ya que el barrio está formalizado, aún falta mucho pues por lograr pero que estas iniciativas aún se ven en lo que son las tomas culturales, cuando queremos limpiar un parque y pues la comuna se une en torno a eso.

En el tema de autogestión también nos gustó traer lo que son los emprendimientos, hablando ya más que todo de los que ayudan a autosostener la corporación, la sede, que

⁸ Integrante de la corporación Picacho con futuro y participante del encuentro con comunidades

muchas veces son trabajados desde los mismos voluntarios de la corporación haciendo autogestión. Tenemos otra que es del autocuidado que ahí rescatamos, bueno hablando de autocuidado como el resultado del sentido de identidad y pertenencia surgente de la atención y la preservación de espacios que rescatamos lo que es la huerta, que la huerta surgió en pandemia cuando las organizaciones y sobre todo lo que era el colectivo de Mujeres con Futuro se pensaban en un espacio en el que pudieran seguir teniendo reuniones, que hubiera juntanza comunitaria y la huerta fue ese espacio en el que al aire libre podían seguir juntándose, siendo al lado de la sede que esto ya se volvió pues un espacio donde se puede hablar de soberanía alimentaria. A través del cultivo se han ido dando aprendizajes que replican en los hogares.

Ahí en el autocuidado también rescatamos el preservar las prácticas solidarias. Esta la llevamos como que desde cada organización se trata de siempre cuidar los espacios que utilizan y mantenerlos en adecuadas condiciones. La corporación también se ha caracterizado por tener espacios donde puedan entrar todas las edades, todo tipo de personas y que gracias a las mismas ideas que ellos aportan, rescatamos mucho lo que es cuando se convoca a que se vote por el presupuesto participativo. Aunque muchas veces dentro de este no entran todos los proyectos que la comunidad quiere se trata de que en la corporación todos desde pequeñas acciones incluyan como lo ha sido clases de dibujo, clases de baile, clases de tejido, clases de cocina que muchas veces que desde la institucionalidad no se priorizan pero que como ya lo mencioné desde pequeñas acciones podemos llevarlo a grandes cosas (Brayan, encuentro intercultural N° 10, 20 marzo, 2024).

De esta forma se van tejiendo las resistencias comunitarias en sentido intercultural, en la medida en que las comunidades van haciendo posible desde la diversidad de prácticas que le constituyen, la conservación de sus sentidos comunitarios, al tiempo que, van dando lugar a otras connotaciones que les van nombrando e identificando. Aquí se ve de nuevo la relación entre lo instituido y lo instituyente como una articulación pensada para el bien común. Sin embargo, adquieren relevancia otros mecanismos con un arraigo muy comunitario como lo son los *convites* o las *prácticas solidarias*, escenarios de participación y organización comunitaria propicios para el diálogo, la ayuda mutua, la reflexión y el trabajo colaborativo para mejorar las condiciones de vida

o promover el bienestar colectivo pensado desde los recursos y posibilidades de las mismas comunidades.

Como lo mencionan Núñez Madrazo & Castillo Cervantes (2020) estos mecanismos están asociados además a saberes y prácticas comunitarias históricas, que se han transmitido de generación en generación dando cabida al desarrollo de procesos de identidad en los que confluyen la experiencia y los conocimientos naturales para generar dinámicas de adaptabilidad y permanencia. Aunque las autoras hacen un análisis de estos a la luz de los procesos de resistencia y creación de los pueblos originarios, es pertinente traer a colación que, sin importar su procedencia, los mecanismos de lucha y resistencia de las comunidades para conservar sus sentidos comunitarios, se convierten en fuentes de conocimiento que permiten a las comunidades su propia organización. Puede entenderse que tales mecanismos entonces

Son conocimientos prácticos apropiados colectivamente, que se transforman en procesos de recreación permanente. Es decir, son formas de conocimiento dinámicas en continuo cambio, que viven en una dinámica adaptación y actualización permanente a través de la cual los significados, las formas de organización y la relación de las culturas locales se actualizan permanentemente, adaptándose y sobreviviendo a condiciones siempre desiguales en su relación con la sociedad global. (Núñez Madrazo & Castillo Cervantes, 2020, p. 104)

La comunidad indígena Emberá Chamí Santa Isabel La Piedra y el resguardo de Karmata Rua, reconoce en sus prácticas no solo la construcción de sentidos comunitarios, sino también, una forma de conservación y de lucha histórica ante las imposiciones del medio social, político, económico ambiental y cultural. En sus haceres comunitarios, como las ceremonias, la siembra como una práctica ancestral, las asambleas comunitarias, las reuniones sectoriales con los líderes y lideresas, las mingas, denotan la conservación de valores necesarios para el cuidado y legado de sus saberes, que no buscan imponerse como una verdad absoluta, sino que se proyectan ante el mundo como una posibilidad de conexión entre el hombre y su naturaleza. Desde esta perspectiva se rescata una noción muy importante con relación al poder y la institucionalidad comunitaria, puesto que las comunidades indígenas han constituido una especie de organización política que les

ha permitido participar y decidir de acuerdo con sus tradiciones ancestrales, convirtiéndose esto en una especie de estrategia o de mecanismo que hace posible la resistencia comunitaria.

Ya lo menciona (Martínez Luna, 2010) al explicar que la búsqueda de autonomía de las comunidades indígenas es una respuesta consciente y ciertamente, política, ante la subyugación colonial del poder, la misma que se ha visto materializada en la tensión entre el Estado y las comunidades indígenas. Sin embargo, estas formas organizativas responden en definitiva a mecanismos de resistencia, en los que el poder no es visto como una extensión de la mano colonial, sino, como una posibilidad para el consenso comunal. Esto se ve reflejado en las intervenciones de Erika, docente investigadora de Trabajo Social de la Universidad de Antioquia que ha acompañado a la comunidad indígena Emberá Chamí en procesos de intervención e investigación

Otra estrategia de hacer comunitario importante son las asambleas comunitarias, las reuniones sectoriales de líderes, los talleres, las presentaciones de trabajo, los grupos organizados y aquí entra un punto en común que ya venían mencionando, las mingas, las mingas que hacen parte de la comunitariedad y el paso para entender y resolver problemáticas sociales, ambientales, económicas, educativas y políticas como dos grandes haceres comunitarios son las asambleas y las mingas (E. Uribe, encuentro intercultural, 20 marzo, 2024).

A continuación, se encuentra otro ejemplo que expone cómo Karmata Rúa y en general, las comunidades indígenas construyen su propia institucionalidad comunitaria como mecanismo de conservación, lucha y resistencia, amparados en mecanismos no coloniales

Y la institucionalidad comunitaria, entonces lo primero es, otra vez, en esa institucionalidad comunitaria se menciona entonces que Karmata Rúa comenzó a legislar y a ejercer su autoridad indígena desde finales de 1975, pero se consolida su proceso entre 1980 y 1982, cuando recuperan el territorio hoy conocido como Karmata Rúa. Desde entonces, hombres y mujeres han representado como gobernadores del resguardo y cada uno de ellos ha realizado el esfuerzo de garantizar la aplicación de, y esto es importantísimo, la justicia propia, justicia propia indígena. Y fortalecer los distintos procesos en materia de cultura,

de salud, de ambiente, economía propia, vivienda y educación. Desde el año 2017 hasta la actualidad, es decir, hace ocho años, el resguardo y la figura de autoridad indígena tiene el reconocimiento de entidad territorial con funciones de gobernador o gobernadora en el marco de la ley de 1989-1989 y de representantes legales en el marco del decreto 1953 que faculta la administración de la Asignación Especial del Sistema General para la Participación para los Resguardos Indígenas. En términos más concretos, esa idea está muy enfocada en lo que significan entonces sus resguardos y las autoridades indígenas que son hombres y mujeres (E. Uribe, encuentro intercultural, 20 marzo, 2024).

El ejercicio de la democracia puede verse entonces como una estrategia que construyen las comunidades para transformar la idea colonial sobre el poder, advirtiendo que, si bien el Estado funciona bajo sus dinámicas de elegibilidad, estas no deben pensarse como una medida universal para la participación política y ciudadana. En esta medida se puede pensar el poder desde un matiz intercultural, en el que se reconocen la diversidad de formas de acercarse a la política y ejercer lo político, sin posicionar una escala de valores sobre cuál es la más idónea o eficaz, sino pensando en la utilidad e historicidad que tiene cada una en el contexto comunitario.

Esto además lleva a considerar la intervención profesional en contextos donde se pretende promover la democracia, pero desde unos ideales y conceptos foráneos que no responden a las connotaciones de las comunidades, y que, por lo mismo, no funcionan en su medio. Como lo menciona León Díaz (2007), sin una apuesta ética política reflexiva y crítica, suele caerse en prácticas que reducen la democracia a simples prácticas de gestión de recursos, desconociendo que la misma puede responder dado su diversidad de concepciones, a procesos complejos de lucha comunitaria.

La autonomía, como se ha visto a lo largo de esta investigación no solo responde al ejercicio de la democracia y de la organización política, sino también, a la promoción de la soberanía alimentaria como mecanismo comunitario de resistencia. En el caso de ASPROCIG, resulta interesante observar cómo a través del ABIF, las comunidades de la Asociación dan lugar a ciertas prácticas comunitarias que fortalecen sus lazos colectivos. EL ABIF, se conoce como el Agrosistema Biodiverso Familiar, y responde a la necesidad de motivar en las comunidades participantes, la siembra agroecológica para su sustento y relacionamiento con la naturaleza.

Estas prácticas tienen un sentido particular, muy en la línea de la ancestralidad y de la cercanía con la tierra de las comunidades indígenas que reconoce en el retorno del ser humano a la relación armoniosa con la tierra una posibilidad para transformar las dinámicas extractivistas de procesos mayores como la agroindustria. Con este proceso, como lo dice Natalia, participante del proyecto de investigación por ASPROSIG

aprendimos a vivir con la naturaleza, para no pelear con la misma naturaleza. También cuidando los árboles, las especies, todo lo que estamos recuperando, y principalmente vivir de lo que tenemos en nuestras casas, y brindar eso mismo al resto de la comunidad. Un ambiente sano, de recuperación de lo que se ha perdido, y el apoyo entre todos es comunidad (Natalia, encuentro intercultural N° 10, 20 marzo, 2024).

Tal mecanismo sin embargo no solo responde a la necesidad de retornar al campo y la soberanía alimentaria, sino también que se constituye a sí mismo como una especie de institucionalidad reconocida como válida para esta comunidad. El territorio se concibe tanto como espacio de lucha por la comunalidad, así como un espacio específico de las prácticas y saberes comunitarios, donde sus integrantes se organizan por medio de núcleos socioecológicos a fin de gestionar sus alimentos y su soberanía, corporal, territorial y alimentaria.

Sobre estas ideas alrededor de las construcciones comunitarias para la existencia y resistencia, es importante observar que las mismas no se pueden concebir sin dos aspectos claves, que se han visto atravesados en todos los relatos de las comunidades participantes de la investigación y que recalcan la docente Viviana Ospina en el encuentro con las comunidades. De esta forma la *experiencia y el vivir con el otro* connotan en sí mismos la consolidación del lazo comunitario y en esta medida, permiten el diseño de herramientas, espacios y estrategias para la construcción de los sentidos comunitarios. Al respecto la docente observa que

La experiencia y la experiencia en calle, en territorio, con otros y con otras, la experiencia también en la lógica misma de la construcción colectiva, de la confianza que se genera y del vínculo también que se genera a partir de esa experiencia. Me parece fundamental y me parece que, sin duda alguna, en el compartir de esas ideas de comunidad, es esa experiencia la que también me permite esa idea de comunidad, y a partir de la propia experiencia, y de

la experiencia en esos territorios es que se van configurando esas formas. Pero también agregar a ese concepto de experiencia, el tema de “vivir con” y en el “vivir con”, si bien aparece de manera fuerte, el vivir con otros y con otras que pueden ser diferentes, que también pueden tener intereses comunes, vivir con otros y con otras que pueden configurarse como mi familia, pero también vivir con la naturaleza y lo que implica de manera concreta esos asuntos anclados por lo que ya hemos nombrado, del territorio, de la tierra, en algunos casos, de esa dimensión mucho más ambiental, espiritual, que va apareciendo también en clave de esa idea de comunidad (V. Ospina, encuentro intercultural N° 10, 20 marzo, 2024).

De esta forma puede verse cómo en el propósito de comprender la intencionalidad de todas esas acciones que se dan lugar en lo comunitario, las mismas adquieren una connotación propia y arraigada, a partir de acciones y prácticas que dan vida a repertorios diversos, y que podrían tener una misma intencionalidad, aunque son característicos de cada comunidad. Sin embargo, lo que logra configurarlos en sí mismo como mecanismos de conservación de las comunidades son las formas en cómo se enraizan en sus propios territorios, en sus propias cosmovisiones y permiten dimensionar los procesos que se llevan a cabo. Esto pasando por acciones del cotidiano comunitario como conversatorios en la calle, procesos de autogestión, siembra de árboles o procesos de formación y reflexión que permiten finalmente darle sentido a la idea de vivir con el otro.

Todos estos relatos dejan ver esta convergencia de la interculturalidad como una posibilidad para la resistencia comunitaria, así como el aporte de este proceso, a la consolidación de prácticas profesionales decoloniales, que problematicen y desnaturalicen la instrumentalización de las comunidades y le den lugar a sus voces y vivencias como una posibilidad para la construcción de conocimientos otros.

La idea de lo comunitario y la relevancia que adquieren los sentidos comunitarios en este punto está fundamentada en la idea de que no sólo la comunidad se sitúa como el espacio de interacción para la solución de problemáticas, sino que la misma tiene un proyecto a futuro, donde se piensa en lo colectivo como un todo, reconociendo su diversidad. Gómez Hernández (2022) señala esta idea al explicar que lo intercultural va más allá de la correlación de culturas para facilitar la inclusión social, explicando que, en cambio, este aspecto hace posible la constitución de proyectos para la transformación y la liberación de opresiones históricas vigentes. Así detalla que

Esto da lugar a un pluralismo cultural extendido en lo social, en el que la interculturalidad desata interrogantes sobre las posibilidades de construir proyectos colectivos de sociedad en los que el territorio, la comunidad, la vida social y muchos otros más asuntos sociales, constituyan apuestas más amplias posicionadas desde la diversidad, la heterogeneidad, la comunidad, la reciprocidad y la vida como principio ético biocéntrico. (Gómez-Hernández, 2022, p. 63)

Pensar el quehacer comunitario en clave intercultural hace posible reconocer en medio de la diversidad, las alternativas otras para la constitución de modos de vida más conscientes y críticos y que interpelen las ideas coloniales sobre las relaciones sociales. A su vez, pensar estas estrategias con relación a la intervención profesional conlleva ciertamente, a la configuración de una práctica profesional desde el trabajo social comunitario ética y políticamente situada, dado que priorizara un hacer – saber plural, no estigmatizante y, sobre todo, en clave de horizontalidad y justicia social.

9.2 El trabajo social comunitario en clave decolonial e intercultural: reflexiones sobre otro quehacer profesional posible.

Pensar la intervención comunitaria en clave decolonial e intercultural como propósito de esta investigación, ha llevado a reconocer la importancia de desnaturalizar muchas lecciones aprehendidas desde la academia que han terminado por sesgar la mirada profesional, sin permitir el reconocimiento de lo diverso del campo social y comunitario en donde se interviene.

Esto además pone en consideración que no solo lo comunitario se puede leer desde la idea de superación de problemáticas y propensión del bienestar colectivo, sino que la comunidad hoy ha adquirido una serie de connotaciones complejas que no dejarán de superarse y que esta medida, los profesionales en trabajo social deberán reconocerse como parte de un entorno mediado por expectativas, tensiones, desafíos y demandas que se pretenden en la actualidad, más alineadas a la constitución de la individualidad como valor supremo del mercado.

Vistos los diferentes mecanismo o estrategias que han empleado las comunidades participantes del proyecto como parte de la constitución de sus sentidos comunitarios, se hace preciso pensar a modo de reflexión la forma en cómo estos no solo están interpelando las

imposiciones de los sistemas dominantes, sino también, cómo los mismos están configurando otras apuestas teóricas, epistemológicas y metodológicas para la intervención comunitaria, vista esta desde la decolonialidad y la interculturalidad como una apuesta ética y política sustentada en la diversidad y el reconocimiento de la otredad como un punto de partida. En este sentido, es importante reconocer esos mecanismos que se promueven desde la comunidad académica de trabajo social y en esta medida, analizar si los mismos responde a la demanda de lectura intercultural que apelan las comunidades, o por si, por el contrario, requieren seguir desmantelando sus ideas coloniales, sobre el hacer – saber.

Desde la parte docente, el trabajo social comunitario de la Universidad de Antioquia ha apostado por la constitución de una formación experiencial que le permita a los y las estudiantes el acercamiento vivencial a diversas comunidades y desde allí, permitirles ampliar su espectro sobre las construcciones comunitarias en clave intercultural. Desde esta experiencia se ha buscado por el reconocimiento de referentes históricos, teóricos, epistemológicos y metodológicos del trabajo social latinoamericano, como una posibilidad para la construcción de ejercicios prácticos más cercanos a la experiencia concreta de las organizaciones comunitaria.

En el relato del docente Hugo Becerra por ejemplo, se puede identificar que uno de esos mecanismos para la decolonización del trabajo social comunitario desde la académica está relacionado con la transversalización de perspectivas teóricas latinoamericanas, como posibilidad para poner en dialogo y en controversia lo aprendido universalmente desde occidente sobre la profesión en el ámbito comunitario

Hay una marca importante en esa lectura de la compilación detallada de Paula que se vuelve como un hilo conductor teórico y temático en el proyecto de Aula, y es poder reconocer esas diferentes perspectivas de pensamientos que han influido tanto dentro de las ciencias sociales como afuera; ahí es donde está el punto de lectura, que no se queda solo en lo que se ha dicho de las ciencias sociales, sino también de conocer como esos procesos comunitarios, esos movimientos y organizaciones han construido unas apuestas que también han cuestionado y puesto en crisis el mundo de las ciencias sociales mostrando unas rupturas bastante interesantes, eso lo representado más en esa clave de todo ese pensamiento de la sociedad moderna, como se van dando esos procesos de individualización, de separación vs esa historia latinoamericana nuestra que esta cruzada

por esas historias que están acá, como situar ese conocimiento de la comunidad a partir de la experiencia propia es bastante importante porque cuando uno llega a Bauman, que hablan de estos procesos a los muchachos (as) y para uno es muy complejo comprender esa modernidad y esa postmodernidad europea. (H. Becerra, encuentro con docentes, 20 febrero, 2024)

Figura 5
Encuentro intercultural



Es este el mecanismo desde la academia al que más se hace referencia a la hora de pensar en cómo se puede decolonizar la formación en las disciplinas sociales, dado que se sincronizan tanto aspectos teóricos como prácticos en pro de reconocer la diversidad como un elemento constitutivo de lo comunitario. La apuesta desde este ámbito está marcada por la horizontalidad como método de conocimiento, el cual permite un acercamiento menos perjudicial que el acostumbrado con las comunidades y sus saberes. La intervención profesional desde trabajo social

comunitario pasa por la comprensión de que este ejercicio requiere la interrelación de tres elementos básicos: investigación – acción – transformación, precisando que esta articulación ha facilitado en el proceso, espacios de reflexión sobre un quehacer profesional decolonial e intercultural pensado desde ideas de comunidad no hegemónicas.

La misma idea del profeso Hugo es compartida por la docente Paula Vargas ⁹ al referir que no se puede pensar un proceso de decolonización del trabajo social comunitario sin posicionar en el aula el pensamiento latinoamericano como una posibilidad otra de reconocer el sentido de lo comunitario. Al respecto menciona la profe

Me parece importante ubicar eso (la comprensión de la intervención en el ejercicio profesional) porque parte de la reflexión era no quedarnos en lo operativo – instrumental, si no situarnos en la dimensión teóricas, ética, política y ontológica que iluminara. Luego me junto con Anni, y empezamos a orientar el curso desde ese lugar. Algo que me parece importante es que comenzamos a situar el debate latinoamericano para la comprensión del trabajo social comunitario. Empezamos a vincular el pensamiento crítico latinoamericano, entonces empezamos a ubicar la educación popular, la dimensión socio - cultural, la comunicación popular. Empezamos a vincular todos esos referentes para entender no solo la dimensión investigativa en el T.S.C si no la relación investigación- acción – transformación en el trabajo social comunitario (P. Vargas, encuentro con docentes, 20 febrero, 2024).

Pensar entonces una apuesta decolonial desde el trabajo social y el trabajo social comunitario pasa por la reinterpretación de lo que se entiende por comunidad y por las formas en cómo se investiga para la construcción de conocimiento en conjunto con las mismas. Desde esta perspectiva, la investigación y quien investiga debe plantear estrategias para decolonizar su práctica de superioridad epistémica, entendiendo que el conocimiento decolonial pasa por una desobediencia a la metodología occidental, que ha propuesto históricamente la racionalidad y el positivismo de los profesionales.

⁹ Docente participante del encuentro con profesores del pregrado de trabajo social de la Universidad de Antioquia.

El quehacer profesional desde una mirada decolonial e intercultural, de acuerdo con (Ortiz Ocaña & Arias López, 2019) debe ser reflexivo, en la medida en que debe permitir visibilizar las construcciones culturales propias de las comunidades. Para estos autores, la desobediencia pasa por la comprensión de que la investigación en sentido decolonial, debe lograr al menos tres acciones importantes “contemplar comunal, conversar alterativo y reflexionar configurativo” (p. 155), acciones que permiten interpelar las epistemologías occidentales, para apartarse de la lógica de la colonialidad, para pensar con nociones propias y no importadas.

Como puede verse con los relatos de las comunidades participantes, tales particularidades en sus haceres y sentidos comunitarios conllevan necesariamente a cambiar la perspectiva acerca del lugar de la profesión, de la academia, de los y las profesionales, incluso, de los y las estudiantes, en la medida en que la intervención y la investigación en lo comunitario y desde el sentido decolonial e intercultural implica de deconstrucción de posturas coloniales que invisibilizan la otredad. Como lo menciona Gómez - Hernández (2022), pensar la importancia de la interculturalidad para una intervención crítica y reflexiva se convierte en una potente herramienta para darle espacio al Otro y la Otredad históricamente segregadas, y que no se enmarcan institucionalmente, posibilitando “el diálogo con la política, la identidad y la reconexión con la historia perdida superando la fragmentación cultural” (p. 64).

La resignificación del trabajo social comunitario desde una apuesta decolonial e intercultural pasa por la constitución de una relación universidad- comunidad diferente, pensada en la construcción colectiva de conocimiento más que en la extracción del mismo para el análisis por separado de la realidad. A su vez, esta relación debe estar sustentada en ejercicios de participación colectiva y dialogo intercultural que permita el reconocimiento de lo diverso, de lo multicultural, la convergencia de lo otro como una posibilidad para el encuentro y la retroalimentación constante. Desde lo formativo puede verse, de acuerdo con el relato de la docente Any Lady Zapata¹⁰ que el encuentro de los y las estudiantes con ideas y pensamientos por fuera del marco occidental ha traído ciertas sorpresas, ciertos choques que dejan ver la naturalización en la formación, del canon occidental. Tal encuadre en el aprendizaje lo relata la docente de esta forma

¹⁰ Participante del encuentro con docentes

Con la riqueza que ya tiene el curso, que tiene elementos bibliográficos y referentes muy interesantes, que señala uno como en términos de comunidad hay mucha bibliografía que nos ha fundamentado Europa y uno dice listo, acá hay saberes importantes, pero cuando entra la perspectiva de Alfonso Torres, cuando entra Luna a hablar de comunalidad, empiezan a entrar con Torres, algunas discusiones interesantes en la visión latinoamericana y eso ha permitido que al conversar comunidad se pueda traer la revisión sociológica, la perspectiva más latinoamericana y que pueden enriquecer el debate. Cuando entran incluso a leer manual de intervención comunitaria, ya pueden chocar cuando leen la palabra cliente, ya identifican como que pasa aquí. Ese bagaje a puesto debates interesantes en esos cursos. Y en términos de investigación sobre la fundamentación y el contenido (A.L. Zapata, *parche comunitario*, 18 julio, 2023).

Una última lectura al respecto de todo lo aquí construido, tiene que ver con la apuesta ética y política que tiene esta serie de procesos, y de cómo el trabajo social y el trabajo social comunitario se va configurando cada vez más, alrededor de interpelar lo tradicional y hegemónico para la reconstrucción de paradigmas otros, más vinculantes y conscientes de la dinámica compleja del mundo social y comunitario.

En esta medida, decolonizar la intervención y en general, la profesión, responde más a una urgencia por retorno a lo propio, a lo local y a lo históricamente olvidado, reconociendo el valor intrínseco de prácticas, procesos y espacios que han sido constitutivos de las comunidades y que no por no ajustarse a las medidas de científicas de occidente, dejan de ser reales y legítimas.

Como lo menciona Gómez - Hernández (2022), y a modo de cierre de este capítulo, pensada en sentido intercultural y decolonial, la intervención desde trabajo social debe asumirse como un proceso de convergencia donde trabajadores y trabajadoras sociales asumen un rol activo en la construcción de conocimiento con las comunidades con las que interactúan, sin que con esto se caiga en ejercicios de instrumentalización, invisibilización y superioridad académica y epistémica. Tal interacción no debe pensarse por fuera de un vínculo de reciprocidad, en donde se reconoce al sujeto a partir de una carga cultural, simbólica, histórica, política y espiritual que lo constituye, mediada en contextos de tensión, donde la profesión debe darse al reconocimiento de la complejidad entre lo instituido y lo instituyente como un todo en tensión constante.

En definitiva, la idea un trabajo social y un trabajo social comunitario desde una mirada decolonial e intercultural debe comprender que “El relacionamiento de profesionales con personas, colectivos, grupos, comunidades y pueblos interpela y amplía los análisis sociales y los sentidos fundantes de la profesión y la praxis disciplinar, incorporando otros sentidos de vida que emergen frente al desarrollo y el bienestar” (Gómez - Hernández, 2022. p, 71).

10 Conclusiones

Posterior al recorrido por los diferentes pensadores y pensadoras, bibliografía y las comunidades participantes del proyecto se identificó que, a pesar de que los sentidos comunitarios son diversos, tienen en común percepciones y valores asociados que les enriquecen, partiendo del entendimiento colectivo, identidad, propósitos, objetivos en común, tradiciones y experiencias; todas estas surgen de la cohesión social o comunitaria, pues a través de la convivencia o comunalidad, las comunidades generan estos sentidos comunitarios que los unen e impulsan a luchar para ser comunidad.

Más allá de la percepción simple de que las comunidades se unen para la supervivencia gracias a la escasez, estas tienen razones y entramados más complejos que recorren temas espirituales, generacionales, territoriales dinámicas económicas, sociales y políticas, llevando finalmente a la lucha por ser comunidad, por mantener las lógicas comunitarias, erradicar la marginación social, la hegemonía y la desigualdad; confrontar y hacer rupturas con el poder dominantes y sus múltiples formas de expresión como la violencia, el patriarcado, la homogenización cultural, el racismo, la discriminación, la estigmatización social y cultural, el destierro territorial, la pérdida de la soberanía y autonomía económica y alimentaria, entre otras más.

Es por esto que una de las conclusiones más relevantes descubiertas en el marco de este proyecto es que los sentidos comunitarios no pueden ser reducidos a una simple definición, más bien, reflejan un complejo entramado de significados, relaciones y prácticas arraigadas en la vida comunitaria; desde el arraigo a la protección, la territorialidad y la identidad colectiva, hasta la solidaridad y la diversidad de opiniones, los sentidos comunitarios abarcan una gama de experiencias que no pueden ser contenidas en marcos teóricos rígidos. Por ello, es crucial reconocer la importancia de escuchar y considerar la multiplicidad de voces y perspectivas al construir lo comunitario.

Esta reflexión gradualmente se convierte en una herramienta transformadora para las comunidades, lo que resalta la necesidad de una comprensión epistémica y metodológica más rica y contextualizada de lo comunitario. En última instancia, la construcción de lo comunitario es diversa y desafiante, y su comprensión efectiva requiere un compromiso con la complejidad y la pluralidad que caracterizan la vida comunal.

Es por este compromiso que nuestro segundo capítulo nos lleva a cuestionarnos sobre el impacto de los sentidos comunitarios en la formación en Trabajo Social, pues comprendiendo que los sentidos comunitarios se construyen a través de las interacciones sociales, económicas y políticas que vive una comunidad, de una forma crítica el Trabajo Social debe desde su formación y praxis, acoplarse a un contexto diverso y multicultural.

La lucha por un Trabajo Social crítico ha permitido construir caminos que tienen como horizonte la decolonización de la profesión y avanzar en nuevas formas de intervención más decoloniales, pero es por esta exploración de nuevas formas de intervención que se debe generar en conjunto la construcción de conocimiento, dejando a un lado la perpetuación de modelos eurocéntricos y coloniales.

Esto no quiere decir que se abandonen completamente los conocimientos de otros hemisferios, simplemente significa diversificar la información, generar construcciones colectivas, descentralizar el poder y la sabiduría. Por ello, por medio del análisis de los aportes de los sentidos comunitarios al Trabajo Social podemos concluir que el Trabajo Social en contextos comunitarios requiere reflexionar sobre la interacción de elementos y repertorios construidos por actores comunitarios y académicos, así como la relación entre las profesiones sociales y las comunidades.

Es fundamental comprender los sentidos comunitarios desde una perspectiva decolonial e intercultural para desafiar los modelos hegemónicos y construir un Trabajo Social contextualizado. Además, es necesario reflexionar sobre los valores y prácticas que configuran la comunidad académica en la formación de profesionales en trabajo social y fomentar discusiones críticas para ampliar el debate sobre las diferentes visiones del mundo en la profesión, aportando así a un Trabajo Social crítico, decolonial, intercultural, profundamente contextualizado y transformador.

Finalmente, y acorde a los planteamientos de este proyecto llegamos al apartado de los mecanismos de lucha y reexistencia de las comunidades y ese aporte del Trabajo Social en la construcción y promoción de estas formas de seguir siendo comunidad. En apartados anteriores se recalcó la importancia del arte, la educación, la oralidad, la historia, el compartir, la territorialidad incluyendo la toma de espacios públicos para el encuentro y la cooperación, como herramientas de lucha, como formas de resistir y seguir siendo comunidad.

Es aquí donde el Trabajo Social se implica y trabaja de la mano de las comunidades para apoyar el fortalecimiento de estas a través del de la implicancia política y la postura ético política que conlleva a vincularse en luchas comunes por la defensa de la vida, de la diversidad sociocultural

y la confrontación a los sistemas de dominación, aportando a los procesos de movilización y organización, pues desde las mismas comunidades y los testimonios que hemos recorrido en este proyecto se concluye que la lucha y las comunidades siguen en pie por su organización, su autogestión y sus sentidos comunitarios.

En conclusión, la decolonización del trabajo social comunitario se centra en el reconocimiento de la diversidad, la interculturalidad y la resistencia de las comunidades. Los sentidos comunitarios, en su configuración y mantenimiento, representan mecanismos fundamentales de cohesión, resistencia y lucha. A través de prácticas como convites, huertas comunitarias, festivales y otras iniciativas, las comunidades afirman su identidad, resisten las imposiciones externas y crean espacios de reflexión y participación. La intervención desde el trabajo social debe reconocer la diversidad epistémica y de saberes propios de cada comunidad, promoviendo la horizontalidad y la reciprocidad en la construcción del conocimiento.

La formación en trabajo social comunitario, en sintonía con las perspectivas teóricas críticas y desde una postura decolonial e intercultural, facilita una comprensión más amplia y respetuosa de lo comunitario, por ende, la praxis decolonial e intercultural en el trabajo social exige una relación de reciprocidad y reconocimiento mutuo entre profesionales y comunidades, desafiando las estructuras hegemónicas en favor de un enfoque que celebre y valore la diversidad.

Después de este recorrido investigativo, formativo y político es posible afirmar que el reconocimiento y comprensión de la diversidad que alberga a los sentidos comunitarios hace posible la ampliación de la mirada individual y colectiva sobre el vivir en comunidad y desde allí, la construcción desde la pluralidad de saberes y prácticas de aportes teóricos, metodológicos, epistemológicos y profesionales, que aporten a la descolonización del trabajo social comunitario, tanto en los procesos de formación como de intervención.

Desde esta perspectiva intercultural de abordaje comunitario se promueve una visión más enriquecida de los desafíos y posibilidades que enfrenta la comunidad en su conjunto. Asimismo, permite abordar de manera situada y crítica los procesos de formación y de intervención, integrando prácticas que respondan de manera más sensible a la complejidad social.

Referencias

- Balbuena Blengeri, A. C. (2013). *Sentido de comunidad, bienestar y memoria colectiva en una comunidad rural de la costa norte peruana* [Tesis de pregrado]. Pontificia Universidad Católica del Perú.
- Cueto, R. M., Espinosa, A., Guillén, H., & Seminario, M. (2016). Sentido de Comunidad Como Fuente de Bienestar en Poblaciones Socialmente Vulnerables de Lima, Perú. *Psykhé*, 25(1), 1-18. <https://doi.org/10.7764/psykhe.25.1.814>
- Esteva, G. (2015). Para sentipensar la comunalidad. *Bajo el volcán* 15(23), 171-186.
- Fraga, E. (2015). La comunidad en Walter Mignolo. Cinco dimensiones de un mismo concepto. *Revista electrónica de estudios latinoamericanos* 13(51), 15.
- Galeano Marin, M. E. (2009). *Diseño de proyectos en la investigación cualitativa*. Fondo editorial Universidad Eafit.
- Gómez Hernández, E., Mazo Osorio, A. F., & Uribe Cardona, É. P. (2020). *Ética intercultural y decolonial de trabajo social* (1a. edición). Pulso y Letra editores.
- Gómez-Hernández, R. E. (2022). Trayectorias de la interculturalidad en la intervención social de Trabajo Social. *PROSPECTIVA. Revista de Trabajo Social e Intervención Social*, 61-83. <https://doi.org/10.25100/prts.v0i34.12106>
- Grondona, A. L. (2008). *La comunidad en la obra de Emile Durkheim, ¿un enfoque comunal de la naturaleza de la sociedad?*. V Jornadas de Sociología de la UNLP 18. https://www.memoria.fahce.unlp.edu.ar/trab_eventos/ev.6121/ev.6121.pdf
- Harvey Narváez, J., & Hernández, E. L. (2019). Diferencias intergeneracionales en el Sentido de Comunidad entre un grupo de niños y adultos mayores de la parcela de Cujacal en la ciudad de San Juan de Pasto–Colombia. *Pensamiento Americano*, 12(23). <https://doi.org/10.21803/pensam.v12i22.253>
- Liceaga, G. (2013). El concepto de comunidad en las ciencias sociales latinoamericanas: Apuntes para su comprensión. *Cuadernos Americanos Nueva Epoca*, 3, 57-85.
- Maldonado, B. (2011). *Comunidad, comunalidad y colonialismo en Oaxaca: La nueva educación comunitaria y su contexto*. CSEIIIO.
- Martínez Luna, J. (2010). *Eso que llaman comunalidad* (1. ed). Consejo Nacional para la Cultura y las Artes : Fundación Alfredo Harp Helú Oaxaca.
- Mata Solís, L. D. (2020). *Entrevistas semiestructuradas en investigación cualitativa* [Investigalia].
- Maya Jariego, I. (2004). Sentido de comunidad y potenciación comunitaria. *Apuntes de Psicología*, 22(2), 187-211. <https://doi.org/10.55414/ap.v22i2.50>
- Meza Rivera, G. (2009). *Comunidad y Sentido de Comunidad. La intervención del Programa Puente en seis familias en situación de extrema pobreza de la Comuna de La Florida* [Tesis de pregrado, Universidad de Chile]. <https://repositorio.uchile.cl/handle/2250/106217>

- Morales, F. (2012). *Conozca 3 tipos de investigación: Descriptiva, Exploratoria y Explicativa*. Scala Learning. <https://acortar.link/2hx5zb>
- Núñez Madrazo, M. C., & Castillo Cervantes, M. I. (2020). *Reinventando sentidos comunitarios: Una experiencia de colaboración transdisciplinaria para la creatividad social* (1.^a ed.). Universidad Veracruzana. <https://doi.org/10.25009/uv.2465.1544>
- Ortiz Ocaña, A., & Arias López, M. I. (2019). Hacer decolonial: Desobedecer a la metodología de investigación. *Hallazgos*, 16(31), 147-166. <https://doi.org/10.15332/s1794-3841.2019.0031.06>
- Ossa Parra, M. (2014). Hacia un diálogo intercultural en la investigación: Recuperación de espacios creativos e intelectuales. *Iztapalapa. Revista de Ciencias Sociales y Humanidades*, 76, 145-164. <https://doi.org/10.28928/ri/762014/aot1/ossaparram>
- Ramírez, N. (2018). Técnicas de la metodología cualitativa [UNAM]. *Unidad de apoyo para el aprendizaje*. <https://acortar.link/EkT3Sj>
- Schettini, P., & Cortazzo, I. (2015). *Análisis de datos cualitativos en la investigación social: Procedimientos y herramientas para la interpretación de información cualitativa*. Editorial de la Universidad Nacional de La Plata (EDULP). <https://doi.org/10.35537/10915/49017>
- Torres Carrillo, A. (2013). *El retorno a la comunidad: Problemas, debates y desafíos de vivir juntos*. CINDE.
- Vélez, G., & Mellizo, W. (2020). Notas sobre el Trabajo Social comunitario en clave decolonial. *Revista de Trabajo Social*, 31-32, 20-47.
- Zapata, A., & Jiménez, E. (2020). Procesos de investigación formativa como escenarios clave en la configuración de horizontes éticos, interculturales y decoloniales de Trabajo Social. En *Ética intercultural y decolonial de trabajo social* (1a. edición, pp. 104-117). Pulso y Letra editores. <https://www.consejonacionaldetrabajosocial.org.co/wp-content/uploads/noticias/Trabajo-Social-etica-intercultural-y-decolonial.pdf>